

VIAJE A LA ÚLTIMA CASA



© Javier Pérez de Arévalo

I

“Mi querido Henslow

Son ya las últimas horas de la tarde, y esta noche dormiré a bordo. El lunes casi con seguridad, navegaremos, por lo que puedes adivinar en qué estado de desesperada confusión nos encontramos todos”.

Esto lo escribía Charles Darwin un sábado tres de diciembre de 1831 desde Devonport, sin saber que una galerna de tres pares de narices cogería por banda al Beagle recién zarpado y lo haría retroceder hasta Plymouth el día once. Seis días después, allí en su diario, el futuro evolucionista escribiría que nunca había pasado una experiencia tan espantosa: “por todas partes nada más que miseria”, anotaba, y eso que el pobre no había hecho más que empezar, pero como encabezamiento a un relato de viajes no es del todo malo, por eso lo he puesto ahí arriba, porque mi intención es precisamente esa, escribir un relato de viajes, o mejor dicho de viaje, pues estas cosas se deben hacer por partes. Contar todos tus viajes juntos, agolpados, puede resultar algo efectista pero creo que poco gratificante para el lector aficionado a este tipo de literatura, que bien porque ha viajado mucho o bien porque su vida se ve envuelta en una rutina de sedentaria conformidad, quiere verse reflejado en ese proceso de traslación y aventura en el que siempre suponemos involucrados a los protagonistas del relato, es decir a los viajeros.

Por ello prefiero los relatos <<de viaje>>, aunque me pase lo contrario con las películas de aventuras, que las prefiero en plural, no sea que se me canse el culo en el asiento, que por muy cómodo

que este sea, siempre hay un límite para toda postura, de manera que si no la distraes, la postura te empieza a pedir a gritos un cambio, lo cual se hace muchas veces incompatible con el lugar y el momento que te tienen encarcelado. Así ocurre en conciertos, conferencias, cines, funerales o incluso comidas de compromiso, que ya es decir, porque en esta última clase de encarcelamientos no sólo tiene que resultar insufrible la compañía sino que por añadido, las viandas en las que poder refugiar tus cinco sentidos han de parecerse bodrio conventual.

De todas formas la singularización del término no implica para mí ningún género de esfuerzo ni dilema, pues pocos son los viajes que pueda recordar. Admito que no soy ningún Cristóbal Colón o Marco Polo de comienzos del siglo veintiuno; mis viajes se podrían contar con los dedos de una mano, y si a ello le añadimos que tampoco me propuse jamás subir el Kilimanjaro, o llegar hasta el Círculo Polar Artico para contemplar las noches de sol, ni recorrer la Florencia renacentista con ojos de libélula epistemofílica, pues resulta que mis andanzas quizás parezcan al adicto en cuestión un tanto desabridas o sinsorgas. Pero son mis viajes, y les tengo cariño, que cuando se tiene un hijo tonto o feo no dejas por ello de quererle, al menos yo no me sentía desamparado a pesar de ser cabezudo y tener que oír de vez en cuando eso de: “cabeza gorda Napoleón, mató a un chiquillo de un coscorrón”, con una cantinela pendular que tan bien se avenía a toda clase de vejaciones infantiles. Así que decididamente narraré este, mi viaje a la última casa.

Cuando uno prepara una salida para varios días y con perspectivas de alcanzar tierras algo distantes, lo normal es disponer un equipaje que te acompañe durante el trayecto y la posterior estancia en el lugar elegido como punto de inflexión, y digo esto porque al fin y al cabo de una inflexión se trata, ya que has de volver por el mismo o diferente camino, pero volver. Si te quedas allí donde has puesto el

punto de mira ya no es un viaje sino una mudanza, que no es lo mismo. De los viajes hay que volver o morir en el intento, pero no quedarte y cortarlo por la mitad. Si a una horquilla le quitas una de sus dos puntas la conviertes en pincho y ya no sirve para la misma faena.

Por eso es imprescindible un buen equipaje que te permita regresar para contar lo visto y oído en esos lugares extraños. Es mejor pensar que vas a lugares extraños porque de lo contrario ¿qué sentido tiene viajar? Hoy en día no tienen demasiado de exótico la mayoría de los viajes y mucho menos los míos, pero es necesario pensar que sí lo son, es necesario creer en el viaje. Darwin sí creía en su viaje, en esa misma carta con la que decidí comenzar este desvarío, el inglés comentaba unas líneas más abajo: *“Son infinitas las cosas que hay por hacer. Incluso, espero el mareo del océano casi con satisfacción, cualquier cosa debe ser mejor que este estado de ansiedad”*. Al encontrarse la galerna aquella que les esperaba a la salida de puerto, el ansiado mareo le hizo cambiar de opinión, pero nunca dejó de creer en su viaje, y es que esa ansiedad de la que habla es muy importante.

Cuando te dispones a escribir algo relativo a uno de tus viajes, del que se supone que ya estás de vuelta, en cierta manera te encuentras en un estado parecido de ansiedad, y también debes organizar bien tu equipaje literario, aunque aquí no sabes de forma exacta los días que vas a estar ausente, ni los vericuetos que te has de encontrar. Por eso estuve a punto de comenzar esta historia con estas otras palabras: *“A veces nos encontramos en situaciones raras, sin saber como. Nos metemos en ellas paso a paso y del modo más natural, hasta que de súbito, cuando estamos ya enzarzados, el corazón nos da un vuelco y nos preguntamos cómo diablos pudo ocurrir aquello”*. Hay que reconocer que esto puede ser un buen comienzo para un libro de viajes, y de hecho lo es, pues así comienza “La expedición de la Kon

Tiki”, de Thor Heyerdahl, lo que pasa es que por cuestiones algo indescifrables para mí, me tiró más la carta esa del de “El origen de las especies”.

Creo que lo tengo más o menos todo dispuesto para comenzar mi periplo; alguna pequeña estructura, lista de los lugares visitados, anécdotas más curiosas, personajes encontrados, pequeñas descripciones paisajísticas..., más o menos lo que viene a ser el Kit del narrador de viajes. Por lo demás ya llevo un buen rato aquí sentado, aporreando las teclas de mi anticuado ordenador, con este incómodo reflejo en la pantalla, luz proveniente de la ventana, que seguramente acabará causándome uno de esos dolores de cabeza que empiezan por el ojo y terminan, después de unas horas, tumbándome en la cama y taladrando mi cerebro hasta conseguir llegar a la almohada, que a esas alturas parece tan pétrea como la de cualquiera de aquellos sepulcros de cardenales y obispos que andan adosados a las paredes de tantas catedrales, colegiatas e iglesias; en las ermitas no suele haber muchas de estas almohadas, si acaso una baldosa con el nombre de algún anacoreta, grabado de cualquier manera, así que uno se imagina al ermitaño troceado y metido en ese cuadrado de sesenta por sesenta centímetros. Mi amigo Fermín tuvo que trocear en una ocasión a su padre, aunque por distintos motivos y no porque su padre fuera eremita de ninguna clase, sino porque por aquel entonces la familia vivía en Mallorca, pero tenían zangarriana de La Mancha. En esas tierras quijotescas le dicen zangarriano al que es un poco dejado, como el caso de Fermín. Pero por otras zonas equivale a la morriña gallega, y al fin y al cabo ¿qué es la tristeza por tu tierra, sino la dejadez de ella? En otro sentido, según lo contempla el diccionario, mis dolores de cabeza también son una zangarriana por repetirse de manera casi periódica, y es que la susodicha palabra da para mucho.

El caso es que los de la familia de Fermín sentían nostalgia de su pueblo, pero por cosas de la vida, es decir por dinero, debieron quedarse en esa Mallorca un tanto fría y ajena para ellos, pero el padre (o el abuelo, según se tome el punto de referencia) se murió ya de alguna edad, y se le enterró en la isla. Fermín sabía que esa no era la tierra que su padre quería como lecho para el descanso eterno y después de cuatro años habló con el sepulturero para sacarlo de su agujero provisional con el fin de hacer un último viaje padre e hijo, y poder así llegar a su querida tierra manchega donde conseguir un hueco en el cementerio del pueblo para soltar, con la conciencia bien tranquila, los huesos de ese padre que fue inhumado no sólo en tierra extraña sino para colmo de rarezas manchegas, en una isla.

Yo no tengo zangarriana del lugar donde nací, no sé muy bien por qué, eso debe depender de las personas, que unos son más zangarrianos que otros. El reflejo de la luz de la ventana que la pantalla del ordenador lanza contra mi ojo derecho, comienza a horadarme la córnea y presiento lo peor para esta tarde, pero en todos los viajes has de pasar por estados de ánimo y de salud que te hacen desear no haber emprendido nunca dicha acción, como lo decía el de la Kon Tiki, o como le debió de ocurrir a Cabeza de Vaca en más de una ocasión, porque en más de una ocasión fue a naufragar, en aquel tiempo donde viajar será emprender un camino que nunca sabrás si tiene retorno hasta el momento mismo de encontrarte de nuevo en casa. Es verdad que también puedes naufragar escribiendo un relato de viaje o de viajes, según te venga en gana, pero indefectiblemente vuelves a tu punto de origen, la vuelta está garantizada, de hecho lo peor es que se trata de un viaje de continuas idas y vueltas donde siempre tienes que recuperarte de tu último retorno. El pequeño despertador que he colocado encima de la impresora, me indica que llevo ya demasiado tiempo dejándome punzar el ojo por ese reflejo cegador, también la espalda me lo indica con

esa fastidiosa sensación de tener por espina dorsal un viejo alambre oxidado y retorcido, por eso me conviene desviar de vez en cuando la mirada y contemplar, un poco más estirado, esas estanterías que me observan descreídas y arrogantes desde la cercana y amenazadora pared. Sobre paredes y muros ya he hablado en otra ocasión, así que no quiero repetirme con la misma copla.

Siempre son un tanto sórdidas las estaciones de autobuses de provincia, y esta es la que nos encontramos Ella y yo, no lo es menos; con su quiosco de revistas para entretener al viajero que le aburre contemplar el paisaje, con sus orines de perro callejero que se cuele cuando puede, para añadirle unos cuantos grados centígrados a su aterido organismo, que incluso en verano aquí las noches pueden pasmarle a cualquiera y quedarte como esos peces boquiabiertos de tantos escudos blasonados que coronan pórticos de una alcornica ya bastante ajada, con aquellas taquillas atiborradas con hojas de horarios indescifrables y de aspecto caduco por su color apergaminado, pero también precarios de sentido por haberse incluso retirado la línea que comunicaba unos pueblos donde ya nadie quiere llegar en autobús, porque quien allí se dirige lo hace en un flagrante e inmaculado todo terreno, sin pollos de gallina para criar ni simiente que arrojar al terruño, para quedarse un fin de semana en el que ni las paredes de esa casa remodelada, modernizada o restaurada, habrán tenido tiempo de desentumecerse; estación con baños malolientes donde se reúnen algunas tardes de domingo un par de homosexuales que entienden de cosas incomprensibles para otros, baños donde invariablemente encuentras manchas de mierda esparcidas por el suelo o incluso por las paredes, sin poder explicarte muy bien de qué manera han llegado a convertirse en esa especie de arte estacionario; estacionario por ser inherente a las estaciones de autobuses (las de trenes son otra cosa),

y por permanecer inalterado con el paso de los años como a Platón le gustaba: el arte perenne, sin cambios que alienten a los jóvenes a sublevarse contra las normas.

La siguiente carta que escribió Darwin salió de Brasil un uno de marzo de 1832 y se la dirigía a su querido padre, aunque en realidad la había escrito el ocho de febrero, cuando andaba mareado a la altura de Cabo Verde, para entonces le dice a su progenitor que ya han superado tres fuertes galernas, pero que tras cada uno de esos temporales sobrevinía un fuerte mar de fondo y que por lo tanto su mareo no había cesado durante días y días; más de lo que nunca podía haber imaginado. La verdad es que el pobre capitán Fitzroy empezó a dudar muy mucho de la capacidad del joven naturalista para acompañarle en la travesía, pero reconocía en él un increíble ánimo que le impulsaba a ponerse en pie en cuanto su cuerpo se lo permitía, para retomar de manera incansable su trabajo de a bordo, que básicamente consistía en elaborar sus notas de campo, un diario personal, apuntes zoológicos y geológicos así como la catalogación de los especímenes recolectados.

Aquí no veo la tumba de Darwin por ningún lado, ni la de Händel, ni la de Purcel que me han dicho que también están por aquí, hay unos niños que cantan verdaderamente bien, como nunca he oído un coro de voces blancas, pero esas malditas tumbas no soy capaz de encontrarlas, ni Ella tampoco. Banderas de regimientos escoceses, huchas para donativos, silencio y música, luz y oscuridad, algunas viejas, inglesas supongo, y miradas entre Ella y yo, miradas de encantamiento y dudas, miradas de sorpresa y decepción, miradas de viaje, de kilómetros recorridos para, al fin y al cabo, seguir arrastrando el mismo cuerpo con el que partiste, el mismo pasado, para enfrentarte a un presente que corre más deprisa que nunca y no sabes cómo detenerlo, para ver las cosas con ojos de orangután cautivo, orangutanes tiernos e

indefensos que no comprenden nada de lo que les rodea, aburridos y cansados, curiosos por obligación, sin encontrar su selva, sin encontrar mis tumbas, esas que tanto ansiaba tener enfrente de mi, con las que tanto soñé, con la fantasía resignada de conocerles personalmente, aunque ellos lleven ya una eternidad ahí dentro, sólo huesos, pero los huesos que un día anduvieron dando tumbos por el Beagle, buscando escotillas por donde arrojar las últimas bilis que un hígado, ahora descompuesto, le regalaba entonces por si acaso en la próxima digestión hubiera más suerte.

Ahora, viajando por estas líneas, por estas palabras, ahora sé que nunca podríamos haber encontrado el panteón que añorábamos, porque una catedral no es lo mismo que una abadía, por mucho que les hayan bautizado de igual manera, como un dios tampoco es lo mismo que un planeta por más que ambos coincidan en el nombre. Es mejor no fiarse demasiado de las palabras, porque a veces nos engañan, o son simples fantasmas como el horario de esa línea de autobuses que amarillea tras el cristal de una ventanilla donde una persona con ojos cansinos y velados, despacha viajes sin saberlo, el mismo que nos expedita dos billetes a Londres sin mirarnos a la cara, como acobardado por hacerlo, con culpabilidad de enviar a unas personas desconocidas a una ciudad desconocida, de la que nada sabe mas que por oídas y de la que seguramente opina cosas monstruosas. Castilla-England, morcillas-fish and chips, esa es la trayectoria a seguir, ese el camino que nos vende el hombre sin mirada, en su estación de olores mefíticos, como las antiguas puertas del averno, las cuales despedían tal pestilencia que sobre ellas nunca había pájaros y por eso las llamaban aornos, que quiere decir sin pájaros. Hay prospectos sobre la pequeña mesa junto a una de esas huchas pedigüeñas, esta catedral es la obra maestra de John Francis Bentley, no tengo ni idea de quién es este buen hombre, y me da la sensación que tampoco Ella, será mejor que nos

limitemos a pasear entre estos bancos, aunque bien mirado no son bancos sino sillas que están adosadas, forman cuatro hileras que recorren toda la nave, el pasillo de en medio un poco más ancho que los otros dos laterales, al fondo un enorme crucifijo que cuelga como ahorcado en el patíbulo, no tiene mucho sentido, te crucifican o te ahorcan, pero aquí parece que han logrado un sincretismo del ajusticiamiento ahorcando la propia cruz. Debe ser por aquello de mantener la fusión de estilos de la que se vanagloria el templo este, bueno, el arzobispo del templo este, aquí dice que su catedral es única pero al mismo tiempo inspirada en modelos como la de Santa Sofía de Constantinopla, San Marcos en Venecia y muchas otras iglesias antiguas de Europa y del Mediterráneo, pero de las tumbas no dice ni pío este folleto; como todavía no nos hemos enterado de que la Abadía de Westminster es otra cosa, no cejamos en la búsqueda, y acostumbrados a las penumbras de las catedrales castellanas esto nos parece casi un solarium, quizás toda esta luminosidad se debe a su juventud, y es que una catedral de poco más que cien años es como un bebé recién destetado.

Para un viajero, estos lugares no dejan de tener cierto interés pues aquí ves representado el gran viaje que todos hacemos, más despacio o más deprisa, desde la pila bautismal hasta los sepulcros con la almohada pétrea, sólo que el billete de la vida te lo regalan y te obligan a viajar, por eso algunos deciden un tanto molestos por esta imposición, o simplemente por no agradarles el recorrido que les ha tocado, apearse antes del final del trayecto, sin darse cuenta que el final es el mismo, por mucho que te bajes antes del autobús. Claro que visto de esta forma lo entiendo mejor, porque si el viaje no te gusta y te pares cuando te pares, acabarás siempre en el mismo lugar, sería de tontos seguir sentado dentro del autocar para nada. Por mi parte me contento con quitarle de las manos regordetas esos dos billetes voluntarios y

elegidos deliberadamente, morcillas-fish and chips ida y vuelta, manos regordetas unidas a un hombre de mirada cansina, cansina de ver desfilas entre sus manos miles de kilómetros mientras él sigue haciendo día tras día el mismo recorrido entre la estación y su casa, dos manzanas más abajo.

Con los billetes en nuestras manos tengo una sensación extraña, como la que tuvo Don Cristobal Colón, aunque a escala 1:50.000, cuando a las diez de la noche del once de octubre de 1492 el marinero Rodrigo de Triana, que iba por delante en la Pinta, por ser más velera que las otras, hizo las señas convenidas para el momento de avistar tierra y tierra no fue a ver, sino lumbre, como ellos decían, pero dedujo sabiamente que como el fuego se apaga en el agua aquella hoguera debía proceder de una tierra próxima, y procedería, para gran regocijo del almirante, por eso escribirá unos años después, desde Sevilla, *“Nuestro Señor me ha fecho la mayor gracia que, después de David, El haya fecho a nadie”*, pero la gracia de David no creo que matase de risa al pobre de Urías, el hitita, el siervo del rey, que una tarde cuando su querida mujer Betsabé se estaba purificando en el río, porque parece ser que eso de la menstruación les daba como asco o reparo, la vio el monarca y al contemplarla allí bañándose con toda su hermosura entrevista se quedó prendado de ella, por lo que mandó a unos de los suyos para que se la trajeran, de manera que cuando la tuvo delante de él acabó haciendo con ella lo mismo que se había imaginado minutos antes, cuando la contemplo en plenas abluciones. Pero pareciéndole poco esto, y se conoce que satisfecho con su fantasía realizada, pensó que sería más correcto si la tal Betsabé no tuviera marido. La solución no podía ser muy complicada y menos para todo un rey, así que de manera diplomática mandó poner al pobre Urías en primera línea de tiro, justo en el punto más duro de batalla, donde se quedó sólo, sin novia y sin vida. Las Escrituras cuentan que eso no le gustó del todo al Señor,

pero también especifican que cuando David vio a Betsabé en el río, estaba paseando por su terraza recién levantado de la siesta y, claro, todos sabemos lo que una siesta puede representar. Aún así, el Señor pensó que era mejor castigarle y se cargó al hijo que David había engendrado en Betsabé, cosa que los concubinos arreglaron dos días después y vino a nacer Salomón al que apodaron Yedidías, amado del Señor. Los que fueran a llegar después de Colón se tomarían al pie de la letra esta identificación con el rey de los israelitas y no tendrían problema en pasar por las armas levadizas a todas las Betsabés que les fuesen a salir al paso.

El reflejo de la ventana comienza a aparecer por el lado derecho del monitor, luminoso, chillón, amenazador, delatando un espléndido día que se despereza ahí fuera, desplegando en mi cerebro unos olores virtuales que evocan esa primavera arrogante, que ya asoma desde hace un par de días, adelantándose un poco a su hora. No creo que el invierno le deje entrometerse antes de tiempo, todavía no tiene las maletas hechas y no puede largarse así sin despedirse, sin un último temporal que nos lance un hasta la vista, un volveré en cuanto pueda, antes de emprender sus andanzas sureñas. Pero la ventana es muy puñetera, y no cesa en su empeño, consciente del quemazón que me provoca cuando pasan por mi imaginación esas chumberas carnosas todavía sin florecer pero sin envidia del almendro que lleva ya días engalanado de blanco, consciente del nerviosismo que me entra al saber que detrás de esos pocos milímetros de cristal se expanden los trinos aflautados de mi pájaro favorito, ese de plumaje oscuro, de poca vistosidad pero virtuoso en lo del cante. El reflejo avanza inexorablemente por la pantalla, de derecha a izquierda, como un sol describiendo una diminuta órbita, amaneciendo por el lado de la barra

que te indica lo avanzado del escrito, y ocultándose en su ocaso por entre esa regleta situada en la parte siniestra, que nunca he sabido muy bien para qué sirve.

Ahora es de noche en mi ordenador, su astro luminoso se ha ocultado hace ya rato, no sé los días que hace que no retomo este viaje. Desde el “nunca he sabido muy bien para que sirve” hasta el “ahora es de noche en mi ordenador” creo que han transcurrido tres días, días en los que mi vida ha estado metida en un cajón, recogida y ordenada, planchada y doblada, lista para vestir un ser un tanto perezoso, perezoso de vivir, ralentizado en el tiempo, torpe en sus relaciones, pero dispuesto a engalanarse con esa encajonada vida aunque sea para viajar delante de un ordenador donde la noche, esa larga noche que espera el orto del reflejo, no contiene estrellas, ni luna, ni cometas, sino letras intentando ordenarse de tal manera que den un aspecto coherente a este firmamento de diez pulgadas. Me da pereza volver a revisar mi equipaje, controlar los trayectos, pasar de nuevo por la estación de los orines secos, tener que confundir una vez más la Catedral de Westminster con la abadía del mismo nombre, contemplar a los hermanitos del autobús utilizando sus manos para algo más que jugar a los videojuegos, pero si apago este cacharro tendré luego que enfrentarme a la obligación de repetir esto que acabo de decir sobre mi pereza viajera y así podría continuar hasta el infinito, como les gustaba argumentar a los escépticos cuando el dogmático de turno se sacaba de la manga alguna teoría metafísica. Dicen que Pirrón llevó un poco al extremo eso de desconfiar acerca de todo, y en algunas ocasiones sus alumnos evitaron que aquél cayera en un agujero o que fuera atacado por unos perros. Si Cristobal Colón hubiera sido pirrónico no creo ni que pasara por Burgos para que los Reyes le financiaran su viaje; y si a pesar de su escepticismo hubiera emprendido el viaje, no

habría hecho caso de la lumbre que vio Rodrigo de Triana. Qué duda cabe que la historia no sería la misma.

Por muy nocturno que se presente este momento en mi pequeña pantalla, el resto de la habitación permanece ajena al ventanal astro por lo que tengo que soportar, cuando estiro la espalda y alzo mi cabeza intentando desencajar mis molestas vértebras, la mirada insistente con la que un libro de Pessoa me intimida, desde la estantería situada justo a cuarenta y cinco grados por encima de mis ojos, lugar desde el que el muy cabrito me recita de forma lenta sinuosa y envolvente: *No basta abrir la ventana para ver los campos y el río. No es suficiente no ser ciego para ver los árboles y las flores. También es necesario no tener ninguna filosofía. Con filosofía no hay árboles: no hay más que ideas. Sólo hay, como una cueva, cada uno de nosotros. Hay sólo una ventana cerrada, y todo el mundo fuera; y un sueño de lo que se podría ver si la ventana se abriese, que nunca es lo que se ve cuando se abre la ventana.* No quiero dejar de viajar frente al ordenador y trasladarme a la mesa que tengo destinada a otros menesteres situada a mis espaldas, bajo la ventana, esa ventana me inmovilizaría y no me dejaría viajar, me tentaría a abrirla y eso sería el caos, no me importaría viajar en un papel en lugar de hacerlo por este planeta monitorizado, no me importaría sustituir estas teclas ennegrecidas por un bolígrafo mordisqueado en su extremo, pero la ventana dejaría de ser un reflejo en órbita y pasaría a convertirse en un sueño tentador, tentación que me provocaría la misma angustiada sensación que sufría cuando aquella pequeña alumna se sentaba sobre mis rodillas transformando mis rótulas en manos temblorosas, la misma alumna que me regaló a Pessoa con una dedicatoria que siempre quise que hubiera escrito su madre: *con cariño y con admiración y con deseos de aprender mucho de ti.* Tengo que resistir las interrupciones de este maldito libro, tengo que

taparme los oídos para no escuchar sus versos cada vez más estentóreos, tengo que procurar no levantar demasiado la vista, no sea que Neruda o Whitman se animen y me acosen uno detrás de otro, o peor aún, todos juntos en un revoltijo ensordecedor.

Pero zafarse de estos condenados poetas melancólicos no ha sido fácil. Finalmente me encuentro junto a Ella, libre, bajo ese ahorcamiento de cruz que tanto nos impresiona, entre estas reverberantes paredes. Queremos salir de aquí pero al intentarlo nos topamos con la capilla de San Patricio. Allí hay un libro, contiene una interminable lista de apellidos, cincuenta mil soldados irlandeses muertos en la primera guerra mundial, se conoce que no había sitio para todos en la catedral y se tuvieron que contentar con enterrar sus nombres entre folios encuadernados, una especie de panteón con lomo y tapas. Sí, fuera se respira un aire más contaminado pero al mismo tiempo menos denso, el aire de las iglesias resulta como el agua de las profundidades, te oprimen tanto que puedes llegar a reventar por dentro. Será mejor realizar la descompresión, meternos en un pub que no esté lejos, beber dos saludables pintas. El efecto es inmediato, vuelves en pocos minutos a encontrarte adaptado al medio, esa especie de mareo del aire catedralicio ha huido despavorido al notar cómo la cerveza se apoderaba de una mente en duda, de unas preguntas sin respuestas que ahora dejan de cuestionarse. Aquí estoy, contemplando en silencio este simple vaso que poco a poco contiene menos y menos cerveza.

Tampoco es fácil salir de una vieja estación castellana metido en un autobús que hacía dos horas y media comenzaba su ruta en Madrid, para terminar el destino, después de veintitantas horas, en un Londres extranjero, desconocido, temido, extraño, apabullante, e incómodo por todo ello. Uno viaja a un nombre y se encuentra con una realidad; estas dos cosas no siempre están armoniosamente unidas, y

pueden originar más de una decepción o impresión confusa. La verdad es que en esto los escépticos tenían razón y es que todo depende de quién sea el observador, para recibir una u otra impresión, de manera que nuestro actual malestar buscando el autobús de línea que nos ha de dejar en la puerta del hotel donde hemos reservado una habitación por una noche, no tiene nada que ver con la euforia que otros viajeros han demostrado recién pisados estos asfaltos anglosajones. Las islas, las pequeñas capitales provincianas, los pueblos, todos estos espacios reducidos condicionan las vidas de sus habitantes como las grandes urbes lo hacen con los suyos, tan lamentable es observar cómo se desenvuelve un pueblerino en la gran ciudad como un urbanita en el campo. La cosa se multiplica si el primero viene de una pequeña isla y el segundo pertenece a ese extraño grupo social de ejecutivos alienados. El 24 acaba de llegar, le hemos dejado pasar estúpidamente. ¿Por qué? Esta es otra pregunta sin respuesta, como esas que nos asaltarán al día siguiente dentro de una falsa abadía, en busca de unas tumbas mitificadas. El 24 vuelve a aparecer, esta vez tenemos que subir como sea, no podemos volver al metro, ese maldito agujero en el que acabamos de entrar recién pasado el primer 24, imaginando quizás un posible acceso más fácil a nuestro hotel, confiando encontrar la línea con el nombre y color adecuado que nos pudiera sacar de esta especie de centro magnético del que tanto nos cuesta despegarnos, una avalancha humana comenzó a subir por esas escaleras, dejar de consultar aquel amasijo de líneas coloreadas, escapar corriendo, marabunta, hormigas de aparición imprevista. Tenemos que subir a este 24 estacionado, las puertas ya abiertas, no hay que volver al averno, despegarnos de encima esta maldita Victoria Coach Station, hace ya una hora que permanecemos como moscas atrapadas en tira pegajosa. No es más agradable encontrarse embutido aquí dentro, este 24 pasará cerca de la puerta de nuestro hotel, ¿cuando tenemos que bajar?, quizás fuese mejor

dejarlo todo, esperar que este autobús nos devuelva al lugar donde lo cogimos, ese agujero negro aspirador de nuestras voluntades, cambiar nuestro billete de vuelta, regresar a la estación cercana al puesto de morcillas donde hace tres días bromeábamos con la idea de viajar cargados de ellas, para aguantar mejor la gastronomía inglesa.

Darwin no pensó en aprovisionarse de embutidos antes de zarpar de Devonport. Sus morcillas eran los libros del Beagle, que se encontraban disponibles precisamente en la cabina de popa donde él trabajaba y dormía, casi siempre mareado. Había más de doscientos setenta libros condensados como la leche en ese pequeño camarote de diez por once pies, que viene a ser poco más de tres por dos metros y medio. Allí había normas para todo y por supuesto también para poder hacer uso de esos volúmenes: los podían utilizar todos los oficiales del barco que cumplieran con una serie de regulaciones como por ejemplo ser repuestos exactamente en el mismo lugar de donde se cogieron, cuidarlos con esmero aunque fueran ejemplares viejos y dañados, no traspasarlos a ningún otro oficial sin antes comunicarlo, apuntar el nombre del tomador en una lista especial para dicho uso, retirar o devolver los libros después de la ocho y media de la mañana (me imagino que para respetar el sueño de Mr. Charles) y sobre todo la absoluta prohibición de sacar alguno de aquellos ejemplares fuera del barco.

El pobre Darwin se quedó chafado al pasar delante de Tenerife y no pisar la isla; le contaba a su padre en esa carta que acabó mandando desde Brasil, que el pico del Teide visto entre las nubes parecía como otro mundo. En el barco disponía de una red que en tiempo calmoso echaba al mar para recoger eso a lo que él se refería como “un montón de curiosos animales”. El capitán decidió no fondear en las Islas Canarias porque les obligaban a pasar una estricta cuarentena de doce días. Así lo cuenta Darwin a su

padre en la mencionada carta, y al principio yo pensaba que no sería tan estricta cuando se permitían arrojar por la borda las más elementales teorías de números y convertir súbitamente un cuarenta en un doce por no parecerles adecuado utilizar algo así como docentena. Pero como ya dije antes las palabras nos pueden engañar y a mí me engañaron, reconozco que por culpa de una terrible ignorancia y no saber que “cuarentena”, además de poder significar un conjunto de cuarenta unidades, también nos puede indicar un periodo de tiempo (sin especificar) en el que se aísla por motivos sanitarios y preventivos, al sospechoso de contagiar una determinada enfermedad. Colón y todos los que le siguieron no pasarán por ninguna cuarentena, con lo que irán contagiando el sarampión y mil cosas más a los recién descubiertos indios, que morirán como chinches víctimas de unas enfermedades nunca vistas por ellos, y por lo tanto nunca curadas. Esto se lo aprendieron bien muchos colonos anglosajones de esas nuevas tierras, y no fueron pocos los que en el siglo diecinueve dejaban abandonadas camisas y demás vestimentas que habían usado estando enfermos de esas dolencias, para que los indios al encontrarlas se las pusieran y así conseguir disminuir la población indígena de manera más humana y cristiana, con la conciencia tranquila, orgullosos de no utilizar el mosquetón. ¿Fue la primera guerra bacteriológica?

Las tres carabelas sí que tomarían las Canarias, y el día doce de agosto sus tripulaciones andarán por tierras de la Gomera, donde encontrarán gente vecina de la isla del Hierro jurándoles que todos los años podían ver tierra hacia poniente, estos oteadores eran ya españoles porque de los guanches pocos quedaban a estas alturas. Desde la Gomera verán salir, los del almirante, gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, aunque los isleños ya no se creían que fuera Guayota el responsable incendiario, como lo pensaban los nativos canarios antes de ser evaporados del planeta como etnia, como pueblo y como

personas; ni siquiera pudieron ser momificados, como era su costumbre, pues a los de Castilla esas tradiciones les parecerían algo malsanas. Por estas tierras pasó una cuarentena de cinco meses Don Miguel de Unamuno, por aquello de poder contagiar a otros sus ideas, opuestas al dictador de turno. El genial vasco se las arregló para, un nueve de julio del año 24, cambiar Fuerteventura por París. El 24 debe estar a punto de pasar cerca del cincuenta y cinco de Belgrave Road, así que enseñamos esta dirección al hindú más cercano a nosotros, y muy amablemente nos dice algo de lo que llegamos a entrever la necesidad de apearnos dos paradas más adelante. Se hace de noche y eso acrecienta nuestro temor a las primeras horas londinenses de nuestra vida. Quizás mis primeras horas madrileñas no fueron más relajadas, pero de eso ya no me acuerdo, y además, del metro de Madrid nunca tuve que salir corriendo, aunque ganas no me faltasen aquellas noches invernales, a la salida de la última sesión de un cine, aprovechando el que quizás fuera el último viaje metropolitano del día, al oír esos pasos resonantes y ver aparecer figuras extrañas, solitarias, oscuras como topos, seguramente temerosas de mi apariencia, desconocedores de mi angustia por su presencia. Tampoco a Ella le gustó aquel enorme charco de sangre que una vez nos encontramos en no recuerdo qué apeadero del metro madrileño originando desde ese momento su pequeña fobia a este medio de transporte.

Una simple noche de sueño en un mediocre pero carísimo hotel reservado, es suficiente para encontrarte a la mañana siguiente con un Londres mucho más familiar, casi conocido y esperanzador. La estación morcillera queda muy lejos y no queremos ni pensar en ella. Sólo Londres tiene sentido, sus calles, sus autobuses de dos pisos, sus enormes y anticuados taxis, ese British Museum con el que tanto hemos soñado, esas tumbas de Darwin, Händel y Purcel tan imaginadas y anheladas, sus pubs, los

famosos bed & breakfast, el Buckingham Palace, esa librería de la Oxford street de la que tanto nos han hablado. Verdaderamente Londres es conmovedor cuando tienes por ver todas esas cosas, verdaderamente son pocas 24 horas para poder verlas y muchas para querer aprovecharlas, verdaderamente la cabra tira al monte.

Me preocupa este dolor que me asalta desde que el autobús Castilla-England estaba a la altura más o menos de Poitiers. Tengo dos teorías acerca de la etiología de este malestar que se está empezando a convertir en insufrible según qué momentos; una es que desde hace tres semanas Ella y yo no nos conocemos lo suficiente, en el sentido bíblico de la expresión, o para ser más exactos no nos conocemos en absoluto, y la otra, me recuerda esa especie de desgarrón que noté hace como unos dos meses al coger de manera un tanto brusca aquel endemoniado grupo electrógeno que pesaba como un muerto, vamos, que me puede estar saliendo una clásica y tradicional hernia inguinal. No sé como resolver el dilema, caminar en busca del museito este me está resultando una tortura, pero la gente es muy amable y responde a nuestras peticiones de orientación sobre el camino a seguir hacia ese santuario arqueológico, con largas peroratas de las que optamos por fijarnos sólo en los gestos, pues del resto poco o nada sacamos en limpio. Nuestro conocimiento del inglés nos da para hacer preguntas pero ni mucho menos para entender lo que nos responden. En cualquier caso ese lenguaje infalible y prehistórico realizado con los brazos y manos creo que nos está acercando a nuestro objetivo pues me da la impresión de que las peroratas de estos educados londinenses son cada vez más breves.

Pessoa nunca estuvo en Londres aunque escribiera el nombre de esta ciudad al final de su Oda Triunfal. Don Fernando quiere molestarme una vez más desde su anaquel de vieja madera aprovechada,

desgajada de una caja ya sin sentido, basta y sin pulir, quizás molesto por esas pequeñas astillas punzantes que se le meten entre las hojas del libro, recriminándome no haber tenido la paciencia y el buen tino de pasarle la garlopa a esa mísera tablucha. No quiero escucharle, tengo que entrar en el British Museum y continuar mi viaje tal como habrá de ser y tal como fue. Me da miedo que se animen los otros que se encuentran junto a él, hasta ahora callados, quizás dormidos entre sus versos, mareados de oír como *perpetum mobile* esas palabras que un día pusieron en papel, después de ponerlas en su cabeza, después de sentir las en su piel, pero antes de olvidarlas para dar cabida a las siguientes, tengo que aguantar la mirada hacia el teclado, tengo que observar lo menos posible la pantalla para no caer en la tentación de ver con el rabillo del ojo ese libro gritón, pero mis dedos torpes como longanizas artríticas no hacen más que cometer errores al componer los párrafos de este viaje, con lo que me es indispensable levantar la cabeza y corregir los desperfectos gramaticales, y es en ese momento cuando me atrapa, cuando me lanza el recuerdo de aquella alumna sentada en mis rodillas con sus faldas levantadas, sentada inocentemente en una silla improvisada y reprimida, aquella alumna con una madre que invadía mis rincones más ocultos y secretos, mis horas menos filosóficas en las que las ideas no valen nada y se abre una ventana que te muestra siempre el mismo paisaje, ese extraño paisaje que al mismo tiempo tiene el verano y el invierno en su interior, el chopo desnudo y el nopal florido, las cumbres nevadas y las cálidas playas, ese paisaje que te invita a traspasar la ventana una vez que la has abierto, y que te puede jugar una mala pasada cerrándola a tus espaldas para que no vuelvas atrás, para secarte del todo las ideas y dejarte pura vida. La alumna cuya madre me hizo pensar en la esclavitud como en algo dulce, tranquilo, posible, y por qué no,

deseado. La alumna que convertía mis rodillas en manos y mis manos en rodillas, que invertía el orden de lo establecido, de lo naturalmente humano en lo humanamente natural.

No llevamos ni una hora en este afamado museo y ya me encuentro tan mareado como Darwin al poco de salir de Devonport. Siempre ocurre lo mismo, da igual en lo que consista la colección a observar, pinturas, esculturas, momias, objetos cerámicos, viejos trajes, latas de Coca-Cola, después de media hora de contemplación comienzo a sentir invariablemente una saturación impropia de alguien que acaba de entrar a ese recinto con ansia devoradora, con la felicidad de alcanzar un lugar soñado, de ver ante ti aquello que tantas fantasías ha evocado en tu cabeza. Lo mismo me ocurre en los supermercados o en esos grandes almacenes tan de moda en nuestros días, cuando tengo que permanecer en ellos por más tiempo de esa media hora inflexible. Ya sé que el British no es un supermercado, pero la media hora ya ha pasado y no encuentro un asiento donde aguantarme con este vértigo que me domina y poder desviar la mirada hacia algún sitio desprovisto de toda antigualla, además creo que ha llegado el momento de tomar una decisión con respecto a mi dolor inguinal. Ella está emocionada con las momias y esos muñecos que colocaban en las tumbas los antiguos egipcios. Aquí por haber hay momias hasta de gatos y monos; por si fuera poco esta incómoda postura que tienes que adoptar para poder verle la cara a estos moradores del Nilo de hace casi tres mil años, se me está haciendo insoportable por minutos, Cabeza de Mentuhotep, 2025 a.C. Pongo la excusa de escaparme al servicio. Creo que es una buena idea. Ahora no hay mucha gente y no tengo que hacer cola para entrar. Tengo que disipar dudas, que eliminar posibilidades, que aclarar de una vez qué le ocurre a mis entrañas. Quizás sólo son problemas “epistemológicos”. Creo que sí. No es tan complicado. No tienes que ponerte colorado. Calma. Calmado. Tranquilo, ¿he cerrado la

puerta?, sí, no te preocupes, tu sigue, tienes que hacerlo y salir de dudas, quizás no sea una hernia, va bien, ¿y si llaman?, no tardes, ¿hay papel?, me da asco, será mejor que no, ni tocarlo, ¡imagina, hombre, imagina!, concentrado, así, va bien, después de tantos días resulta facilísimo, un poco más, utiliza el calzoncillo, la cosa es no manchar el pantalón, se ablanda, vaya escote que había en la última sala de momias, ¿sería rusa?, qué más da, el escote, el escote, con botones, quitarlos, creo que sujetador rosa, ahora, ¿ves?, ¿ves?, ¿vees?, ¡joder!, tranquilo, ahora más momias, todo en su sitio, el pantalón limpio, creo que estoy algo colorado, sal como si nada, ¿no estaré muy colorado?, no parece que la gente me mire, ¿se dará cuenta Ella? El dolor no se va, es normal, no puede haber un cambio inmediato, ya lo sabes. ¡Caray, la Piedra Rosetta!, vaya estatuas, sí, traídas por Belzoni, por algo era forzado de circo. La vista la tengo algo más descansada. Creo que hay huelga en la sala medieval, qué bien, no la podremos visitar, era uno de nuestros objetivos. No sé si podremos comer por aquí cerca. Algún pub. Cerveza, sí, varias pintas de cerveza, los barbudos de toda la vida, creo que asirios o algo así, relieves, relieves, relieves, relieves, me vuelve el mareo pero no disminuye el dolor. ¿Por qué tiene que haber una maldita tienda en la salida de todos los museos? Hay que comprar algo. No creo que Ella haya notado nada. Ahora me hago pis de verdad, pero no puedo ir, dos micciones en veinte minutos serían difíciles de explicar. ¡Hay que ver qué caro es todo! Creo que con la misma entrada puedes volver durante el mismo día. Los pasteles en Londres deben ser exquisitos. No sé si tendrán en un pub. Me parece mentira poder mirar al cielo y no ver cosas expuestas. Cierro los ojos para descansar. Sólo veo momias y relieves. También a los barbudos. El servicio. Hay que encontrar un pub, my Kingdom for a pub.

La noche se ha echado en esta ciudad castellana, fría incluso en el mes de julio en que nos encontramos, los billetes comprados esta mañana me hacen daño en uno de los bolsillos del pantalón, ahora los hacen grandes y con cartulinas grapadas y claro cuando los doblas quedan puntas duras y casi afiladas. Pero es el mejor sitio para no perderlos. No quiero repetir lo del viaje a Lisboa, en el que perdimos los billetes del tren, tampoco quiero repetir el nombre de esta capital no sea que se despierte el de ahí arriba, el del libro escrutador, el chafa viajes de turno. Es mejor que siga escribiendo silenciosamente acerca del momento previo a nuestra salida para Londres. El autobús en realidad tiene que venir de Madrid, así que no será puntual, muy probablemente no saldremos a las veintidós horas como marcan los punzantes billetes. El bar de la estación tiene un aspecto decadente, pero no creo que se deba a la nocturnidad del momento, recuerdo la misma decrepitud las veces que he cogido el coche de las nueve de la mañana para llegarme a Santander o incluso el de las tres de la tarde que va para Bilbao. Esa melancolía ambiental también reinaba en esta pequeña cafetería cuando todavía tenía sentido el horario amarillento, ese que consultaba cuando quería ir a los pueblos que ahora tapa el agua de un nuevo pantano. Su chófer siempre estaba congestionado, y recuerdo muy bien cómo dominaba magistralmente un vocabulario bastante reducido y basado predominantemente en las diferentes formas de cagarse en todo el santoral cristiano, incluidos sus máximos representantes masculino y femenino. De tanto en tanto detenía el autobús sin motivo aparente, pues ningún viajero se apeaba ni accedía al coche de línea en dicho punto y en mitad de uno de esos pueblos sentenciados ya a un anegamiento inexorable, bajaba y se dirigía a humedecer, con el pacharán de la cantina, esa garganta ensangrentada de tanto vociferar continuas blasfemias, impulsado por el simple echo de cruzarse con cualquier otro usuario de esos socavones unidos

por pequeños trozos de carretera. Su congestión crecía a la salida de cada una de aquellas pausas étlicas, alcanzando a mitad de trayecto una imagen difícil de describir, con aquellas venas moradas inervándose como arroyos en busca de su fuente, por nariz y pómulos pero sin decolorar para nada ese tono rojizo que mantenía toda su cara lo mismo en verano que en invierno. Nunca olvidaré aquel “*¡me cago en Dios que catarro tengo!*”, disparado al aire para no herir a nadie, cuando recién dejada la tasca subía al autobús con la intención de retomar el viaje, porque resultó ser el último exabrupto que vi salir de su pequeña boca de labios escondidos y apretados. No creo que en la línea Castilla-England salgan de la boca del conductor tamaños improprios según avanzamos por las autopistas francesas, sería demasiado cansino, también sería anacrónico, poco a poco los chóferes juran menos y se accidentan más.

Colón se iba a sorprender al ver cómo mostrando su espada a los indios recién descubiertos, estos la tomarían por el filo cortándose las manos. No sé si por esta razón o por otra, el genovés pensará que esos salvajes serían buenos sirvientes y fáciles de cristianizar. Pero lo que realmente le inquietaría al descubridor de América iba a ser el averiguar de dónde sacaban esos trozos de oro que colgaban de sus narices. Ya se sabe que los exploradores de nuevas tierras lo que en verdad quieren descubrir son tesoros que meter en sus bolsillos y en los de sus patrocinadores, en aquel caso los Reyes Católicos. Pero si en el mismo lote se pueden incluir unos cuantos miles de esclavos, un porrón de almas que adoctrinar, y la posibilidad de violar las hembras conquistadas, conquistadas no por el arte del cortejo sino por el del negocio, pues el viaje se hace más apetecible, y la invasión de colonos está garantizada. El negocio este tan atractivo para muchos era fácil de dominar, la nativa se dejaba violar y el colono violador le regalaba la vida. Es muy curiosa esa rápida transacción por la que en el momento en el que un colonizador pisa

tierra indígena las vidas de los nativos pasan automáticamente a su pertenencia. Siempre había estafadores, cosa habitual en asuntos de mercadería, y estos timadores de pacotilla después de coger los pequeños tesoros que las indias guardaban entre sus piernas, no les regalaban nada a cambio, y las pasaban por el cuchillo una vez pasadas por la piedra.

En los viajes, sean del tipo que sea, el viajero no puede mantener uniforme su estado de ánimo, y por lo tanto va pasando por altibajos como si de un trayecto por la montaña rusa se tratase, pero más despacio. En los viajes literarios ocurre tres cuartos de lo mismo y sin saber muy bien por qué, un buen día tecleas y tecleas sin ningún atisbo de cansancio, disfrutando del paisaje semántico en el que poco a poco te vas adentrando, al contrario que ocurre en esos otros momentos cuando un agotamiento inesperado aparece de súbito en tu camino haciéndote imposible seguir adelante con tus planes nómadas. Algo así le ocurría a Darwin cuando escribió a su hermana Caroline, nueve años mayor que él, el seis de abril de 1832, encontrándose a unas cien millas al Este de **PIPIPI PIPPI PIPPI...** el despertador que sigue situado encima de la impresora me está avisando que es el momento de retirar la empanada del horno. Es lo que tienen los viajes literarios, que de vez en cuando surgen necesidades más imperiosas que el propio viaje y te has de bajar de la burra. Que si la empanada del horno, que si la vejiga me revienta, que si la llamadita de teléfono puede ser algo importante que esperas, que si aparece la visita más imprevista e inoportuna que pudieras imaginarte o que, como me ha llegado ha pasar, un cretino empotre a ochenta por hora su coche contra el muro de tu jardín. Cuando realizas un auténtico viaje, un viaje viaje, todo eso forma parte de la aventura, y hasta el mismo momento en que no estás de vuelta en tu casita, cualquier cosa que te ocurra pertenece al viaje viaje. La empanada ya está hecha y retirada, ahora una masa un tanto

viscosa ocupa su lugar dentro del horno, esperando a convertirse en un esponjoso bizcocho, momento en el que volverá a interrumpir mi actual recorrido este pequeño y rojo despertador, cumpliendo su misión principal en esta vida: cortar viajes. Porque el hombre es viajero por naturaleza y si no se pone freno, puede estar viajando las 24 horas del día. Cuando no es un viaje viaje, es un viaje por el mundo de los sueños, o un viaje literario, o uno más bien psicotrópico... creo que prefiero mirar el bizcocho ahora, en lugar de esperar a que el reloj me obligue. Es incómodo caminar, aunque sea lingüísticamente, con la sensación de que alguien te observa y cronometra, esperando el momento para emprenderla contigo con una especie de tiro de gracia que es ese soniquete repetitivo y punzante.

¿Qué tienes que contar, reloj molesto

en un soplo de vida desdichada

que se pasa tan presto;

en un camino que es una jornada,

breve y estrecha, de este al otro polo,

siendo jornada que es un paso solo?

Deja pasar las horas sin sentir las,

que no quiero medirlas,

ni que me notifiqués de esa suerte

los términos forzosos de la muerte

Quevedo, en este trozo de silva, mal recordada por mi parte, pensaba en un reloj de arena, pero a fin de cuentas eso no le afecta al tiempo que ni es de arena ni de pilas, y al que tampoco hay que darle cuerda para que no se pare. Como se ve, también se puede viajar por la historia o por la poesía.

Pero el bizcocho sigue crudo y esto me trastorna porque no sé si volver con Darwin, o salir definitivamente del British Museum para tomar de una vez esa pinta tan bebida ya en mi cabeza repleta de momias y relieves, o coger uno de esos taxis londinenses con aspecto un tanto antediluviano, pero con anuncios de prostitutas en sus puertas. Creo que lo mejor será sacar definitivamente ese maldito bizcocho y quitar el despertador de mi vista. No tengo idea si ha quedado un poco crudo, porque subir, lo que es subir, no ha subido mucho y la masa sigue tan aplastada como antes pero con un tono más tostado. En cualquier caso, crudo o quemado, he de zanjar ahora mismo esta incómoda situación y continuar, menos presionado, mi viaje.

A unas cien millas al Este de Rio, Charles Darwin escribía a su hermana Caroline acerca de sus últimas experiencias a bordo del Beagle. Resulta que se había pinchado en una rodilla, seguramente por andar torpemente en cubierta, a causa de su eterno mareo,

Erase un hombre a un mareo pegado,

érase un mareo superlativo,

érase una náusea medio viva

érase un asco mal curado,

y tuvo que permanecer ocho días confinado en su hamaca, en aquella pequeña habitación con más libros que espacio, lo cual dio al traste con el ánimo algo recuperado de este desequilibrado naturalista; me

refiero a un desequilibrio físico que no psíquico. En determinadas ocasiones conviene puntualizar el sentido de nuestras palabras, para evitar malos entendidos, lo mismo hubiera hecho el propio Darwin cuando le contaba a su querida Caroline: *I was however very unfortunate in being confined to my hammock for eight days by a prick on the knee*, si el término “prick”, en aquellos días hubiera sido utilizado coloquialmente a la manera que lo hacen los modernos ingleses, es decir como nuestra polla española, pues tengo la impresión de que Charles no poseía esa afición mozartiana de enviar cartitas un tanto ligeras a algunos de sus familiares femeninos, por lo que quiero entender que en aquella época no habría cabida para la confusión mencionada y que la segunda de las nietas del ya preocupado por asuntos evolucionistas, Erasmus Darwin, no se quedó preocupada ante la posibilidad de que su excéntrico hermanito se hubiera pegado durante ocho días a su hamaca por culpa del roce de un pene en su rodilla, por muy extrañas que fueran aquellas tierras por las que andaba el Beagle. También cuenta en la misma carta que debido al calor reinante, se hacía muy difícil renunciar a la siesta, manteniendo una fuerte lucha interna por considerar esta costumbre, tan nuestra, como una debilidad humana a la que no estaba nada acostumbrado en su verde campiña natal. Sin embargo, entre uno de estos párrafos recién escritos, no voy a decir cuales, he disfrutado de una rica siesta de algo más de dos horas, sin que ello me haya indispuerto para continuar el viaje con toda tranquilidad, incluso con mucha más tranquilidad que antes de mí, reconozco, copiosa comida consistente en una empanada de atún, ensalada de hierbas varias, vino y grandes trozos de bizcocho con fresas y natas. Este aumento en mi relajamiento es debido a la decisión vespertina de eliminar no sólo el reloj despertador sino todos esos poetas vocingleros que tenía encima de mi cabeza intentando arruinarme el viaje. Ahora tan solo quedan en la estantería de la derecha unos

cuantos tratados de antropología y etología, los cuales no creo que se conviertan en un riesgo para mi travesía literaria. A los poetas no les he quemado ni he tomado hacia ellos alguna actitud que pudiera considerarse como fascista o inquisitorial, únicamente los he arrinconado provisionalmente en una de las esquinas de esta habitación donde me encuentro navegando, en la esquina opuesta a la mesa del ordenador donde escribo estas líneas, allí donde tengo apoyado en el suelo un viejo tablero de ajedrez en el que los escaques difícilmente se diferencian unos de otros a causa del polvo que acumulan. El tablero me ha servido de mampara tras la que colocar esos libros fuera de mi vista, dicen que ojos que no ven corazón que no siente, así que mi corazón de viajero se encuentra más insensible, insensible a esas rimas y a esas miradas microscópicas que los poetas suelen realizar con sus ojos escrutadores. Reconozco que ese anaquel vacío me impresiona un poco y me hace sentir un tanto culpable, como cuando castigas a tus hijos por alguna desavenencia obligada entre dos generaciones, corroyéndote luego las entrañas ese maldito complejo de culpa, complejo que te hace notar las púas de la intransigencia horadándote el cuerpo entero, cual Dama de Hierro, hasta ocasionar la angustia que te hace desear llamarles a gritos y pedirles perdón por ser su padre, perdonarles el castigo, reconocer su victoria, decirles que sean ellos los que te impongan un merecido correctivo. He de ser fuerte y seguir con el plan ideado. Seguramente después de unas cuantas horas más de viaje no me volveré a acordar de esos desaparecidos libros, pudiendo reposar mi mirada ya cansada, harta del reflejo ventanal, en los inofensivos tratados de antropología social.

No ha sido complicado encontrar uno de esos pubs londinenses, donde el silencio casi es sepulcral. Se nos hace extraño internarnos en algo que podríamos equiparar a nuestras cafeterías españolas y no encontrar la imagen del Dios Grito venerada por todos sus fieles, adorándole de la manera que marcan los preceptos de esa secta, tan extendida por Castilla, de los gritones. Tendremos que pedir la carta de platos para intentar adivinar qué podemos tomar que nos desengrase de tanta manteca prehistórica. Con respecto al dolor, mis dudas se disipan. La teoría relacionada con nuestra acumulada falta de conocimiento pierde puntos según pasa el tiempo desde mi visita a los excusados museísticos, por el contrario la idea de una hernia desgarrando mis doloridas tripas cobra más y más fuerza. Mientras Ella intenta descifrar cual Champolión hambriento esa carta escrita en tres idiomas, ninguno de ellos el Español por supuesto, será mejor que pida dos pintas que eso sí que sé hacerlo. Creo que la camarera me está preguntando por el tipo de cerveza que quiero, y ahí me ha pillado. ¡Yo qué demonios sé la clase de pinta que quiero!, solo quiero una cerveza con la que sentarme y poder asimilar mi dolencia, mi futuro, mi posible braguero, mi miedo a una operación, a la anestesia y al frío que me dio ya en otras ocasiones con motivo de aquellas intervenciones quirúrgicas que tuve en la adolescencia para componer mis desencajados huesos, la mierda de viaje que me espera, el terror a que se pueda estrangular, que algunos dicen que si se te estrangula una hernia la puedes diñar y además, cómo voy a ir a un médico aquí, donde no sé que decirle. La orinada estación castellana vuelve a ser tan deseada para mí como esta complicada cerveza, pero de aquella al menos tengo la certeza de su nombre y de su aspecto. Opto por balbucear una de esas palabrejas ensartadas que me ha espetado la pequeña camarera, el aspecto es de cerveza así que me da igual cómo se llame, los grados que tenga o la marca de la fabrica. Sentado parece que me duele menos, será cuestión de

viajar como un viejo, sin demasiados excesos, pero en realidad la supuesta hernia se me ha reventado durante las veintitantas horas de autobús Castilla-England, sentado, sin el menor tipo de ejercicio, y si queremos ir a Escocia, como tenemos previsto, tendrán que pasar muchas más horas de autobús. Que sea lo que Dios quiera. Quizás si camino con la mano apretándome por esas partes, de manera disimulada, no hay peligro de que se estrangule. La cerveza es deliciosa. Fresquita. Poco a poco me encuentro mejor. ¿Y si no es una hernia y es algo peor? Ella es ajena a mis sufrimientos, pero no quiero amargarle el viaje, y menos ahora que todavía no ha superado el desasosiego que le ha causado la huelga de la sala medieval. Por mí, se podían haber puesto de huelga todas las momias y los barbudos asirios. Es una pena ser como soy, no podré nunca disfrutar de un museo, tendrían que inventar para mí museos de media hora, donde te echen a patadas transcurridos los treinta minutos preceptivos, a los que tengas que volver una y otra vez hasta poder ultimar la visita completa, pero de donde invariablemente salgas entero, optimista, deseando retomarla al día siguiente o incluso transcurridas unas horas desde tu desalojo. En los supermercados lo tengo mejor controlado y mi lista de la compra no suele emplearme más de veinte minutos en conseguirla, otra cosa es la lentitud de la cajera de turno, pero eso ya es algo ajeno a mi voluntad, casi providencial. Este silencio me empieza a oprimir un poco. Todo el mundo me ha dirigido una mirada inquisitorial como reprochándome la carcajada que acabo de soltar, quizás un tanto estentórea, debido a esa broma algo obscena acerca de las momias que ella me ha susurrado al oído. A lo mejor no está bien visto reírse en estos santuarios celtas. Tengo que controlarme un poco, pero cuando no te puedes reír te da todavía más risa. No sé ni como puedo estar para guasas con esta operación que se me viene encima, pero tampoco quiero avinagrarme el viaje por culpa de esta supuesta potra. Caray está bueno esta especie de pudín, todo

se contempla mejor con las tripas llenas, pero quizás al llenarse tengan más querencia por aprovechar el agujero recién abierto y escapar así de su enclaustramiento ventral. No hemos vuelto a hablar desde que mi risotada alarmó a los concurrentes. Han caído unas migas saltonas proyectadas por mi barba, justo encima de ese folleto en Castellano que pudimos comprar en el museo, y que ahora ella ojea lamentándose de todo lo que no hemos visto. Quita las migas y me sonrío, pero yo prefiero apartar mi cabeza no sea que también me caigan gotas de cerveza, de esas que andan descolgándose por los extremos de mis bigotes. Susurros de los concurrentes. Oigo susurros y me temo lo peor. Si dejo de teclear puedo escucharlos con mayor claridad: *se oculta Venus surgida de la bañera su viaje es mi viaje y sigo siendo oscuridad vale la pena sentir para por lo menos dejar de sentir cada mariposa es una llamada perdida pero olvidé describirla me da vueltas la cabeza*, voces diferentes pertenecientes a distintas almas, amontonadas y confundidas entre ellas mismas, me es difícil distinguir alguna frase con sentido pero prestando atención puedo desmadejar el ovillo de palabras, será mejor que siga tecleando para ensordecere esos murmullos, yo tengo que viajar con un rumbo fijo, tengo que recorrer la ruta propuesta, si Colón hubiera hecho caso de todas las voces que le susurraban pidiéndole un retorno a España, nunca hubiera visto la lumbre del nuevo mundo. Quizás Hernando de Magallanes tendría que haber atendido a todos los gritos nocturnos que le suplicaban para no embarcarse desde Sanlúcar de Barrameda aquel veintisiete de septiembre de 1519. Doscientos diecinueve almas le gritarán durante varias noches para que suspendiera el viaje, para quedarse en Andalucía, para cambiar de planes; no es fácil desentenderse de tanto vocerío, pero don Hernando lo acabó consiguiendo, se zafaría de todas esas súplicas y morirán en el viaje tantos hombres como almas gritaban junto a la desembocadura del Guadalquivir, antes de aquel veintisiete de

septiembre, en el mismo delta donde un seis de ese mes pero de 1522 regresarían de esa expedición con sólo una de las cinco naves que zarparon y ocupada únicamente por diecinueve hombres, Elcano y Pigafetta entre ellos. El primero acabará luego muriendo en el Pacífico un cuatro de agosto de 1526 orgulloso de haber sido el primero que dio la vuelta al mundo, orgulloso del escudo de armas que le concedió Carlos V con la divisa <<primus circumdedisti me>>, orgulloso de aquel motín que se estableció en la nao San Antonio y que le daría el mando militar de la misma y el de la nao Victoria una vez muerto Don Hernando, orgulloso también de haber nacido en Guetaria y de aquellos problemas con la justicia que le obligaron a darse una vuelta por el mundo, orgulloso en fin de morir en el mar comido por unos peces sin patria y sin bandera, ni enemigos ni aliados, sólo peces del océano. Pigafetta preferirá no diñarla antes de escribir un buen libro de viaje, viaje viaje, su *Viaje alrededor del mundo*, gracias al cual hoy sabemos los detalles de aquella expedición. Acabará en su pueblo, Vicenza, más cerca de las montañas que del mar, cansino quizás de su circunnavegación, doce años después de entrar en el puerto sanluqueño, con cincuenta y cuatro años, mucho más joven que esos brasileños de los cuales escribirá en su libro que vivían normalmente los ciento veinticinco años llegando en ocasiones hasta los ciento cuarenta. Quizás pensará en algún momento el viajero italiano, que aquella longevidad en los del Brasil se pudo deber a su ocasional antropofagia, al alimento que algunos enemigos les proporcionaban de vez en cuando, pero Antonio Pigafetta vivirá sus últimos años en Vicenza, sin comerse a su molesto vecino, ese que no devolvía los saludos inocentes y rutinarios balbuceados por aquellas matinales callejuelas, ese que hablaba mal del afamado navegante por cada rincón del pueblo achacándole raras y contagiosas enfermedades contraídas en aquel extravagante viaje, el mismo que se emparejó con una mujer indeseada

sólo por el hecho de ser una hembra que Antonio admiraba, el niño que cuarenta años antes se mofaba del aspecto físico del que ahora morirá pronto, en su pueblo natal, recordando aquellos longevos indios e imaginándose a su odioso vecino transformado en un Fegato alla Veneziana, consciente de las virtudes revitalizantes que el hígado tiene para muchas culturas pero medroso de adquirir parte del alma de esa persona despreciada, de ese mísero ser que enfocó toda su vida con la luz de la envidia.

Fermín, el de la zangarriana en su doble sentido, por su débil voluntad y por la dejadez de su tierra natal, no quería comerse a su padre, sólo trocearlo para poder meterlo en el maletín del coche y viajar juntos al pueblo manchego que los vio nacer. No le fue muy complicado el proceso, le ayudó un enterrador mallorquín diestro en estas lides de trincar el fiambre. Una vez en el maletero del vehículo, Fermín sólo tenía miedo al barco que había de llevarles de Mallorca a la península, no por un posible mareo post mortem de su progenitor ni suyo tampoco, pescador avezado como se había convertido, sino a alguno de esos perros que en ocasiones acompañan a la pareja de Civiles. Ya se sabe que los huesos son a los perros lo que las almas al diablo, y ahí radicaba el temor de Fermín, en que el posible tufillo de los restos paternos pudiera atraer alguno de esos beneméritos chuchos. La cosa se condujo sin altercados hasta el momento de entrar en el cementerio del pueblo. Allí sí que estaba un guardia civil, precisamente Paco, el guardia civil vecino, con el que tantos líos había tenido su familia por un quítame ahí esas pajas relacionado con las paredes de sus respectivas viviendas. Si Fermín se hubiera comido a Paco en su momento no habría tenido que esperar para abrir el capó de su coche, pero esta historia acabó felizmente con el vivo al bollo y el muerto al hoyo, pero el hoyo querido, el hoyo al que le han quitado esa tierra añorada, causante de la morriña familiar, y que luego han vuelto a colocar encima, como lacre que sella

definitivamente una vida, una carta en el tiempo, sin posdata ni remite. Con su madre, Fermín tendrá que hacer lo mismo, pero aún no han pasado los cuatro años prescritos antes de proceder al despiece materno.

A Pigafetta le iba a sorprender más el aspecto de los brasileños, que su antropofagia o su longevidad, se conoce que no estaba acostumbrado a contemplar cuerpos desvestidos y depilados, incluso llegó a pensar al verlos tan negros, desnudos completamente, sucios y calvos, que se les podría tomar por marineros de la laguna Estigia, aunque la felicidad en ellos descubierta le demostraría que aquello no era el infierno y que si acaso algún río descendía hacia el averno, éste se encontraría en las tierras dejadas al levante, de donde él procedía.

Tengo miedo de equivocarme y preguntar por un Bread and Bedfast en la oficina de información. He practicado varias veces pero el miedo puede provocar justo lo que no queremos que suceda, y si termino por meter la pata pueden pensar que ando buscando un lupanar o antro parecido. No sé por qué motivo me resulta más difícil decir bed and breakfast que bread and bedfast, es ridículo pero no puedo negar la evidencia, ni Sexto Empírico el gran escéptico podría contrariar esta incómoda tergiversación. Pan y cama rápida puede mal entenderse, quizás me insulten o me despidan con caras destempladas. Pronunciaré despacio, pero cualquier cosa antes que pasar otra noche despilfarrando nuestros magros ahorros en el mismo hotel de ayer. Sólo es una noche más y mañana al norte, la cabra tira al monte, que le vamos a hacer.

La cabra tira la monte, la cabra tira al monte, la cabra tira al monte, no hago más que repetir esta coletilla que me empieza a resultar molesta y que no tiene otra misión que la de hacerme deseable y justificada la huida de Londres, porque resulta que la he empleado en el Museo Británico, también cuando

aquel estúpido taxista no quiso parar ante nuestra señal pero sí lo hizo un poco más adelante para recoger a otra gente, o en el momento de pedir una cerveza y recibir por respuesta ¿qué cerveza?, una vez más en la calle Oxford Street al desistir de buscar la librería tan recomendada entre toda esa turbamulta multirracial, como la volveré a emplear al tener que repetirle varias veces al flacucho de la oficina de turismo, dónde podemos encontrar un Bed & Breakfast con habitaciones libres, o al coger con satisfacción provinciana ese autobús camino de Edimburgo, estoy harto de tener que escribir en esta habitación una frase que no hace más que ocultar un complejo de inferioridad, mi inferioridad por vivir hace doce años encima de un acantilado de ciento veinte metros de altura, sobre un mar vacío de taxis y museos, rodeado de unas gaviotas con las que no tengo problemas idiomáticos y de unos perros a los que una patada a tiempo convence perfectamente de mis intenciones, con una mujer que entiende y habla mi lengua, con un vecino al que decidí comerme hace siete años alargándome con ello una vida que el odio estaba a punto de consumir, mi inferioridad por no comerme al cerdo que amarga mis días actualmente, por no ser capaz de coger un avión con la excusa de que castra mi instinto de supervivencia, por llorar amargamente al ver como en una película un balón pintarrajeado se le pierde al dueño y va a parar al mar, por hablarle a mi ropa vieja, por no resistir más de media hora en un supermercado, por odiar a la humanidad sin odiarme antes a mi mismo, inferioridad por cojones.

La temperatura media en Bahía cuando Darwin estaba por allí era de unos ochenta grados Fahrenheit, que vienen a ser unos veintiséis centígrados. Para entonces su estado de ánimo ya había mejorado bastante incluso descubría el placer, oculto hasta ahora, de determinados trabajos marinos realizados en cubierta, y se acostumbraba rápidamente al calor local. En abril de ese año aproveché unos

rifirrafes entre el cirujano de a bordo y el capitán que provocaron la decisión por parte del primero de volverse a su Inglaterra natal, para enviar con él las cartas escritas hasta el momento, varias de las cuales dirigidas a su hermana Caroline. Allí cuenta cómo bajó durante un tiempo a tierra firme para continuar sus estudios y proseguir sus recolecciones de especímenes, cuando el malestar físico le asaltó de nuevo, pero no por culpa de ningún barco, sino del caballo donde iba montado bajo aquel sol abrasador cabalgando durante diez horas seguidas, y horrorizándole más la idea de un profesor de escuela enseñándole el idioma español, de cara a las futuras visitas a otros países de habla hispana. De todas formas me inclino a pensar que el pobre Darwin era más o menos como “el pupas” del barco; nada más dejar el Beagle para tomar tierra, el bote donde iba zozobró porque un golpe de mar le pegó tal meneo que lo hizo volcar, ante la mirada desesperada de un Charles que veía cómo todos sus libros de notas y cajas de instrumentos e incluso su rifle, flotaban en el agua salada. Finalmente no sufrieron graves deterioros. Pero si algo hay curioso en una de esas cartas, es la devoción con la que habla del capitán Fitzroy. Franco y sincero sin igual, también vanidoso y malhumorado como pocos o silencioso en extremo son algunas de las características con las que adorna la imagen de su adorado capitán en la mencionada carta, el cual por otro lado sólo era cuatro años mayor que el joven naturalista. Los días felices que a pesar de los esfuerzos físicos pasó Charles Robert en estas tierras se alargarían, porque Fitzroy había encontrado una diferencia de cuatro millas de longitud entre sus mediciones y las realizadas algún tiempo atrás por el francés Barón Roussin, con lo que no se podía permitir el lujo de una posible equivocación por su parte, de manera que no existía otra alternativa que volver a Bahía y repetir las mediciones las cuales, por supuesto, dieron la razón al meticuloso capitán inglés. Así que para Darwin lo mejor sería reanudar las cartas a todos los

miembros de su querida familia, el padre y cinco hermanos, cuatro chicas y un chico, la madre había muerto en 1817, cuando Chas, como le llamaban cariñosamente entre los suyos, contaba ocho años.

El blanco de las paredes me relaja bastante mi delicada vista, también la puerta me sirve de reposo ocular, de hamaca para mis retinas, porque hace algún año decidí cambiarle su antiguo color azul para dejarla con la misma palidez que las paredes. De manera que en este frente al que me toca obligatoriamente dirigir la mirada, en esos momentos en los que el ajetreo del viaje literario me incita a la sedentariedad, sólo destaca el marrón de las estanterías y la imagen multicolor que ofrecen los lomos de los libros allí colocados, bueno, ahora menos multicolor debido al destierro forzoso al que he tenido que someter a varios de ellos, a causa de su insurrección impertinente e inoportuna. Pero me encuentro más centrado después de tomar esa decisión y los murmullos finalmente han terminado por desaparecer, se conoce que han optado por aceptar su encierro provisional como una visita al balneario más cercano para hacer una cura de sueño. Otra opción es mirar hacia abajo, pero esto no consigue las mismas virtudes sedantes que su movimiento contrario. Hacia abajo únicamente puedo ver mis piernas, con sus muslos aplastados sobre la silla, y sólo parte de las pantorrillas pues tengo la manía de doblarlas hacia el interior del asiento. También puedo entrever un trocito de suelo, con esas baldosas antiguas decoradas por un color cansado de tantas pisadas, con ese dibujo en el centro semejante a una de esas especies de estrellas que se utilizan para anunciar la presencia de nieve. Si me dejo caer hacia el respaldo de la silla, entonces observo el borde de todo este mosaico, hecho con el mismo dibujo pero como en negativo, donde antes era gris ahora es blanco y donde era rojo sigue rojo. Mirarme las piernas no me consuela como las paredes, ni tampoco el trozo de tronco que puedo contemplar justo debajo de esa mancha negra que debe

corresponder a los últimos pelos de mi barba. Mis piernas hablan todavía más que los libros desterrados, y no digamos ese pequeño bulto a modo de tímida colina situada a la derecha de un imaginario eje que me partiera longitudinalmente por la mitad, convirtiendo lo visto en algo asimétrico. Inclinar mi cabeza en dirección al suelo significa no descansar la vista sino enturbiar la mente, cortar de forma más tajante que el pequeño despertador rojo mi viaje literario, oír a mi cuerpo chillando, protestando, suplicando, doliendo, ver pasar mi vida como por una pantalla televisiva, vida retransmitida por una vestimenta acaparadora de imágenes y sentimientos, porque para llegar hasta mis rodillas o hasta mis ingles, he de pasar antes la aduana fronteriza que establece esa ropa vieja con la que me suelo vestir, ropa parlanchina y morriñosa, melancólica de aquellos lugares donde una vez estuvo acompañando mis angustias o mis placeres, pantalones de pana que han protegido unas piernas desiguales pero andarinas como pocas, que han hecho posible a una cabeza situada un metro más arriba, disfrutar de ese paisaje conmovedor que algunos picos de montaña muestran al que tuvo la constancia en la ascensión, sin tener que preocuparse de cómo el inferior culo reposa en una piedra dura y congelada, permitiendo una contemplación casi mística, pantalones que guardaban celosamente en sus bolsillos la navaja con la que cortar aquellas rodajas de chorizo y queso que nada tenían que envidiar al plato más elaborado del mejor restaurante que se pueda imaginar. El chorizo comido a dos mil metros de altura, con tus piernas temblonas por el esfuerzo, es un placer gastronómico indescriptible, aunque la misma ristra sea repugnante mordisqueada bajo una sombrilla playera mientras eres observado por decenas de cuerpos rezumantes de bronceador; y es que el lugar condiciona el sabor, por eso no hemos traído morcillas en este viaje, además ¡que carajo!, hay que probar lo que se come por esos sitios de Dios. A James Cook no sé si se lo comieron en 1778 cuando

regresaba de sus expediciones cercanas a la Antártida para descansar en las islas Sandwich, en una pequeña refriega con los nativos donde perdió la vida. Este gran viajero bautizó con ese nombre tan alimenticio a las islas que le devoraron, había conseguido eliminar el escorbuto de la lista de sus enemigos manteniendo el barco limpio y seco, con abundante provisión de agua dulce, vegetales y zumos de cítricos así como cerveza de malta concentrada y col salada fermentada con semillas de ginebra, había conseguido la admiración de sus marinos mediante una gran disciplina y sobriedad añadidas a su aplastante seguridad en sí mismo, se había acompañado para sus expediciones de expertos científicos como astrónomos, botánicos, geólogos, zoólogos, geógrafos y también de buenos artistas-grabadores, paisajistas, etc., pero no pudo evitar perder la vida por culpa de unas desavenencias con los de las Sandwich, esos cuyos jefes entraban en trance para convertirse en oráculos vivientes, jefes acompañados de sirvientes encargados de recoger los reales escupitajos en real escupidera para enterrar cada mañana los salivazos acumulados del día anterior y evitar que cayesen en manos de algún hechicero desalmado, y es que con la saliva de otros se pueden hacer muchas cosas.

Tengo mucha ilusión por conocer los famosos desayunos ingleses. Nada más salir de la habitación hemos notado un tufo a grasa rancia que no podía asociar a los huevos con beicon que uno espera encontrarse ahí abajo, en el santuario del breakfast, en esa cripta repleta cada mañana de fieles adoradores, esperando el sacramento matinal. Pero ahora que estamos sentados entre toda esta gente de tan raros hablarses, no nos queda la menor duda del origen de tan singular perfume. Por fin unos huevos con beicon ingleses, la Meca del desayuno, es nuestro primer breakfast lugareño, porque lo de ayer fue algo desnaturalizado, indiferente de cualquier café con leche y bollo degustado en la otra parte del Canal de la

Mancha, aunque tengo que reconocer que el ambiente grasiento en el que estamos envueltos, no ayuda a encontrar lo mejor de esta especialidad de Albión, ni tampoco la frescura de los huevos podría decirse que es ideal, huevos de claras esparcidas y yemas flácidas, acompañadas de una panceta tiesa, no quiero parecer desilusionado, no tengo que ser exigente con un simple desayuno, no quiero volver a repetir que la cabra tira al monte, es mejor adoptar una postura escéptica y pensar que mis sentidos me están engañando, que este plato mañanero tiene ganada merecidamente la admiración mundial y por algo ha llegado a ser el paradigma de los desayunos. Quizás el problema sólo radica en el penetrante olor que emana de esa puerta por donde sacan los platos, esos platos iguales en continente y contenido, como fabricados en serie, en una larga cadena de máquinas donde unas se encargasen de coger los huevos, otras de partarlos, otras de freírlos junto con las rodajas de beicon que otro mecanismo ha arrojado allí ya conformadas en perfectas lonchas, y por último la más sofisticada, la encargada de la pirueta reina, la máquina que recoge esa fritanga evitando que la yema de los huevos reviente y esparza su amarillo contenido por todo el plato, plato que una inglesa con ojos parecidos a los de cualquier churrera madrileña, recoge con sus rojizas manos y entrega a la encargada de servirlo a los comensales de esta pequeña habitación. Alguien habla un Español sudamericano en esa sala de máquinas oculta, quizás la de los ojos de churrera, me gustaría preguntarle algo pero no sé el qué y además tendría que traspasar la puerta misteriosa y llegar al corazón del santuario, al sagrario de esta pensión londinense, y por si fuera poco me vienen a la memoria aquellas gentes vestidas con batas blancas y agarradas a un vaso grande de agua, que nos miraban a Ella y a mí con ojos inquisitorios, con expresión de iniciados que observan molestos a unos intrusos sin bata y sin vaso, en aquel extraño balneario medio castellano medio cántabro donde pasamos algunos días. Será mejor no

moverse de esta silla y no salir de aquí hasta que hayamos dejado los platos limpios. Ella deja el beicon, me mira con expresión grasienta, aspira por las narices como lo haría un perro sabueso para no tener que decir con palabras lo que acabo de entender a través de mis ojos, será mejor irnos cuando la camarera entre a buscar otra tanda de platos, quizás no les gusta que la gente salga de este cuartucho sin ventanas, repudiando lo que se considera un símbolo para el país. ¡Ahora es el momento!, es una suerte que el desayuno esté incluido en el precio de la habitación y que la habitación la tengamos pagada desde ayer por la noche, ya estamos fuera, confundidos con la multitud, camino de la estación, camino de Escocia, de las cabras, del monte. Tenemos que pasar otra vez delante de la catedral sin tumbas, esto me incomoda, será mejor desviar la mirada y hacer como si contemplo con interés urbanístico la disposición de estas calles, buscando alguna curiosidad desapercibida anteriormente, buscando la originalidad oculta, pensando en las chimeneas que salpican todos los tejados, esas grandes chimeneas que me hacen imaginar tiempos pasados, como nos ocurrió ayer delante del palacio de Buckingham, cuando salían aquellas señoras emperifolladas y se quedaban esperando la llegada de unos coches negros que acabarían por engullirlas a todas, una por una, incluso a aquellas dos de pamea exagerada que permanecían descalzas con sus zapatos en mano.

Viajar con una migraña a cuestas, aunque se trate de un viaje literario, es cosa molesta y difícil de aceptar, por lo que generalmente el dolorido trotamundos decide suspender la marcha y esperar a que pase su tormenta craneal. Esto mismo me ocurría en el momento en que las descalzas palaciegas mostraban una sonrisa modesta, pero casi escatológica absorbiendo por sus machacados pies, embutidos hasta entonces en unos ridículos zapatos, el calor que el asfalto londinense había acumulado, como por miedo al frío

invernal, así que tomé la decisión de cortar súbitamente mi recorrido, apagando el ordenador y abandonando esta nave de blancas paredes donde singladura tras singladura intento llegar a buen puerto y meterme en esa cama con almohada completamente petrificada contra la que mi corazón se golpeará en cada uno de sus latidos a través de mis mortificadas sienes.

Pero después de la tempestad viene la calma y de nuevo me encuentro navegando por estos mares sintácticos. Cuando el Beagle volvió de Bahía después de comprobar los datos geográficos lo hizo con dos marineros menos y sin el joven voluntario Musters, todos ellos murieron por una mala fiebre que cogieron; se quedaron allí con el viaje a medias y con un metro de tierra sobre su frío cuerpo. Darwin prefería los mareos y las migrañas a las fiebres, que pueden ser muy traicioneras. Pero durante esas semanas en las que consiguió pisar tierra firme, se sintió una de las personas más felices y privilegiadas del mundo. Cada uno de los sentidos estaba al límite de su capacidad, preparado para la detección de todo tipo de descubrimiento: insectos, pájaros, peces, cefalópodos, reptiles, aspectos geológicos del lugar, costumbres de los nativos. Su mente se llenaba de posibilidades, de conjeturas y de recuerdos, porque como le cuenta a Henslow, su viejo maestro y amigo, son un montón de imágenes de su pasado en Cambridge, las que le asaltaban de manera constante en esos indómitos enclaves, como piratas de la mente abordando su presente, ese concepto ilusorio que las personas hemos tenido que inventar para evitar marearnos con el bamboleo del tiempo, corsarios, bucaneros y filibusteros del pasado, rapiñaban las ideas darwinianas que afloraban por doquier en aquellos días de caminar terrestre, pero el joven naturalista no cejó ni un instante en sus propósitos, no dio opción a ningún amotinamiento de ideas zangarrianas y continuó con rumbo fijo soportando esos esporádicos abordajes de momentos ingleses y galeses, no sólo

con firmeza sino hasta con deleite y fruición, comparando ambas escenas, la contemplada y la recordada, imaginando a sus albiones amigos participando de los especímenes capturados y estableciendo una viva y virtual discusión en el momento del descubrimiento acerca de problemas taxonómicos, explicando a sus cinco hermanos y a su querido padre los secretos de la vida, impregnándose de imágenes que años después se convertirán en piratas cotidianos de su vida, piratas que merodearán día tras día las costas de su pensamiento, los océanos de sus sueños, y quizás los piratas con los que se embarcó el mismo día de su muerte, porque hay viajes que te atrapan, viajes depredadores, viajes comedores de hombres, como esos tigres bengalíes que ya no quieren zampar otra carne que no sea humana aún con el inconveniente de tener que escupir su ropa, viajes a los que retornas, que en realidad no dejas nunca de hacer. Por eso Elcano volvió al Pacífico, por temor a morir en una cama, o en un mal camino asaltado por bandoleros en lugar de por piratas, por eso Magallanes y Cook prefirieron acabar atravesados por un lanzazo indígena y tener que evitar concluir su viaje; así ensartados en su aventura nadie les podrá separar de ella. Mi amigo astronauta sabe mucho de viajes, de viajes espaciales nada menos, que le permiten contemplar nuestras vidas desde otra perspectiva; le deberemos parecer algo rastrosos aquí abajo, en este albaricoque terrestre, como él lo llama.

Estos pantalones no me dejan viajar con la tranquilidad requerida, se están convirtiendo en unos vulgares Barbaroja del relato de viajes, no paran de arrojarme garfios con los que engancharse a mis ojos y trepar hábilmente hasta situarse justo en mis pupilas para obligarme a observar aquellos momentos almacenados en mi torpe memoria, aquellos momentos de frío, de olores repugnantes como el que hedía de aquel cerdo blanco y sonoro, blanco de gusanos y sonoro del continuo engullir con el que limpiaban lo

que quedaba del puerco, de aquella niña explicándole a su madre por qué las mariposas no quieren que las toquen, de aquella pendiente helada que casi me hace caer para siempre, de aquellas siestas invernales arrojado en suelo de dehesa como boñiga de toro, de aquel repentino impulso que me hizo arrodillar junto a una mata no lejos de la orilla del pantano para solucionar con una mano lo que no sabía dilucidar con las mujeres, del sol primaveral, de las vacas que amochaban, del primer grito de vencejo, de la última golondrina del año, de aquel baño en mar decembrino, de aquellas lecturas playeras, de aquel bacalao dorado, de aquellos pies de gitana apoyados en el asiento de enfrente y sus dedos juguetones con el traqueteo del tren, aquellas tetas de piscina, aquel pintor de lúgubre pintura y mujer loca, aquel calor insoportable, todos estos momentos escalan por las maromas que cuelgan de mi vida y me impiden viajar como el hielo hace cuando bloquea esos barcos circumpolares, estrangulando su quilla como los otros estrangulan mi memoria para hacerla escupir todo lo que aún conserva.

En 1642, Abel Tasman no se atrevería a desembarcar en esas nuevas islas recién descubiertas y a las que pondría por nombre Nueva Zelanda, quizás porque tres o cuatro de sus hombres morirán asesinados por los nativos en el primer y único lugar en el que fue a anclar. Pero el Teniente Cook rematará la faena casi ciento treinta años más tarde al poner pie en tierra y encontrarse con aquella gente de raras costumbres, no muy pequeños y de un oscuro bronceado, con cabellos negros y barbas negras en los hombres, todos de dientes de blancura lechal, dientes con los que masticarán raíces de helechos, pescados, caza de pluma, perros y, como no, carne de enemigo incluidos los colonos, dentadura fuerte incrustada en unas caras tatuadas, tatuajes que cubrían también el resto del cuerpo, sobre todo en los más

ancianos, mujeres pudorosas de su desnudez ante extraños y hombres que subían en inmensas canoas para acercarse al barco europeo y gritarles a sus ocupantes:

- *“Venid aquí, venid a tierra junto a nosotros y os mataremos con nuestras hachas”*.

Luego invariablemente comerciarían y al final tendrán que danzar hasta excitarse tanto que la emprenderán a lanzazos y pedradas. En esos momentos no puedes permitir que tus pantalones te interrumpen con un par de cándidos recuerdos, o que esos libros que almacenaste a bordo te increpen su persistente inmovilidad, su reclusión en crujiente camarote, como de nuevo me increpa a mí ese maldito rimero de libros escondidos tras el tablero de ajedrez, reclamando su telarañoso anaquel como el chulo reclama su dinero de colchón, lanzándome versadas piedras, mohinosos poemas que laceran mi doloridas sienes, el Pessoa, el Whitman, el Neruda, el invernal Jaccottet, el cacharrero de Ponge, Lorca el asesinado, todos chillan sus versos como perros apedreados mientras yo sólo intento viajar, llegar a la última casa, ver focas, beber pintas, turistear con cara de pánfilo herniado, comer fish and chips y mirarla a Ella para que me cuente cosas con sus ojos, sin embargo no puedo continuar con este aturdimiento, nunca llegaría al castillo del rey Arturo arrastrando a estos poetas vocingleros como a perro que elige tu pierna para desahogar su incomprendida sexualidad, jamás alcanzaría Tintagel, mi viaje se vería truncado como rabo de perdiguero, ¡se acabó!

II

El jefe de Namosi siempre se comía a un hombre por vía de precaución, cuando tenía que cortarse el pelo. El día que Tasman pensó que iba a descubrir las Fidji, se fue a encontrar con esa extraña costumbre practicada por las gentes que realmente sí habían descubierto esas mismas islas bastantes años antes, luego los europeos tergiversaron un poco la tradición isleña y cuando comenzaron la colonización de una Norteamérica, para ellos salvaje, enseñaron a los de allí a cortarle la cabellera, después de rebanarles el pescuezo, a los que no pensaban igual. Al menos el jefe de Namosi no se encomendaba al peluquero todos los días, sobre todo porque era una operación muy arriesgada pudiendo caer su preciado cabello en manos de algún mago desaprensivo con aviesas intenciones, así que era preciso comerse a alguien para proteger su aristocrática persona de esas posibles contrariedades, y es que un jefe tiene que cuidarse. Darwin no creía en todas esas patrañas de magias y espiritismos, y un día se dispuso a tomar cartas en el asunto, pero esas cartas tuvieron lugar mucho después de aquellas otras que escribía a sus hermanas desde el Beagle. Tras esos años de perpetuo mareo, Charles decidió adoptar costumbres tan rutinarias como aquel vértigo pero de carácter algo más sedentarias. Invariablemente se arrellanaba en el sofá de su estudio, ese sofá donde después de comer se fumaba un cigarrillo turco mientras leía el “siempre malintencionado Times”, como a él le gustaba describirlo, de espaldas a una gran ventana que le proporcionaba luz natural a sus lecturas y que le separaba de un mundo amado al que se entregó de por vida en busca de algunas respuestas, ventana cercana a la chimenea que caldeaba esa fría habitación

inglesa, intentando transformar en trópico un paralelo cincuenta y uno aunque solo fuera a la hora de la siesta, a esa hora en la que un dieciséis de septiembre de 1876 y en la sección de cartas del malintencionado periódico, pudo leer la noticia acerca de un joven zoólogo que estaba pleiteando contra un famoso médium espiritista, el doctor Slade, acusándole de embaucador. Pero allí encontró algo que le causó estupor y al mismo tiempo tristeza, pues su querido y viejo contrincante Wallace aparecía metido en el embrollo por defender la causa parapsicológica, el mismo Wallace que pensaba simultáneamente con Darwin en la selección natural, desconociendo las idénticas ideas de su compatriota, el Wallace que incluso luchó por obtener la primacía sobre dichas ideas, el que entre otros cuantos llevaba el féretro de Darwin el día que se le enterró en la Abadía de Westminster un veintiséis de abril, llorando al hombre que a pesar de sus discrepancias había conseguido de la mismísima reina una pensión para que ese olvidado naturalista llamado Alfred Russel Wallace pudiera gozar de un poco de dinero con que vivir el resto de sus días, el Wallace que creía en los espíritus despertando la indignación de ese antiguo pasajero del Beagle que un día perdió a su hija de diez años, cortándose la comunicación para siempre entre padre e hija, dejando un Darwin dolido, un Darwin que contribuyó con diez libras esterlinas en los costes de la acusación contra uno de esos que llamaba hábiles granujas.

Estoy esperanzado y lleno de optimismo, salir de Londres me llena de entusiasmo pero no quiero excederme en mi regocijo, quizás Ella pueda sentirse algo molesta si demuestro un exagerado alborozo, modérate, contén tus impulsos, Escocia, por fin mi soñada Escocia, ¡mira! el Puente de Londres, y la famosa torre. Me hubiera gustado visitarla, pero así desde el autobús tampoco está tan mal, no sé que me está contando de los que han perdido su cabeza ahí dentro, lo del cuervo es interesante, me parece que se

ha quedado con ganas de verlo, pero nosotros hemos venido a ver focas no cuervos legendarios, mis ingles comienzan a avisarme de lo que me espera, hernia en las ingles, ¿por qué no hernia inglesa?, sí, me gusta más pensar que tengo una hernia inglesa, creo que nos han dicho que son seis horas hasta Edimburgo, como de Palencia a Valencia, es extraño que dos palabras diferenciadas sólo por su primera letra estén en el mapa tan lejos una de otra, en la lotería te toca algo si sólo fallas en el primer número, no sé si por aquí juegan a la lotería, apostar sí que apuestan y de lo lindo, pero a caballos, perros y cosas raras de esas, me imagino que quinielas también harán, el fútbol les pirra, hooligans, mira un punki con su punkito, se ve que les adiestran ya de pequeños, vaya crestas, esa chica es guapa pero no debe ir con los del pelo pincho, Mauren O'hara era irlandesa, el Hombre Tranquilo, todavía me acuerdo de la música, Irlanda, Escocia, Galicia, gaitas, mi padre, Ella, ¡que bien! el semáforo en rojo ahora la podré ver pasar otra vez, mierda, que poco ha durado el puto semáforo, casi me rompo las gafas contra la ventana, creo que me ha pillado.

-¿Te gusta?

-Es bonito ver Londres desde el autobús.

-Ya.

No sé por qué tengo que hacerme el tonto, seguro que a Ella le gusta el tío ese del asiento de enfrente, desde aquí se puede escuchar la porquería de música que está escuchando por esos auriculares que tiene incrustados en su cabeza desde que hemos salido. Vaya barrios, no me gustaría vivir aquí, me han dicho que los ingleses que van a Ibiza bajan ya borrachos del avión, no me extraña, ¡esta tarde en Escocia!, no me lo puedo creer, esta vez no hemos reservado ningún hotel, con esos precios, pero aquí siempre hay una oficina de información donde preguntar por una pensión de esas, aunque no me gustaría andar de noche

buscando a lo loco, no sé si hemos hecho bien, al fin y al cabo unas vacaciones son para eso, para tirar el dinero por la ventana que luego ya vendrá el invierno y la rutina y la tranquilidad y esas agradables cenas con los amigos y las siestas, ¡hostia que perro!, creo que era un Irish Wolfhound pero si me vuelvo pensaré que miro a la chica que lo llevaba, podría haber algún semáforo, me repiten los huevos con beicon, pobre sudamericana encerrada detrás de aquella puerta oliendo todos los días el mismo tufo, también las morcillas huelen fuerte aunque diferente, a sobaco sudado, caldo mondongo, siempre me sonó a africano, mondongo, ya ves tú de donde le vendrá el nombrecito de marras. Mondongo y Mandingo se parecen aunque no tanto como Palencia y Valencia. Los mandingas se acogieron a la media luna, bueno mejor dicho les acogieron los de la media luna, por aquello de convertir al infiel, aunque es un tipo de cobijo un tanto curioso porque o te dejas proteger o te pasan la cimitarra por el gañote, cosa que a más de uno le parecería motivo suficiente para creer en Alá, en Mahoma, en los imames y en todo lo que hiciera falta. Los de la cruz también acogieron así a unos cuantos, sobre todo en las américas, con la excusa de que allí se comían a la gente y lo que era peor, que algunos practicaban el pecado nefando. Esto le importunará mucho a Pedro Cieza de León que saldrá de su Sevilla natal con trece años hacia las nuevas tierras y volverá en 1550 con treinta y dos primaveras cumplidas, así que durante esos casi veinte años pudo ver todo tipo de pecados. En su “Crónica de Perú” nos cuenta un poco de todo este batiburrillo orgiástico, si bien es cierto que los pecadores en cuestión le impresionarían tanto por esto como por sus relatos acerca del diluvio universal. Tampoco es que precise mucho en algunas de sus descripciones como cuando escribe que en esa parte hay unos pueblos fríos y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una tierra comen los indios carne humana y en otras no la

comen. Se conoce que tanta variedad le iba a atosigar un poco. También en lo tocante al carácter de aquellas gentes le parecerán unos más dóciles que los otros, pero el bueno de Cieza no salía de su maniquea visión.

Mi viaje literario ha tomado un cariz mucho más tranquilo, da gusto poder escribir sin el incordio de una panda de poetas histéricos, molestándote a cada paso dado, arrojándome versos con la intención de asaltar mi concentración e interrumpir la marcha de cada singladura. Tuve que tomar esta decisión y no estoy arrepentido de ello en absoluto, todo lo contrario, el día me parece hoy excelente para retomar el camino y proseguir la ruta planeada. Ahora, en frente de la ventana, no corro peligro de ver molestos libros, que envidiosos de mis correrías reclaman para sí una libertad utópica, sin ser conscientes que cada uno de ellos tiene su destino escrito y ese es el que se cumplirá cada vez que alguien los saque de su emparedado reposo y comience la lectura de sus entrañas. Ellos, los molestos escritores de versos mohínos, han regresado a su vieja estantería. No me quedó más remedio que sacarles del escaqueado escondite, devolverles su inmovilidad anaquelada, ahora están calladitos igual que niños con su chupete, creyendo pezón lo que sólo es placebo mentiroso, pues cree el libro que por estar erguido mostrando su lomo engalanado, atraerá al lector de la misma forma que el avutardo a la avutarda en los días abriños.

También ha sido un acierto lo de la ropa. Mi vieja ropa pirateaba constantemente la procurada marcha paciente y constante de un relato, haciendo torpe y salteada la que debía ser caminata de peregrino, rutinaria y si lenta quizás por ello también observadora, escudriñando cada curioso rincón por donde el camino torcía. Aquello más bien era viajar brincando como pulga zancuda, de aquí hacia allí, de este a oeste, de la melancolía a la esperanza y todo ello mezclado igual que cartas de tahúr, esperando que

el azar te saque de ese agujero donde no por saber que ahí se encuentra, dejas nunca de caer. Todo es nuevo, los pantalones, los zapatos, la camisa, los calcetines, si acaso los calzoncillos son la única prenda que no he procurado cambiar, bueno quiero decir comprar, porque lo que es mudados sí que están. De esta forma no podré ser asaltado por viejas historias veladas, ni proyectar en la pantalla de mis recuerdos aquellos momentos de intensas sensaciones, no, esta ropa recién sacada de la tienda es anodina, el color azul de los pantalones no me dice nada porque nada tiene que ver con el marrón o verde de aquellos con los que compartí piernas y camino; hasta el tacto es diferente, cosa que noto en el momento de ponerme a pensar en la frase que he de construir, ese instante, unas veces más breve que otras, en el que me reclino sobre la silla y arranco mi mano izquierda del folio donde permanecía como pisapapeles, para llevarla de manera inconsciente sobre la pernera. Esta pana nueva es uniforme y suave, casi terciopelo, demasiado fina para mi gusto pero sordomuda como adolescente en una reunión de viejos, y eso es justamente lo que quería, un pantalón timorato, inexperto, achantado por la apabullante vida que le ha caído encima, recién salido del mostrador. Es el pantalón perfecto para un viaje literario, y es que no te puedes vestir de cualquier manera según la función que estés realizando y por supuesto, en los viajes es de vital importancia portar la indumentaria adecuada. Antiguamente en algunas partes de China se proveían de las ropas de amortajar encargando su manufactura a muchachas solteras o mujeres muy jóvenes, calculando que como tales mujercitas vivirían todavía muchos años, transmitirían parte de su potencial de vida a las telas y así poder retardar el momento de su uso apropiado. Sí, ha cambiado mucho la relación entre el atuendo y las personas. Aouturu se debió quedar un poco desconcertado al llegar a París y contemplar todas aquellas mujeres envueltas como cebollas por capas sucesivas de una ropa inútil, acostumbrado

como estaba a coquetear con tahitianas cubiertas sólo en parte por una simple tela hecha con la corteza de un arbusto que todos cultivaban alrededor de sus casas. Aouturu fue un gran viajero; cuando Bouganville llegó a bordo de la Bondese allá por 1769 a las costas de Tahití, el mencionado tahitiano se embarcó con otros once hombres tan desnudos como él, y cargados de ramos de plátanos se fueron a acostar a los navíos de la expedición francesa, que la corte de Versalles había enviado para no quedarse a la zaga de los ingleses en eso de conquistar nuevos territorios.

Para los tahitianos su isla no tenía nada de nueva y allí lo único exótico que podían contemplar, eran aquellas dos inmensas naves recién aparecidas y rellenas con gentes ataviadas de manera algo extravagante. Pero la novedad atrajo tanto a los compañeros de Aouturu, que pronto hubo más de cien piraguas rodeando a la Bondese y a la Estrella, la otra embarcación que conformaba la bouganvillesca expedición. Al célebre capitán francés le empezó a incomodar tanta piragua pegadiza y tanto griterío indígena porque estaban dificultando sus maniobras de fondeo, lo que no le incomodó tanto fueron aquellas ninfas desnudas que, según él, no cedían en lo agraciado de su rostro a la mayor parte de las europeas y que en cuanto a la belleza del cuerpo incluso las podrían disputar a todas con ventaja. Bouganville no era consciente en ese momento que aquella femenina desnudez era cosa rara, pues habitualmente esas hembras lucían unas faldillas encubridoras. Tampoco parece que le incomodase mucho que los hombres, desde allí abajo, flotando en aquellas pequeñas piraguas con balancín, les invitasen a escoger una mujer para seguirla a tierra y hacer luego con ella lo que con gestos inequívocos estaban los tahitianos intentando comunicar a esos extraños seres del mar.

Cuando Louis Antoine Bouganville escribió sus Viajes Alrededor del Mundo se preguntó lo que se había preguntado al ver aquel muestrario de desnudez y tentación amenazadora: ¿Cómo retener en el trabajo, en medio de espectáculo semejante, a cuatrocientos franceses, jóvenes, marinos, que desde hacía seis meses no habían visto mujeres? Esta, desde luego, era pregunta de no fácil respuesta, pero el cocinero de la Boundese, que a pesar de las prohibiciones del capitán, se las apañó para escaparse con una de aquellas ninfas, no le costó encontrar la solución al enigma, pues en cuanto puso pie en tierra y cogió a su bien formada tahitiana, se vio rodeado de una multitud de indios que le despojaron de sus ropajes en un periquete, dejándole puro corito de pies a cabeza, momento en el que se sintió perdido por no saber en qué acabarían todas esas exclamaciones que profería aquella turbamulta de indios, según iban examinando cada una de las partes de su cuerpo, cuerpo europeo que ya temblaba de miedo cuando le devolvieron su vestimenta junto con las cosas que le habían sacado de los bolsillos, otra vez colocadas en su lugar de origen y le aproximaron a la joven, fuente de su pasión, animándole a satisfacer los deseos que le habían impulsado a abandonar el barco, cuerpo incapaz de levantar el ánimo ni ninguna otra cosa necesaria para rematar la faena emprendida, desnudez con cabeza que ofrecía la lástima requerida para que los sorprendidos isleños condujeran de nuevo a bordo a ese cocinero escaldado, guisandero que confesó a su molesto capitán que por mucho que le reprendiese no pasaría nunca tanto terror como el que acababa de padecer en su infructuosa caza del conejo isleño. Pero Aouturu no fue viajero excepcional por todo esto, sino por su empeño en embarcarse con esos curiosos seres de allende los mares.

En el Beagle también iban indios, tres fueguinos, pero estos no se subieron a bordo en la Tierra del Fuego sino que fue allí donde se bajaron. La historia comenzó unos años antes, en la expedición que hizo

Fitz Roy con el Adventure y el Beagle, cuando todavía no era el capitán de este último y el que ejercía dicho cargo aún no se había suicidado. En aquella expedición, en la que no participaba Darwin, Fitz Roy se apoderó de una partida de nativos, al parecer con gran riesgo de los hombres que intervinieron, según relato que le hizo Fitz Roy posteriormente a Darwin, y los mantuvo como rehenes para intentar recuperar una barcaza que los naturales les habían robado. No sé como acabaría lo del robo, pero el caso es que al capitán inglés se le ocurrió la filantrópica idea de terminar embarcando cuatro de aquellos salvajes y llevárselos con él a la civilizada England, para ser instruidos y educados en la religión cristiana y poder salvar así sus almas. Uno de estos cuatro desgraciados era un niño al que cambiaron por un botón de nácar y al que pusieron de nombre Button, en un alarde de imaginación anglosajona. A un segundo, ya de más edad, le tocó llamarse York Minster, al tercero que era una chica, Fueguia Basket y el cuarto se libró del apodo pues murió de viruela al poco de pisar tierra albiona. Después de gastarse mil quinientas libras en la educación de aquellos felices bautizados, Fitzroy había fletado un pequeño barco para devolverlos a su lugar de origen, momento en que se le ofreció la oportunidad de capitanear el Beagle en una expedición científica por las costas sudamericanas, oferta que no dudó en aceptar y aprovechar la ocasión para llevarse él mismo a sus conejillos de indias y cumplir así con la promesa de retornarlos al lugar de origen, como envases reciclables.

Está a punto de agotarse la tinta de la pluma con la que escribo, esto no me resulta ningún inconveniente pues cambio el cartucho por otro y santas pascuas. Desde que di la espalda al ordenador, todo marcha a las mil maravillas, además la sustitución del clac-clac de las teclas por un delicado ras-ras de la pluma, también es algo positivo pues resultaba un poco anacrónico hablar de tanto viejo navegante al

son del redoble informático. El único problema es el añadido trabajo que esto me supondrá, porque invariablemente al final habré de transformar todo este manuscrito en caracteres tipográficos, es decir que no tendré más remedio que picar este viaje, como diría alguien avezado en el argot computeresco. Se conoce que el empleo de la estilográfica me lleva a expresiones añejas y me intenta apartar de palabras enemigas, palabras que han causado su destierro y olvido, palabras advenedizas sin pudor ni educación, nombres como ordenador, impresora, chip, software, hardware, verbos del tipo de picar o chatear han recluido en ghettos virtuales al papel y a la tinta. La virtualidad social es una contagiosa enfermedad que puede afectar a todo tipo de cosas y que se suele transmitir mediante la estupidez, como el SIDA a través del semen y la sangre, o la tuberculosis por la saliva, siempre es necesario un transmisor y la estupidez lo es de muchas enfermedades, el problema es que la ciencia no ha conseguido aislarla para estudiar de manera precisa su composición. Cosa extraña la estupidez.

La pluma es más viajera que el ordenador y eso tengo que aprender a entenderlo, pues cuando menos te das cuenta ya estás hablando de esto o de aquello, que poco tiene que ver con lo que te habías propuesto en un principio, es como un caballo desbocado al que tienes que saber embridar y conducir con naturalidad dando la impresión de que el caballo (la pluma) es una continuación de tu mente, sin abismos ni muros que se interpongan entre ambos. Así que cogeré fuertemente las riendas de esta potrilla juguetona, y con mi mano izquierda, en función de pisapapeles, continuaré la marcha iniciada, retomando el asiento de aquel autobús con W.C, retrete de pequeña puertecita que más daba la impresión de sagrario escondedero que de letrina aliviadora, además aquella luz colorada sobre el misterioso nicho me recordaba a esas velas que metidas en vasos de cristal rojo franqueaban el refugio custodial y asaltaban la

imaginación de aquel mocetuelo en que me había convertido allá por los sesenta, casi estático como carámbano en los fríos bancos de iglesia castellana, iglesia de ecos lastimosos provocados por tacones de unas perfumadas y enlutadas mujeres, iglesias de confesionarios rellenos de preguntas y miedos, confesionarios inquisidores de confesiones a veces inventadas, de penitencias incomprendidas e incumplidas, de oraciones ensartadas que los curas colgaban detrás de aquellas celosías para una vez bien secas y curadas ofrecer al exculpado, curas curados de espanto por conocer ellos mejor que nadie la tortura de la represión, los barrios mal iluminados de nuestras callejuelas inconscientes, arrabales de la cotidianidad.

Cada vez menos casas, espacio, no ha pasado ni una hora desde que salimos y ya ha entrado una persona en ese enano W.C, tarda en salir, ¿asfixiado?, golpes, sí, está llamando desde dentro, no puede salir, también voces, seguramente pidiendo que alguien le saque de ahí, ya le han oído, sale riéndose, sagrario asesino, risa de compromiso, seguro que miedo, buen lugar para cagarse de miedo, desde luego yo no pienso entrar, es mejor esperar o reventar si fuera preciso, yo ya tomé mis precauciones antes de subir al autobús, además tendrá que parar, hay que comer, ¿los ingleses comen?, ¿dónde caerá lo que dejan en ese cuartucho?, ¿en los aviones lo sueltan por el aire?, lo de los trenes creo que acaba por las vías esparcido, por lo menos antes, ahora todo es más aséptico. Muchas balas de paja envueltas en plásticos negros, será por la lluvia, para que no se pudra, brillan, ¿cómo las envolverán?, con máquinas seguramente, parecen regalos, regalos de paja, quizás un lazo encima, hoy no llueve, tampoco hay sol, la autopista sólo tiene dos carriles, pero se va bien, por la izquierda qué curioso, no sé si sabría conducir aquí, a todo te acostumbras, ¿al dolor?, ¡¡Oxford!!, ese letrero indicaba desviación a Oxford, debe ser

bonito, un viaje al pasado, si hubiéramos alquilado un coche, ver Oxford, sus edificios, creo que hacen conciertos en alguna iglesia de allí donde te ofrecen pastas mientras tocan, eso me han dicho, si supiera que ahí dentro está el Códice de Mendoza me daría todavía más rabia no poder pasar a verlo, pero no lo sabes, de todas maneras tampoco lo podrá observar cualquier pelanas como tú, debería estar en España ese códice, sus setenta y un folios de papel español que saldrían de Veracruz para llevar nuevas a Carlos I de España de sus exóticos y nuevos súbditos, pero que nunca llegarán a sus reales manos, porque el galeón donde viajaban sería asaltado por buque galo y todo su botín llevado a la corte de Enrique II de Francia, donde el geógrafo del rey les echará mano y estampará su firma por tres veces en ellos, como para apropiarse no sólo del papel sino también de todo ese orbe que dentro se pormenorizaba. André Thevet rubricará tres veces en el códice, pero morirá como cualquier cristiano, y los folios españoles pasarían a manos inglesas, manos que pertenecerán a los brazos del capellán del embajador inglés y que aferrarán con sus dedos prensiles los policromados documentos para ayudarlos a cruzar el siempre desafiante Canal de La Mancha. Serían varias manos más por las que el menospreciado códice acabaría sobado antes de pasar a la biblioteca del ínclito Sir Thomas Bodley, en la Universidad de Oxford, allá por 1659, donde entró en letargo secular hasta 1831 cuando comenzó a ser objeto de sucesivos estudios. Tantos años durmiendo desde aquel su primer viaje en mula, el día que recién terminados de escribir por el amanuense nativo, serán preparados para transportarse por recua de acémilas, vehículo seguro a la hora de recorrer aquellos cuatrocientos kilómetros de continuo lodazal, de vericuetos caminos, que perdían en altitud más de dos mil metros, hasta encontrar el Puerto de Veracruz, y todo eso para no llegar nunca a ser retenidos

por los dedos de aquel monarca que para unos era el quinto y para otros el primero, dedos que ahora más enjutos y descarnados yacen inmóviles en sepulcro escurialense.

Me gusta el aspecto de mis manos, asomando por entre los puños de esta camisa blanca adquirida junto con los pantalones de pana azul, cobran un aspecto más distinguido incluso llegan a parecerme manos urbanitas, quizás de funcionario de la administración. La piel también cobra apariencia diferente al dejarse ver junto con estos puños blancos. Es camisa de botones, no de gemelos, ya en desuso y de los que por otra parte no poseo ningún par, que por no tener carezco hasta de corbata, ya que esta era completamente prescindible para continuar mi viaje, así que no hice acopio de ella. La verdad es que no puedo decir que sea desagradable la sensación causada por el tejido de esta camisa al contacto con mi cuerpo; brazos, hombros, espalda, tórax y hasta barriga, se encuentran admirados de un suave roce prácticamente olvidado en ellos, no diré desconocido pues en algún momento de mi juventud llegué a presentarme momentáneamente de aquesta guisa; algunas bodas de familiares o amigos debieron de ser los causantes de mi atuendo. A parte de esos eventuales trances que muy pronto dejaron de afectarme como para tener que cambiar mi apariencia habitual, mi cuerpo siempre ha tratado con la franela, la pana, la tela vaquera, el algodón, la lana y por supuesto el advenedizo nailon, los cuales han sido a veces compañeros infatigables y pañuelo de lágrimas, no siempre lágrimas de tristeza sino en muchas ocasiones llanto histérico provocado por una hilaridad incontenible. Con esta blanca y acariciante camisola puedo continuar mi viaje literario a las mil maravillas, porque tampoco el blanco fue para mi color habitual.

Además, poder descansar la mirada en esta ventana que tengo ahora justo a cinco palmos de mis narices, es una liberación con respecto a las chillonas estanterías que en estos momentos duermen a mis

espaldas, los otros libros que poseo en esta nave, quedan muy a diestra o a siniestra, con lo que no es fácil dejar que la vista recale en alguno de esos tomos oteantes. Siento la libertad por los cuatro costados y nada me impide avanzar con el viento en popa y el velamen desplegado al por mayor, desde el petifoque a la cangreja, desde la mayor al juanete, buscando ligero las aguas de mi memoria.

Cuando se acaba la tinta del cartucho la pluma te sesga el viaje, un poco a la manera de aquel despertador, porque tienes que bajarte del hilo narrativo, desenroscar la estilográfica y cambiar el cartucho agotado por otro nuevecito y repleto de tinta, de manera que en el momento que tienes la pluma borracha del negro pigmento, ¡¡joder que cursi!! ¡Ya estoy un poco harto de esta palabrería barroca que me veo obligado a escribir desde que cambié el ordenador por la pluma! Antes me callé con aquello de “franqueando el refugio custodial”, pues pensé que se trataba de algún tipo de acicalamiento pasajero, pero con el transcurrir del relato noto inflexiones progresivas en la retórica...

Vamos a ver, serenémonos, hoy es uno de abril, tenemos un día primaveral, excelente, con un sol radiante, temperatura agradable sin calor excesivo y podría ser una buena idea dejar de interpretar todos esos elementos meteorológicos a través de esta sucia ventana y arriesgarme a experimentarlos personalmente en ese exterior tan cercano. No cuesta nada dejar quieta la quisquillosa plumita y encaminarme hacia la puerta, a veces de tan lejana apariencia; después decidiré qué postura tomar con respecto a este dislate.

Casi sesenta años antes que Fitzroy, Bouganville tampoco escatimó dinero ni cuidados para hacerle agradable y útil al indígena Aouturu su estancia en París, donde estuvo once meses durante los cuales desde luego no se aburrió, y ello a pesar de todos aquellos galos curiosos que, después de escanear al

tahitiano mediante incisiva mirada, le espetaban al capitán francés algunas desafortunadas preguntas, las cuales casi nunca podía responder porque para cuando se disponía a hacerlo, aquellos insidiosos gabachos ya se encontraban lejos del desconcertado navegante, quien llegó a expresar en sus escritos lo fácil que es encontrar en las capitales gentes que preguntan, no como curiosos que quieren instruirse, sino como jueces preparados a sentenciar, demostrando el desprecio más absoluto a la supuesta información requerida y por ende al informador cuestionado. Pero todo eso le importaba un comino a Aouturu, que salía a pasear sin compañía, por esas calles de un París prerrevolucionario, ignorante de la sangre que en pocos años correría por aquellas alcantarillas fruto de un sueño que acabó en pesadilla. Con el idioma tenía Aouturu sus problemillas pues era incapaz de chapurrear dos palabras de francés, todo lo contrario de aquellos fueguinos londonizados, que dominaban el idioma impuesto con facilidad pasmante. En lo que no tenía problemas el viajero tahitiano era con el manejo de las monedas, ya que el muy gastón se iba de compras parisinas y no se le podía timar fácilmente en el precio o en las vueltas del dinero gastado. Esto funciona de otra manera desde que dejé la pluma en su tintero, metafóricamente hablando, y me apañé este moderno bolígrafo. Ahora puedo navegar mejor sin que oleajes lingüísticos de ningún tipo me hagan cambiar de rumbo, y es que un paseo a tiempo puede hacer maravillas; fue entonces, en dicho garbeo, cuando caí en la cuenta que resultó muy brusco el cambio repentino del teclado a la estilográfica, de manera que estaba sufriendo un choque expresivo del que no fui consciente hasta el momento en que escribía aquello del negro pigmento queriendo referirme a la tinta; sí, eso fue el detonante, lo que hizo que mis ojos se abrieran y contemplaran con espanto ese estado casi hipnótico al que la pluma me estaba empujando, poco a poco, como los hipnotizadores hacen con sus víctimas antes de disponerse a darles

órdenes ridículas que ellos acabarán acatando como marionetas inanimadas. He vuelto con las ideas mucho más claras, convencido de que no puedo quitar las manos de un teclado de computadora para esgrimir súbitamente una estilográfica, con todo lo que ello conlleva, con tanto pasado concentrado en ese cartucho de tinta negra que al desvirgarlo contra el punzón interno de la plumilla, queda abierto como caja de Pandora, dentro de la cual una vez escapados los males, sólo contenía la esperanza, esperanza que me obligó a pasear, esperanza que me aconsejó buscar un bolígrafo, un simple “boli” anodino y conformista, de tinta azul y no negra, que me permitiera manejar el timón de esta nave, como paso intermedio en el trayecto hacia la mítica pluma. Hay saltos peligrosos que uno no debe realizar cuando no es experto en caídas. Poco a poco, poco a poco, poco a poco, esas son las palabras que oía en mi matinal paseo, quizás susurradas por los primeros vencejos, tan chillones como siempre, pero de vuelo amigable; han debido de ser sus aerodinámicas alas las que me lo han dicho, y tenían razón porque este Simplicísimus que tengo entre mis dedos pulgar e índice de mi mano derecha, se comporta tan dócil como un caniche de circo, parece adiestrado para la ocasión, grumete experimentado, serpa montañero ayudándome a subir estas mis pesadas cargas hasta la cima del viaje, donde la última casa descansa contemplando mi ascenso y mi descenso, mi ida y vuelta, esa última casa que ya permanece fijada en los cimientos de mi memoria, con aquellas paredes blancas, aquellas fotos de naufragios, anclas, brújulas, postales, mapas, ¡Birmingham!, eso me suena mucho, sí, creo que a fútbol, en España los nombres de ciudades los asocio a comida, paella, morcillas, fabada, cocido, todas tienen su ciudad como los antiguos personajes tenían la suya, Rodrigo Díaz de Vivar, ¿pararemos en Birmingham?, Ella se ha dormido, no voy a despertarla. Así de lejos tampoco es tan bonito, podría tener cualquier otro nombre, carteles con el rótulo cada vez más grande. No

entramos, seguimos, es pronto para comer, no puedo conciliar el sueño, qué paisaje más aburrido, ya son cientos las balas de paja envueltas en plástico negro y las monótonas vacas, no hay montañas, tampoco llueve, tengo sed y no hemos cogido agua. Nadie ha vuelto a entrar en el W.C. liliputiense, tendrán miedo, seguro que más de uno está que revienta, haber meado antes como yo, hay que ser previsor, con el agua no he sido previsor, en Cannoch marca el mapa este una catedral, ¿cómo será?, Stafford a cuarenta kilómetros, pues vale, está lejos Escocia, quizás en tren es más ameno el paisaje, pero creo que es más caro, mucho más, ¿pero cuanto?, tendría que haberlo preguntando, ¿pero cómo?, ¿dónde?, no, así está bien, paciencia, no hay ningún pelirrojo en el autobús, ¿cuántos serán escoceses?, este mapa es demasiado grande, hace mucho ruido si lo pliego, se va a despertar, déjalo así, a modo de manta, mantas de Palencia, ¿me compraré un jersey en Escocia?, me gustan los de cuello alto y de lana gorda, quizás blanco, para que no se note la caspa, ¡sí! tengo la cartera en el bolsillo trasero, ¡no la he perdido!, que bien, el resto del dinero sigue en el cinturón, todavía queda bastante, bueno casi todo, no hemos gastado mucho en Londres, 24 horas dan para poco, bueno a lo mejor treinta horas o cuarenta, ¡qué más da!, el tío ese de los cascos se ha dormido, ¿cómo podrá?, sigo oyendo el chis-pun de la música, estará medio sordo, ¡¡Shrewsbury!!, Shrewsbury, desviación a la izquierda. Allí nació un doce de febrero el doctor Robert Darwin, hijo del ilustre Erasmus Darwin, al que se describe a veces como poeta pero que sobre todo fue más conocido como naturalista, igual que lo sería tiempo después su nieto Charles, nacido también en aquella amplia pero sencilla casa, de aspecto cuadrado y color rojo ladrillo, con su precioso invernadero que comunicaba hacia la sala de estar. Aquella casa situada en lo alto de una empinada loma, loma atravesada por el camino del doctor, como lo llamaban los lugareños, camino donde crecía un castaño español de ramas

curiosamente entrecruzadas, el árbol favorito del pequeño Charles Darwin, donde se sentaba con su hermana Catherin en los asientos que cada uno se había fabricado sobre aquellas españolas ramas, bajo la mirada protectora del médico provinciano en el que el futuro evolucionista creía con una fe ciega que jamás volvió a tener con nada ni con nadie.

-Si me hubieran permitido quedarme solo, cinco minutos en ese invernadero, sé que hubiese podido ver a mi padre en su silla de ruedas con tanta claridad como si hubiera estado ahí, delante de mí.

Esto le decía Charles Darwin a su hija un día que, ya con sesenta años, decidió pasar por su antigua casa de infancia, en Shrewsbury, y pedirle al nuevo propietario el favor de contemplarla, el día que decidió permitir que los recuerdos le abordaran de forma brutal y se amotinaron en aquella vida sesentona pero aún exploradora.

El retorno de los fueguinos del Beagle a sus casas de juventud no fue ni mucho menos tan entrañable, empezando porque no había casas, las cuales los tripulantes del barco inglés tardaron sólo cinco días en volverlas a construir, roturándoles además un poco de tierra para sembrarla con algo comestible. Al día siguiente de su reencuentro hogareño comenzaron a llegar fueguinos de aquí y de allá, asomando al poco la madre y los hermanos de Jenny Button. Este emocionante momento le pareció a Darwin tan “romántico” como el de cualquier caballo que atisba a un viejo conocido en la pradera inglesa. Allí no hubo efusiones y tan sólo se miraron un momento, momento que no se alargó mucho porque la madre se fue directa a cuidar de su canoa, quizás debió influir en lo fugaz de la situación el que Jenny le hablara en inglés a su fueguina madre, de todas formas acabaron juntándose unos ciento veinte nativos en aquel lugar. Cuando el Beagle volvió a pasar por ahí unos días después de abandonarlos en plena reunión

familiar, después de haber realizado un recorrido por el canal que años más tarde llevaría el nombre del barco, se encontraron sus ocupantes a los tres fueguinos un tanto desolados pues a Jenny le habían robado casi todas sus pertenencias, rompiendo los objetos y repartiéndose sus trozos, mientras que el padre Matheus, misionero enrolado en el Beagle y que se había quedado solo con los nativos durante esos días, salvó de milagro el pellejo. El cura tuvo que pasarse todos los días vigilando mañana y noche en lo que él consideró como “guardia agotadora” ya que los nativos, al parecer, intentaron extenuarle rodeándole y produciendo toda clase de ruidos. En una ocasión, tuvo que expulsar de la choza a un viejo, el cual molesto por la mala acogida volvió con un pedrusco en la mano con la intención de probar la resistencia craneal del misionero. Otro día llegaron unos cuantos no tan viejos, pero con las mismas piedras en una mano y palos en la otra, con la curiosa idea de desnudar al clérigo inglés y arrancarle todos los pelos del cuerpo, cosa que debió impresionar a Jenny porque se puso a llorar. Afortunadamente el astuto misionero esquivó la depilación regalando a sus lampiños feligreses alguna que otra baratija de las que había enterrado para salvarlas del pillaje. A Darwin le dio pena dejar allí a los europeizados fueguinos y pensó que a pesar de haber sido sólo tres, los años de su estancia en Londres, esos pobres parecían desear conservar los hábitos allí adquiridos. No sé si le comentaría al Capitán Fitz Roy su opinión acerca de lo poco beneficioso que había resultado la experiencia civilizadora para los ahora abandonados salvajes.

El viento comienza a silbar, utilizando las rendijas de mi ventana, como una flauta de pan. El parte meteorológico ha pronosticado para los próximos días un pequeño temporal del Noroeste. Ahí fuera las gaviotas comienzan a prepararse para la juerga eólica, y cuando sople con más ganas ya estarán ellas ofreciendo su repertorio piruetesco. Los cristales de esta ventana, que por cierto es la única de mi

habitación-nave, están bastantes sucios, ya lo dije, y eso le quita claridad al paisaje. Siempre pienso que he de limpiarlos pero nunca cumplo mi propósito. Las pencas de las chumberas están comenzando a bailar y con ellas los matojos que hay a su lado. Las nubes desfilan de un cristal a otro como en un pase de modelos, ahora oigo una avioneta pero no veo el artefacto, con tanta nube debe andar por ahí escondido. La verdad es que no me gustaría nada estar volando ahí dentro con este temporal que promete el día de hoy. Me da el sueño con toda esta cantinela, los sonidos monótonos arrullan al más insomne.

¿¡Eh!?, vaya, me había dormido, ¿media hora?, ¿tres cuartos?, ahora ya no podré volver a dormir, mierda de frenazo, Ella como si nada, que suerte, total para ver balas de paja enlutadas, mira desviación a la derecha para York, nueva York, jamón York, York Minster, Vida y Desventuras de Robinson Crusoe de York, ¡qué viaje!, más de 24 años solo en una isla, y cuerdo, ¿es posible?, Ayrton, La Isla Misteriosa, Julio Verne, Ayrton loco después de tres años de naufrago, como un animal, y Crusoe tan tranquilo cuando apareció Viernes, Verne, Defoe, ¿quién tenía razón?, yo creo que el francés, sí, como una cabra, olvidó hablar, ¿pensar?, no creo, Defoe sabía lo de Selkirk, el escocés abandonado en el archipiélago de Juan Fernández, cuatro años, ¿y se volvió loco?, no lo sé, pero no lo creo porque luego se publicaron sus aventuras en 1712. Ahora una de las islas de ese archipiélago se llama Alejandro Selkirk y otra Robinson Crusoe, a la altura de Santiago de Chile. Dicen que Daniel Defoe se dedicó a plantar cebolletas, pero eso fue después de haber fracasado con un par de negocios. También estuvo en la cárcel y expuesto en la picota para escarnio público, por escribir un poemilla satírico titulado el verdadero inglés que se conoce no fue del gusto de los gobernantes de turno y eso que el bueno de Daniel había trabajado como espía a sueldo para distintos gobiernos. También se aficionó por el ocultismo, vamos que lo que es aburrirse no se

puede decir que se aburriera. El viento ha calmado bastante pronto, ya no saben pronosticar, son unos inútiles, te dicen que habrá fuerza seis o siete durante dos días cuando no han pasado cuatro horas y ya está todo quieto como un muerto. El silencio después de una bufada como esta, es muy intenso, la quietud más pasmosa, parece que debes imitar a la naturaleza y permanecer mudo e inmóvil, si acaso puedes pestañear como uno de esos búhos que con el alba les da un paralís y así confunden al mejor escudriñador. Yo sé que debería dejar de escribir y permanecer quieto un rato para no insultar con mi movida y rasposa actitud este sagrado momento, pero la prisa nos embrujó a las personas y petrificarme durante un par de horas me resulta ingrato, hay monjes que lo hacen, pero están más cerca de los búhos y los árboles que del hombre, además estos zapatos que compré junto con el resto de mi nuevo atuendo viajero, me tienen machacados los pies y al menos escribiendo me despisto del dolor. Creo que sería imposible una mínima actitud contemplativa que no fuera la propia de atender los diferentes puntos doloridos que van multiplicándose por dedos, empeines y talones, de mis embutidos pies. No pensé mucho en la confortabilidad de este calzado pues a fin de cuentas los compré para sentarme y no para caminar, aunque parece ser que no hay muy buen entendimiento entre pinreles y náuticos, que así llaman ahora a esta especie de mocasines.

¡Montañas!, que bien, algo lejos, deben ser muy altas, el mapa indica dos mil quinientos y dos mil novecientos, lo más que he subido fue aquel dos mil doscientos de los Pirineos.

- Esas montañas son enanas, no tienen dos mil metros ni por asomo.
- Sí, que lo pone aquí, mira; pensé que aún dormías.

- Pues no serán esas, vaya birria.
- Es que están lejos y parecen pequeñas, pero son enormes.

El paisaje cambia, caray un tres mil, debe ser aquel que asoma entre medias, que raro no hay nieve, a tres mil metros nieves perpetuas, habrá hecho calor, con las tripas llenas da gusto, un poco impersonal el lugar, como todas las paradas de autopista, sandwichs, emparedados, Doña Urraca, pobre, la emparedaron en aquel torreón castellano. Según esta manta-mapa hemos pasado muy cerca del mar, del Irish Sea, pero yo no he visto nada, ¡mierda! Quizás ha sido el rato en que me quedé dormido. Carlisle a trece kilómetros y después Escocia, estoy nervioso, es como llegar a un sueño, a una imagen muy lejana, a un nombre que ha resonado en mi cabeza durante años y años, aunque no sé muy bien por qué.

III

Hoy es diecisiete de junio, hace más de dos meses que paré mi viaje y ahora el calor ya es agobiante, la suciedad de la ventana ha aumentado considerablemente desde la última lluvia de barro, y me cuesta distinguir las chumberas; tampoco el azul del cielo es muy claro, toda la ventana parece una pintura contemporánea, en la que sobre un paisaje hiperrealista se hayan arrojado manchas aleatoriamente, para profundizar el mensaje del lienzo. Y la verdad es que el efecto me gusta, porque la mierda acumulada en los cristales crea un velo separador entre la realidad y yo, lo cual ayuda a que este viaje literario adquiera tintes oníricos. Por eso no los limpiaré, prefiero difuminar la imagen externa para, de rebote, hacer lo mismo con la mía propia y viajar confundido en una dirección incierta, tan incierta como las tumbas de la falsa abadía, como los tres mil metros de esa montaña que entre asoma limpia de nieve en sus cumbres y a la que observo con fe de seminarista convencido, fe que nuestro amigo holandés destruyó cual heresiarca medieval, cuando nos comentó a la vuelta del viaje que aquello no eran metros sino pies y que por lo tanto las montañas que contemplábamos llegando a aquella anhelada Escocia eran, como Ella intuía, montañas mediocres y no efectos ópticos provocados por la lejanía. Pero una vulgar herejía no puede destruir años de ciega fe, porque al ciego no se le puede hacer ver, y para mí Escocia sigue siendo tan montañosa y las Highlands tan high como antes de que ese pobre impío de los países bajos intentara

bajarme a mí a un país sin sueños, sin utopías, ese país del que Wilde dijo que no merecía la pena ni echarle un vistazo.

- Joder, tres mil cincuenta y cuatro metros, ¿ves?, ¡al fondo hombre!, el que asoma sólo un trocito de pico. Seguro que es ese. Es precioso.
- Pues a mí me parecían mucho más bestiales aquellos que vimos en los Pirineos.
- ¡Coño, que manía tienes!

Es mejor no comentarle nada, porque si está negativa, no habrá manera de hacerle disfrutar del paisaje. Las montañas estas son más romas, pero eso no les quita altitud, sólo pasa que tienen más edad, son más viejas, ¡eso!, mucho más viejas que las españolas.

Hacía tiempo que esta maldita migraña no me martilleaba el cerebro con tanta fuerza. He tenido que despegar mi cabeza de la almohada sepulcral porque ni el reposo, ni las pastillas, ni nada amortigua hoy el repiqueteo de timbales al que estoy sometido. ¿Cómo voy a viajar así? ¿Cómo voy a disfrutar de ese Muro de Adriano con el que estamos a punto de cruzarnos según indica este inmenso e incómodo mapa, que podría servir de mantel para mesa banquetera? ¿Cómo haré para consultar algún librejo de historia con el que poder instruirme en el susodicho muro y así hacer más fluido este texto, aprovechando la dichosa construcción romana? Todo esto puede cambiar el curso de mi viaje literario, al otro, al viaje viaje, lo llamaré desde ahora viaje ², o sea, al cuadrado, que para eso es dos veces viaje. Pues eso, que sobre el murito de marras sólo sé que lo pusieron ahí hartos de intentar en vano conquistar a los escoceses y no conseguir más que disgustos. Así que colocaron la muralla esta entre mar y mar, o entre costa y costa, según se piense. Y mira tú lo que son las cosas, porque hoy en día la línea fronteriza entre Inglaterra y

Escocia se diferencia poco de la que trazaron los romanos. Pero dejaré aquí el tema para retomarlo cuando esta puñetera migraña haya decidido instalarse en otro atormentado cerebro y así poder continuar con Adriano y su pared, de la manera que tenía pensado. No puedo meterme dentro del viaje² en este lamentable estado, tengo que quedarme en el viaje¹, el que siguiendo las más elementales reglas de potencias matemáticas sólo llamaré viaje.

Como decía, en el viaje me las puedo apañar incluso con migraña, porque aquí entre cuatro paredes, los objetos me sujetan las ideas o hacen que reboten y me vuelvan, a modo de boomerang aborigen. También puedo encontrar descanso para mis agotados ojos migrañeros, entre las betas de la madera de esta mesa sobre la que escribo con mi “boli” simplicissimuss, betas que parecen huellas de olas ya fosilizadas, olas de vida vegetal, que algún día estuvieron encerradas entre rugosa corteza de pino, al son de ese oleaje que los pinares dejan escuchar los días de brisa montañera. A cada árbol le gusta imitar un sonido diferente, a los pinos el mar, a los chopos el agua del río y a las retamas los aviones, sí, las puñeteras imitan el sonido de los aviones de maravilla, lo que ya no podría decir es qué tipo de avión, porque de eso no entiendo nada y además mi fobia aeronáutica me quita interés hacia el asunto.

Por otro lado los desconchados que hay en la pared, justo debajo de la ventana, despiertan mi imaginación viajera pues representan fantásticos atlas geográficos, con sus continentes y océanos, con sus bosques y montañas, variando la representación de día en día.

Carlisle la fundaron los romanos, no me extraña, porque de ahí arranca el muro de Adriano, y construirlo les llevaría un tiempo. Por más que miro no veo el puto muro. De todas formas mucho tiempo tampoco les llevó levantarlo, creo que cinco o seis años, y eso comparado con los siglos que empleaban en

construir las catedrales medievales no es nada, bueno la Catedral de Salisbury es otro cantar, pero no adelantemos acontecimientos, no hablaré ahora de Stonehenge, ni de los hermanitos del autobús, no, ahora que la migraña ha volado en busca de nuevo escondite, es mejor que siga el curso de la historia, del viaje², o del viaje³, porque lo de Darwin era un viaje al cubo, aunque cuando el mareado inglés navegaba a bordo del Beagle no era consciente de las repercusiones que su viaje³ tendría para el futuro de la humanidad. Si hubiera sido consciente, quizás no le habría escrito el veintidós de mayo de 1833 a su hermana Catherine que el próximo verano (invierno para su hermana) estaba completamente convencido que sería el último verano que pasaría en ese lado del Cabo de Hornos porque estaba tremendamente cansado de esos países: “ a live Megatherium would hardly support my patience”, escribía el desesperado naturalista para dar a entender su alto grado de sufrimiento en aquellas tierras. Yo dudo mucho que se sepa algo acerca de la paciencia de los megaterios. Por aquel entonces a Darwin le habían asignado un sirviente, de nombre Syrus Corington, el cual permaneció a su lado hasta 1839, momento en que emigró a Australia. A pesar de andar por aquellas latitudes australes, Charles no paraba de recibir cartas de sus boreales familiares, una de Catherin, otra de Susan, también de Caroline y, como no, de su querido padre. El pobre Darwin se lamentaba reconociendo lo anodinas que eran sus respuestas a dichas misivas, pero él tranquilizaba su conciencia considerando que su diario de viaje era en realidad una larga carta.

Eso sí era un diario, un diario³, algún día escribiré uno, pero sólo será diario¹, elevado a la mínima potencia, que ni siquiera al cuadrado. Mi amigo astronauta también ha escrito su diario de signos, es muy especial, lo cual no me extraña porque me imagino que cuando está en órbita puede contar cosas únicas de todo lo que contempla. A él le gusta observar el albaricoque terrestre y a sus cotiledones habitantes más

como etnólogo que como simple diarista. Debe ser difícil combinar ambas cosas, el relato de viaje y el diario, porque uno es centrífugo y el otro centrípeto, aunque el del Origen de Las Especies lo abarcó todo, y todo bien, pero claro eso debe marear un poco, ahora hacia fuera y luego hacia adentro; quizás su eterna náusea le venía de esa labor esquizofrénica y no tanto del bamboleo del Beagle.

Hemos debido de pasar al lado del muro y no lo he visto. La autopista no es buena para contemplar nada, todo rápido, sin parar, sin poder salir, encajonados, como en la vida, o entras o sales, pero nada de ir entrando y saliendo. Desviación a Edimburgo, al otro lado Glasgow, ¿¡pero qué hace!?, se va por la izquierda, hacia Glasgow. Coño, pero yo pedí los billetes a Edimburgo y por muy mal inglés que hable no voy a pronunciar uno como el otro, todavía con Palencia y Valencia podría ocurrir. Pues sí que estamos buenos. Quizás lo haga por aprovechar más rato la autopista. En el mapa se puede ver otra desviación más adelante. Veremos. Está bien viajar con un mapa por muy grande e incómodo que sea.

Pero en el plano este no aparece el muro de Antonio, el cual lo veo ahora desde mi nave, con mi ropa especial para viajes elevados a la mínima potencia. Ahora ya no se trata de la indumentaria aquella que me compré para evitar los asaltos continuos de recuerdos filibusteros, estamos en junio, y hace demasiado calor como para vestir de aquella manera. Al final me gasté todo ese dinero sólo para unos pocos días; en cualquier caso sigo libre de abordajes roperiles, es lo bueno de sentarte a escribir sólo con unos calzoncillos, una camiseta y las zapatillas de andar por casa. La ropa interior no me dice nada, o al menos poca cosa, porque algo, la verdad sea dicha, sí que dice, pero es soportable, no me incomoda. Esta camiseta decidí comprarla en un mercadillo de moros, tiene impresa la imagen de un tío raro con los brazos cruzados de manera extraña, al que una enorme mano agarrada a un pistolón, le apunta desafiante.

Encima de esa estampa hay unas grandes letras que dicen NINJA. Como todo eso me es ajeno, la he considerado ideal para mi viaje. Reconozco que me queda algo justa y la barriga me parece más grande y abultada de lo habitual, pero nada de eso perturba mi pausada marcha. De las zapatillas poco puedo decir, y menos me pueden decir ellas a mí, porque mirar un poco de televisión, comer, estudiar, leer... etc, no son actividades que dejen huella aventurera, condicionan y mucho, pero no le das importancia a tus pantuflas cuando lees un libro, no es lo mismo que el pantalón de pana en un dos mil; no, ni mucho menos, para nada es lo mismo. Con estas pantuflas o chinelas, como quieran llamarse, podré haber aprendido algunas cosas, habré sesteado brevemente sentado en el sofá, una, y otra, y otra, y otra vez después de cada sobremesa, pero no me dicen nada, quizás un hola y un hasta mañana, pero poca cosa más. A lo mejor es mi culpa, puede ser que no haya sabido cultivar la relación y ser por ello un calzado incomprendido. Es posible que a partir de ahora me hablen de este viaje, que se conviertan en las viajeras elevadas a la unidad. Sin embargo prefiero que sigan calladas, marginadas, no sea que descubran una retórica en sus vidas y me obliguen a descalzarme. El suelo es de baldosas y aún en verano está frío.

Me imagino que a Cabeza de Vaca sus botas le contarían numerosas cosas y eso que gran parte de las desesperadas aventuras las pasará descalzo. Este sevillano acabó tan mal parado, que a su regreso no le podrá ofrecer ningún botín a la Corona, tan sólo le regalará sus palabras que bastante tesoro serían, para comprender mejor aquello que el tiempo oscurecerá o iluminará de forma desigual, creando contraluces que dificultarán la contemplación objetiva de lo ocurrido, si es que es posible dicha objetividad.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, partirá de San Lucar un diecisiete de junio de 1527 junto con seiscientos hombres, de los que sobrevivirán cuatro, entre ellos el Cabeza. Al mando de la expedición irá

el adelantado Pánfilo de Narváez, el cual haciendo honor a su nombre de pila, se quedó en el camino, sin sus tierras, sobre las que como adelantado de mar tenía derecho a gobernar, sólo por el hecho de descubrirlas o conquistarlas. Por algún tiempo Pánfilo sí que sería gobernador, porque llegar a la Florida sí que llegaría, pero según relata el sevillano Alvar Núñez, nada de entradas triunfales a lo Hernán Cortés, sino que de lo único de lo que tomarían posesión sería de unas casas abandonadas, magra conquista hecha con un ejército de hombres famélicos y derrotados, acompañados de unos caballos de flaqueza espectral. Escenario desolador y grotesco.

Para más inri, el bergantín costeará la vía de la Florida pues tomarían a un tal Miruelo por conocedor de un puerto en la zona, solo que el tal Miruelo se conoce que no miraría bien e irán perdidos sin saber donde dirigir sus andaduras ni recalar sus húmedos huesos durante bastantes días. Sin embargo Cortés, el de Medellín, irá al grano y le dirá sin más rodeos a un tal Mutezuma que su alteza, a la sazón Carlos V, tenía necesidad de oro, como lo contará más tarde en una de las cinco cartas de relación que le enviaría a su áurea majestad. Claro está que, al que ahora conocemos como Moctezuma no le harán excesiva gracia las necesidades del monarca español.

Verdaderamente cada uno cuenta la historia a su modo, pero ¿cuál es la verdadera?, ¿todas?, ¿ninguna?, la respuesta no es tan fácil como pudiera parecer. Seguramente Ella escribiría este viaje a la última casa como de largos sueños autobuseros y paisajes de montañas romas, de autopistas estrechas y de inoportunas huelgas museísticas, y todo ello no sería menos cierto que mis majestuosas cumbres y mis dolores inguinales, que mi alegría y solidaridad con una huelga ajena o mi terror a entrar en aquella letrina liliputiense. Los desconchados que ahora se enfrentan a mí podrían parecerles, a unos Africa, a otros

América, a fulanito Tenerife al revés y a menganito pues sólo un desconchado. Pero para mí son lugares donde nunca viajar, viajes°, es decir lo único, el uno, el sueño. Siempre mantengo un viaje° en mi vida, son necesarios, salubres y a veces también salobres, son el placebo que te alivia el cansancio del viaje ineluctable, el que vi dentro de la Catedral de Westminster, el que comienza en la pila bautismal y acaba en el sepulcro de pétrea almohada.

¡Vaya cursilada de cama!, no sé si podré dormir aquí. Creo que esta vez sí nos han timado.¿Para qué tendrá esta cabecera tan alta?, ¡joder! si es que llega hasta el techo. Y el color fucsia brillante de la colcha es insoportable. Me parece que me va a caer la bronca, su careto aumenta por segundos.

-¿Y esto es un bed and breakfast?

-Pues yo es lo que solicité en la oficina de turismo.

-¿Y cómo es que nos cuesta quincemil pesetas? Ya te dije que te estaban diciendo el precio "per person".

-Yo no oí ningún "per person". ¡Putá manía de no decirte el precio total de la habitación. ¡Joder!

-No, si al final sabré yo más inglés que tu. Además te has lanzado a pagar. Podíamos haber ido a otro sitio.

-¿Pero a donde?, si ya hemos andado lo suyo para llegar hasta aquí. ¡Mira!, otra vez esas teteras eléctricas, parecen adictos al té; debe ser verdad el tópico ese. Podemos pillar todas esas bolsitas de té, y las pastitas, así al menos nos llevamos algo.

Ha sonreído, no sé si por lo de arramplar con todas esas bolsas de infusiones, o por lo increíblemente anacrónico y grotesco de esta especie de lecho nupcial. Por no mencionar las mesitas de noche, con sus cajitas de Clinex envueltas por un lazo rosa. Todo está enmoquetado, hasta las paredes, como habitación para desquiciado que quisiera golpearse la cabeza de una pared a otra. Una vez más mi

cabra tira al monte, pero ya estamos en el monte soñado, en Escocia, en Edimburgo, el autobús era el correcto y no se dirigía a Glasgow, torció en el preciso momento. ¿Cuándo va a estar mi cabra contenta? ¿Cuándo va a dejar de quererse escapar? Mañana saldremos pronto, a las nueve, y llegaremos al final, quizás allí esté el monte, quizás mi cabra ramonee alguna imagen placentera, quién sabe si incluso pueda masticar con fruición y deleite la visión de una de esas focas soñadas y vislumbradas en tantos de mis viajes°.

Cabeza de Vaca también buscará algo atisbado repetidamente en sus viajes°, el oro. Pero el sevillano no estaría luego, en la expedición, implicado en un viaje elevado a la nula potencia, sino al cubo, pues sería al mismo tiempo narrador, testigo y protagonista. Narrador en lo que acabará como texto publicado con el título “Los Naufragios”, testigo por las noticias que dará de los países que recorre con agudas observaciones, hechas por tierras de Florida, Texas y México; y protagonista por los sufrimientos padecidos en su diezmada expedición, expedición cuyos miembros tendrán que vérselas con indios flecheros y crecidos de cuerpo, tanto que desde lejos les parecerán gigantes desnudos, que podrían atinar con sus saetas a doscientos pasos de distancias, saetas arrojadas para matar, que no cantadas para un muerto, como las que muchos años después saldrán de los pasos no de distancia sino de cofradía, en la misma Sevilla que un día vería nacer al conquistador náufrago, al que su pánfilo gobernador dejará de dar órdenes porque ya no sería tiempo de mandar unos a otros sino de salvar la vida como a cada uno mejor le pareciese, de gritar como los niños en sus juegos: “marica el último”, el conquistador Alvar Núñez que se hartará de comer maíz crudo por no contar con otra cosa que llevarse a la boca, el mismo Alvar Núñez que naufragó en una isla un frío seis de noviembre, junto con otros españoles tan famélicos como él, tan

esqueléticos que al verlos unos nativos del lugar, se sentarían con ellos y llorarán durante media hora la desgracia ajena, los mismos indios que luego bailarían y festejarán por toda una noche la llegada de esas desamparadas y extrañas criaturas, criaturas desconfiadas y temerosas de ser sacrificadas en cualquier momento, porque tanta fiesta no podría traer nada bueno, porque cree ladrón que todos son de su condición, porque confundirán primitivo y salvaje como yo catedral y abadía, porque su estupidez y eterna insatisfacción les hará tropezar repetidas veces en la misma piedra y tendrán que poner de nombre a ese islote, la isla de Mal Hado, bautizando lo ya bautizado, tomando su desgracia como acaecer épico, digna de ignorar cualquier otro nombre existente que no sea el referente al suceso glorioso de unos cristianos en sagrada misión, patéticos pero cristianos y españoles, esto último por si no fuera suficiente con el primer apelativo.

Hace un calor terrible, este julio está siendo más tórrido de lo habitual y mis muslos están completamente pegados al maldito skai de esta insufrible silla. La cerveza tampoco me ayuda en nada para mitigar el sudor que me anega el cuerpo. Al menos la suciedad de la ventana evita que entre toda la luz, frenando algo esos potentes rayos solares que abrasan ahí fuera todo cuanto encuentran en su marcha. No sé por qué tengo que beber cerveza si luego sudo más. También el papel se me queda pegado a los brazos, pero no puedo volver al ordenador; allí todavía están esperando como lobos con hambruna invernal, esa panda de poetas indolentes al calor, padeciendo un humillante sedentarismo, su particular invierno, el frío intenso que congela las hojas de esos libros carentes de lector, anhelantes de unas manos que hojeen y de unos ojos ojeantes. No, volver hacia atrás sería tropezar dos veces en la misma piedra, naufragar por segunda vez como les pasará a los compañeros de Cabeza de Vaca, que se quedarán formando un grupo a

parte, al intentar salir de la isla de Mal Hado, cuando entrará tal frío que se comerían unos a otros entre aquellos cinco cristianos, bueno uno quedaría sin ser comido, el último, el que ya se había comido al resto. A los nativos les impresionará bastante contemplar aquel espectáculo cristianófago, y comenzarán a pensar mal de esos seres, que no sólo se comían entre ellos sino que además, desde su llegada, parece que habían provocado una rara enfermedad de estómago en aquellos indios, que no pararán de morir uno tras otro, día tras día. Para los isleños no podría quedar otra solución que exterminar a aquellos aguafiestas embrujados, aunque sólo quedaran ya algunos de ellos, unos pocos que según el listo de la tribu isleña no serían los causantes de su extraña enfermedad, puesto que también ellos morían como chinches. Gracias a este listo, Cabeza de Vaca podrá conservar unos cuantos años más su cabeza sobre los hombros y sobre su apellido, años de los cuales todavía pasará alguno de mal hado en mal hado, pero siempre observando, para poder convertirlo en la condición de viajero³, observando las tetas horadadas mediante largas cañas, con las que algunos hombres de aquellas latitudes se atravesarán, cañas de dos palmos y medio de largo y dos dedos de grosor, observando las comidas que ingerirán esas gentes para poder sobrevivir de mala manera, o el encomiable amor que demostrarían tener hacia sus hijos.

Tengo el culo encharcado, este material endiablado me está secando las entrañas. Quizás una solución sea sentarme con las piernas cruzadas, al estilo de esos yoguis contorsionistas, así el trasero no tocará el skai y podré dejar de sudar al menos de cintura para abajo.

Darwin no sudaba el dos de junio de 1833, porque allí era invierno, porque ya había sudado bastante y porque era fuera de esa casa española donde el cielo sudaba una lluvia de tres días, lluvia interminable que confinaba al cansado naturalista en una oscura habitación con luz apenas suficiente para

escribir a su querido amigo Herbert y poder elevar al cubo su viaje, ese viaje que en ocasiones tendía a mantener al cuadrado, por no escribir, por no relatar lo visto y oído, o lo odiado y deseado. Pero desde esa miserable y oscura habitación de una vieja casa española en Maldonado, Rio Plata, se decidió a escribir, harto de sus días en Tierra del Fuego, harto de aquel miserable lugar, de la incesante furia de sus galernas, se decidió a escribir y contar que un día vio desde el mar el viejo Cabo de Hornos y que tres semanas después sólo estaban treinta millas a barlovento. *“Es un gran espectáculo ver toda esa naturaleza rabiosa; pero el cielo sabe que cada uno de los del Beagle ha visto suficiente en este verano para acabar con sus amores naturales”*, relataba Darwin mientras se protegía, esclavo de aquella terca lluvia rioplatense, mientras se esperaba con la llegada de una libertad no para él sino para aquellos que la estupidez humana había esclavizado, con el pretexto de considerarles inferiores, diferentes, oscuros, sin alma, consciente el sabio inglés, de la inferioridad² que demostraban tener los colonialistas y colonos españoles, aquellos contra los que entabló su particular lucha el padre Las Casas, el que no se contentó con las leyes de Burgos de 1512, porque aunque reconocían la libertad de los indios también mantenían el régimen de encomiendas, y los encomenderos continuarán allende los mares haciendo caso omiso a lo que se pudo firmar en aquella ciudad morcillera de una Castilla ultramarina. Fray Bartolomé también sería encomendero pero luego se hizo dominico y renunció a sus encomiendas para intentar, durante el resto de su vida, la evangelización pacífica de los indígenas, sin auxilio de ningún hombre de armas. Al final, el emperador que necesitaba oro le escuchará y en 1542 se abolirán las encomiendas así como la esclavitud de los indios. Quizás el dominico sevillano, debería haberse fijado también un poco en los negros, porque a estos les tardó unos cuantos años más en llegarles su abolición. Se conoce que la esclavitud estaba en

relación directa con el color de la piel: cuanto más negro, más esclavo. También mi desgana es directamente proporcional a estos calores caniculares. Sigo sudando sin parar, día y noche, incluso sin ingerir ni un sorbo de cerveza, es el sudar por sudar, sin excusas ni trabas, sin ningún dominio ni control de esta heraclitea exudación, de su continuo fluir, de su inagotable chorreo que me seca la memoria y la ilusión. Uno no puede ilusionarse por nada cuando dedica el día entero, hora tras hora, a perder agua y más agua a través de su piel, a beber como hidroadicto litros y litros que intenten rellenar el pellejo agujereado en el que me he convertido, odre insaciable, Mesalina del agua. Es duro viajar en verano, incluso los viajes¹ se hacen insoportables por estas fechas, y lo peor de todo es que todavía es 24 de junio, ¿qué será en agosto?, ¿cómo podré mantener este ritmo de bebida?, ¿y si tengo que incrementarlo, y beber aún más porque el calor aumenta? Podría dejar el trabajo y dedicarme a viajar por la mañana, prontito, con la fresca; pero no puedo vivir del viaje. También podría esperar como tuareg paciente a la caída del sol, para comenzar la marcha durante las horas nocturnas, pero de esta manera al cabo de dos o tres días no me encontraría capaz de trabajar y viajar, trabajar y viajar, trabajar y viajar.

La única solución es beber, beber y sudar como esos barcos modernos que engullen agua del mar para refrigerar sus motores y expulsarla inmediatamente como vómitos de quilla enfermiza.

No hay barcos, ni siquiera barquitas de pescadores, que extraño. ¿La gente aquí no vive del mar? Está poco concurrido para ser verano. Aquella casa es extraña, algo tenebrosa. Me gustaría estar aquí en invierno, ver un temporal de ese oscuro y espeso mar.

¡Bueno!, no saldrás ahora con tu cabra tirando a un monte invernal; ¡¡por favor!!; estás en el norte más norte de Escocia, esto es John O'Groats y más allá sólo hay mar, bueno y las islas Orkney, así que no

salgas ahora con tu cabrito invernal, haz el favor de disfrutar el presente y mete la cabra en el aprisco, verás qué tranquilitos nos quedamos todos de una vez. No hay ni un monte, todo es llano y verde, horizontes de hierba, a un lado mar de agua oscura, al otro océano de pasto salpicado de casitas navegando en su verdor. ¡Qué concierto!, es maravilloso. Sí, los distingo bien. El Ostrero, el Zarapito trinador. Tengo que sacar los prismáticos para verlos, pero Ella busca inútilmente montañas. Las Highlands no son high por sus montañas sino por el norte, porque su norte está más al norte que otras lands.

-Si, si, ya sé que tenemos que buscar un bed and breakfast de esos, pero escucha que concierto.

-Es que se nos hará de noche.

-Aquí no se hace de noche hasta las tantas. Estamos entre el cincuenta y ocho y el cincuenta y nueve de latitud norte.

-Yo no me fío de tus cálculos. Vamos a esa caseta de información y luego escuchas tus pajaritos.

A mi hernia no le gustan estas latitudes, cada vez me duele más. Quizás son los malditos autobuses. Tengo que meter mi mano izquierda en el bolsillo y apretar. Si hubiera comprado un braguero. Pero el caso es que yo no noto que se salga nada, ningún bulto. ¿Y si no es una hernia? Esta pensión es muy cuca. Y no nos han timado, como en Edimburgo. El truco está en calcular siempre el "per person"; se conoce que es una manía que tienen. Todo está muy limpio. ¡Caray cuantas mantas! ¿Qué será esto en invierno? Ella sonríe, en el fondo le gusta aunque no haya montañas. Se rió mucho cuando le pregunté al hombre del autobús si esa era la línea de John O'Conors, allí en Wick, donde hicimos el trasbordo. O'Conors, O'Groats, O'Hara, todo eso me suena a escocés y claro, es fácil equivocarse. A un escocés le pasaría lo mismo con Pérez, Gómez, López. ¿Pero los escoceses no son los del Mac?; Mac Gregor, Mac

Ferson..., los de la O son irlandeses. Si, pero a los irlandeses les llamaban scotis allá por el siglo IX. Juan Scoto Eriúgena; Juan, el escocés de Erin, pero no el escocés de escocia sino de Irlanda que entonces era la scotia mayor.

-¿Qué piensas?

-No, nada. ¿Quieres que demos un paseo?

Es curioso cómo desde esta nave, con mis calzoncillos sudados, observo aquel paseo, aquel primer paseo por John O'Groats, aquel increíble concierto de pájaros, aquellos colores de un atardecer interminable, aquella temperatura ideal, aquel mar tan diferente y enigmático, aquellos olores tan dulcemente penetrantes. Pocos paseos pueden quedar almacenados durante años, sin perder sus sonidos, sus aromas y sus tintes, como aquel primer paseo por John O'Groats. Pero no metí la mano en el agua del mar hechicero, quizás para tener que volver, para dejar algo pendiente, para mantener inconcluso ese primer encuentro, de manera que cuando vuelva al lugar, no sea una segunda parte sino la continuación del primer paseo, que sólo se vio interrumpido por algunos años y kilómetros.

Aquí tengo las conchas. Cinco pequeñas caracolas blancas, que conservan algo de arena escocesa. Había marea baja y no tuve que mojarme para cogerlas, hasta mis manos permanecían secas. Tengo que devolver estas cinco caracolas a su lugar de origen, para continuar nuestro primer paseo, para regresar a un lugar donde sentía la felicidad en el aire, brisas de felicidad.

Mi amigo astronauta debe saber por qué ocurren estas cosas, él vivió de una tuberculosis, y esto no es nada fácil de sobrellevar. Cuando te mueres de una tisis es mucho más fácil: la pillas, la diñas y ya está. Pero vivir de ella es una lata, aunque si tienes paciencia puedes sacar partido de esa situación. Mi amigo

fue paciente y yo creo que se hizo astronauta a causa de la tisis. El caso es que con tanto viaje espacial aprendió muchas cosas, así que seguro que él sabe el por qué de esa extraña e infrecuente felicidad, felicidad esférica, perfecta, más animal que humana, también sabrá explicarme por qué no metí la mano en aquel mar escocés, a pesar de que paseaba queriendo hacerlo. ¿Amor platónico?

Mis gotas de sudor caen sobre estas caracolas, agua salada como la que les vio nacer y morir, sudor que intenta recuperar un paseo interrumpido por el estúpido compromiso que un día decidió el hombre contraer con el tiempo, imaginando engañarle con una de sus burdas tretas, regalándole relojes y calendarios, a cambio de una inmortalidad soñada, sin percatarse que al tiempo no se le engaña con baratijas, como los españoles hicieron con aquellos inocentes indios. Al final el cazador fue cazado, el encomendador encomendado, el hombre esclavizado, aherrojado entre las manecillas de un reloj traicionero.

IV

Ayer me he obligado a organizar mi equipaje para retomar el camino. No ha sido fácil, todo estaba desordenado, tirado por el suelo, patas arriba después de todo este tiempo estivando como los lirones caretos, almacenando en mi mesa de viaje trastos y papeles inútiles, quizás para evitar la visión de todos los objetos hábiles para el recorrido y de esa manera alejar todo remordimiento por permanecer en dique seco un día y otro día, al refugio de los tórridos calores que me han angustiado la vida. No podía continuar desnudo, tirado en la alfombra, intentando escribir unas palabras que al minuto de plasmarlas en el papel, se veían bombardeadas por gotas de sudor, desintegrándose luego la tinta y convirtiendo aquel folio en una pura mancha azul difuminada, espejo de mis pensamientos. No podía soportar por más tiempo la picazón que me producían los pelillos de aquella alfombra, al entremeterse por oquedades prepuciales, engordando un sexo sudado incapaz de permanecer escondido por más de cinco minutos seguidos. Hasta el calzoncillo se había convertido en prenda insoportable, produciéndome aquellas rozaduras de los muslos, que me obligaban a caminar como niño escocido. Tampoco mi espalda soportó ni un día más aquella anterior postura, anterior a la horizontalidad de la alfombra, aquella anterior postura forzada sobre la silla, con las piernas entre cruzadas, que más parecía asana de yoga que actitud escritora.

He tenido que esconderme, sedentarizar un nomadismo que se complicaba por momentos, amenazándome física y psíquicamente, cortar un viaje que estaba perdiendo el rumbo. Pero la quietud no

tiene por qué implicar esterilidad; mi inmovilidad espacial fue acompañada, como guarnición culinaria, de una oscuridad necesaria para mantener mi varada nave a una temperatura razonable, donde al menos gozar de una desnudez pensante. Así fue como descubrí la Gran Paradoja. Coloqué en medio de la oscura habitación antes viajera un sofá cubierto por una suave sábana con la que poder reposar mi humedecido cuerpo desnudo y así dedicarme solo a beber, sudar y pensar.

“Sin lo que no existe nada puede existir”.

Esta es la conclusión a la que llegué después de muchos litros de agua bebidos, exudados y orinados. Esta es la gran paradoja, este es el bauprés que corona la proa de mis pensamientos.

V

Nunca pensé que me convertiría en una Alicia a través del espejo pero así es; he corrido y corrido, atravesado mares de agua y de asfalto, visto peces de todos los colores, gritado y llorado, he pasado a gran velocidad entre cuerpos descontrolados, para encontrarme de nuevo sudando y sentado en un caluroso verano, intentando escribir y describir aquel primer paseo en el que cogí las conchas sin mojarme parte alguna de mi cuerpo. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo he podido volver al calor, seguir queriendo introducir mis manos en el mar del norte, recuperar la audición de ese maravilloso concierto ornitológico y notar de nuevo mi supuesta hernia, empujando las entrañas de mi vida?

Tan solo apagué la luz y me puse a pensar, a pensar en mis potencias viajeras, a notar el agradable descenso de la temperatura que se iba produciendo según avanzaban las horas negras, y a jugar con mi cuerpo desnudo sobre aquella deliciosa sábana colocada sobre el céntrico sofá. Recuerdo los intentos de escribir a ciegas, recuerdo los cálculos matemáticos que me llevaron a ser consciente del triángulo aporético, y después... el túnel, la carrera desorbitada a través de un duro cilindro, las caídas y recaídas, las fuertes palpitaciones de mi corazón aturdido, las caras absurdas de quienes contemplaban mi carrera, la lluvia que no me mojaba, el sol escondido, el suelo inmóvil, el duro asfalto, el duro asfalto, el duro asfalto, mi sonrisa cansada y jadeante quedándose atrás, mi vida confusa y ciega, hasta que vi un triángulo que

venía hacia mí, claro y luminoso, tan rápido iba en dirección contraria que se me incrustó en el entrecejo como mosquito de carretera. Y ahora, otra vez, ese calor resudado, de nuevo sentado ante estos papeles desordenados y viajeros que intentan concluir la caminata emprendida. Unos violines me anuncian con amabilidad la próxima etapa y me preguntan, riéndose, por las conchas. Mis caracolas norteañas han desaparecido en este lapso oscuro, no las puedo encontrar, pero los violines escoceses me dicen que he de volver dos veces, para cogerlas otra vez y regresar al cabo de un tiempo con la intención de depositarlas en el mismo lugar. Este agua carbónica me calma algo el acalorado reencuentro, pero al mismo tiempo se infla en mi interior como queriendo buscar una salida que le haga recuperar su antiguo envase, sin ser consciente que ya no saldrá como agua sino convertido en aire desesperado y disparado, salvos de aviso parecidas a aquellas acerca de las cuales escribía un siete de agosto de 1832 el cansado Charles para contar a su “dear Susan” cómo según llegaban a Buenos Aires, un barco guarda costas realizó un disparo cerca de ellos. Tamaña acción intimidante la tomaron los ingleses como un grave insulto y cuenta el naturalista a su hermana, que si sus armas hubieran estado preparadas, habrían contestado con contundencia. Pero no tuvieron más remedio que regresar a Montevideo, donde el indignado Fitz Roy informó de la circunstancia a la fragata Druid, la cual se dirigió a Buenos Aires para obtener una explicación satisfactoria del incómodo suceso, y al parecer la obtuvo pues la excusa fue: ¡Cuarentena por cólera!

Se conoce que los argentinos no conocían la práctica que en una parte de la India realizaban para expulsar al demonio del cólera, conjurándole para que entrara en una imagen de madera, la cual conducían de noche hasta la aldea más próxima, dejándoles el regalo endemoniado, cosa que estos a su vez pasaban a otra aldea hasta que la estatuilla con el cólera encerrado, era tirada al primer río que apareciese en ese

trasiego. Al fin y al cabo el cólera nació en la India y es lógico que allí supieran más de él, que no en ese nuevo mundo recién despertado a enfermedades ya muy viejas para otros.

Mi nave ha encogido. Entre pared y pared no hay más de dos metros de ancho y tres de largo, como el camarote de Darwin, y la ventana ya no existe. Sólo cuatro paredes y una puerta además de libros amontonados por todas partes. No sé muy bien que ha ocurrido. He de terminar pronto este viaje o estas paredes movedizas acabarán por aplastarme. Ahora no puedo tirarme en el suelo o recuperar mi última desnudez tumbada sobre aquel céntrico sofá ahora también desaparecido, tampoco entra la luz del sol y sin embargo el calor continua provocándome un nerviosismo exasperado. Sólo quiero terminar mi viaje, de igual manera que Alvar Núñez querrá acabar el suyo cuando llevaba un año entre aquellos indios que, aun a pesar de la enfermedad que le estaba aquejando, le obligarán a extraer las raíces que utilizaban como base de su alimentación, raíces ocultas bajo el agua y entre las cañas, escondidas en tierra subacuática, las mismas cañas que ensangrentaban sus dedos ablandados por el agua, las mismísimas cañas que se le incrustaban en el débil cuerpo a través de su raída ropa. Por eso se hará de mercader entre aquellos naturalizados seres y así a los de tierra adentro les llevará conchas del mar, mientras que a los indios costeros les trocará con cueros y almagra, para que se tiñeran las caras y cabellos. Y así estará seis años, de la costa al interior y del interior a la costa, sin dejar mientras de pensar en cómo escapar de ese círculo vicioso, de ese perpetum mobile, sin dejar de pensar en la posibilidad de dejar al mercachifle, ese mercachifle que ahora respiraba por él, con respiración jadeante, esperando el momento de amotinarse y disolver la esclavitud mercantil, como lo intentaron aquella panda de negros cuando un cinco de agosto de 1832 se revelaron en Montevideo, hartos de mercaderes de carnes y despojos, pero despojos con nombre,

con mujer e hijos, con ojos videntes y corazones sensibles; aquellos negros que vieron cómo las autoridades de la ciudad reclamaban el apoyo de Fitz Roy, para mantener el orden en sus calles sorprendidas, los mismos esclavos que vieron bajar del Beagle a Darwin junto con catorce hombres más, los negros que pocas horas después percibieron que el joven naturalista regresaba al barco porque, al parecer, tenía un fuerte dolor de cabeza, el mismo dolor de cabeza que tantas veces ha trepanado mi cráneo, llegando poco a poco al centro de mi cerebro, igual que el dolor inguinal penetra hasta el interior de mis entrañas o el sonido de esos violines horadan mis tímpanos y se clavan en la mitad de mi alma, ese alma cuya cabra tira al monte.

Estas pintas son deliciosas, podría beber litros y litros a pesar de que aquí no hace calor. Hay una temperatura perfecta. No sé si desconectar el grabador porque llevan ya un rato sin tocar el violín, ¡no!, ya vuelven, ahora es la chica joven, se turnan, sí, le acompañan las pisadas en el suelo de todos los concurrentes, desafina maravillosamente, no concibo mejor música que la que se desafina con el alma. Sólo puedo beber y escuchar, beber y escuchar. Ella también atiende pero creo que se fija más en el personal. Son curiosos estos escoceses, no les entiendo nada de lo que dicen, pero también beben, todos beben pintas. Aplauden a la chica pero sin mucho ánimo, el del acordeón ya no volverá a tocar, lástima, quizás otra noche. No me atrevo a sacar el grabador del bolso, no sea que no les guste que les registren su música, mejor ahí dentro, escondido, aunque se graben todos los intermedios entre pieza y pieza. Mi dolor se acentúa, será mejor pedir otra pinta. Ella todavía no ha consumido la mitad de la suya.

-No te preocupes, esta cerveza no se sube.

-¿Tu crees?

-Another pint please; larger please. Thank you.

Llevan demasiado tiempo sin tocar. Creo que Ella se aburre, pero sus ojos no dejan de escrutar a todos los presentes, que no son muchos. Quizás se empiecen a sentir observados. Qué bajo hablan, incluso aquí en el campo, tan cerca del final, de la última casa, del Finisterre escocés. ¡Otra vez! ¡Sí!, esta la conozco, es una danza, pero aquí no baila nadie. Ahora toca el de los mofletes colorados, tendré que acabar pidiéndome una pinta más. Quizás Ella podría irse a acostar, no creo que aguante tanto violín, con tan poca cerveza como toma. ¡Joder qué bien suena!, tengo mi cabra contenta, pastando, ramoneando los placeres más ocultos que existen, se ríen pero no sé de qué, dudo mucho que sea por la música, nadie le hace caso, sólo tocan y los demás beben, hablan y ríen. Mi cabra salta contenta, no sabe por qué salta pero no se reprime, sólo siente el hecho de ser cabra y no le importa nada más. Tengo que pedir otra pinta, pero no sé como lo tomará Ella, que todavía no ha apurado su primer vaso. Esos dos vienen a sentarse aquí al lado, están colorados como melocotones, y no creo que sea del sol. No me importa que la hernia quiera salir de aquí gritando; ¡eh!, han dicho by by, les he entendido, y además se van, ¿ves cómo les he entendido?, toca, toca, sigue tocando que me queda mucha pinta por tragar, la verdad es que se podía meter la cara de sueño en el culo, no he traído a mi cabra hasta aquí para quitarle el plato de comida justo después de enseñárselo, mi pie no puede quedarse quieto y empieza a golpear el suelo acompañando la melodía, me da igual que no lo haga bien, el caso es continuar. Vaya, parece que desde que se han ido los del by by esto está decayendo un poco, sólo el camarero tiene síntomas de ir ascendiendo en línea directa hacia el coma etílico, pero en realidad no es camarero, él entra y sale de la barra, tan pronto es cliente como dependiente, atiende a otros y se atiende a sí mismo, se conoce que beber detrás de la barra no está

bien visto y una vez que traspasa esa sacrosanta barrera se convierte en barman y en sacerdote de confesionario, en psicoanalista y en consejero, por eso tiene que salir de allí para beber, esquizofrenia escocesa es como deberían clasificarla los entendidos.

- Another pint, larger, please.

Vaya mierda, ahora se va la chica del violín.

- Thank you.

Espero que salga alguno de estos y se arranque con una giga, porque no quiero ventilarme mi tercera pinta en seco, sin música. Esto se muere, Ella se cae de sueño, joder que mierda, me tendré que beber esto de un tirón, vaya panda de escoceses aburridos, tocan un poco y se van sin que todavía haya caído ninguno al suelo de pura borrachera. Pero si aquí no anochece hasta las dos de la madrugada, qué prisa tienen en dormir, para un turista que les escucha. Creo que con los ojos me está crucificando, ya la oigo: ¿Por qué te has pedido otra pinta? ¿Ya estás con esa manía tuya de beber cuando oyes esa música? ¿Has visto cómo te suda la cara?

Y no sólo la cara, en estos momentos las gotas de sudor resbalan todas por mi espalda y bajan lentas, para reunirse todas inexorablemente siempre en el mismo destino, el final de trayecto, la última estación, profundo valle de lágrimas sudadas. Sudado de pies a cabeza he de continuar, continuar sin descanso entre estas cuatro paredes asesinas, viajar ininterrumpidamente, acometer el asalto final a la cumbre pues ya no caben recesos, paradas ni incisos, sólo el viaje puede tener sentido. Hay que ir más lejos, hay que ver focas, pasar a las Orkney, quizás allí encuentre alguna respuesta, en esas islas donde creían que lavando a un enfermo con agua y tirando después ese agua a una entrada con portillo, la

enfermedad abandonaría al paciente y se iría con el primero que pasara por el portillo, en esas islas donde los escarmentados marineros del huidizo Duque de Medina Sidonia, naufragarán y buscarán refugio de sus perseguidores ingleses, las mismas islas que no se pondrían de acuerdo en el trato ofrecido a esos humillados servidores de la Armada ahora vencible, ya que los de la isla Fair comenzarán tratándolos con lisonjas y parabienes pero acabarán despeñándolos uno a uno por los acantilados, aprovechando la ocasión cuando les encontraban deambulando solitarios, por aquello de que el invierno llegaría muy pronto y no tendrían comida para todos, mientras que los de la isla de Westray serán más abiertos, tan abiertos que los españoles aprovecharán esa abertura para depositar la semilla que les permitiera dejar allí su presencia y su descendencia, esas islas de donde se supone que salió un conde con una cuadrilla de orkadianos, cruzando el atlántico, hasta llegar a su Estotilandia, en el nuevo mundo, cien años antes que Don Cristóbal y los Pinzón, porque eran templarios y tenían que fundar una nueva Jerusalén en un nuevo mundo, en el mundo donde, para su sorpresa, se encontrarían con los Micmacs, esos indios que acabarán llamando al conde, “cabeza brillante”.

Hoy no brilla el sol, hay tanta niebla que no se ve más allá de tus propias narices. Así no sé cómo vamos a ver focas. Quizás luego se despeje. Eso espero. Ella tiene sueño, se le nota en la cara, el barco debe estar esperando en el muelle, pero no se ve, se oyen las sirenas de varios faros, iniciales gritadas a los cuatro vientos, gritos de ayuda que no de socorro, aullidos de aviso. El barco es enano. Espero que el mar esté tranquilo, esto no es el mediterráneo y sabe Dios en qué se puede convertir. Tanta foto de naufragio te acobarda. Están obsesionados con esas cosas, en el bed and breakfast, en la última casa, en el hotel ese extraño, en el bar de los violines, en todas partes hay naufragios en las paredes. “Pentland Venture” se

llama el barco. Somos unos cuantos, hay niños. Aquellos hablan español, ¡vaya!, venir tan lejos para oír tu mismo idioma, le quita un poco de emoción al viaje, ¡de Segovia!, joder si son de Segovia, ¿tendrán chorizo o queso?, prefiero no hablarles, es mejor pensar que todos son escoceses, o rusos, o lo que sea, menos castellanos.

- ¿Has oído?, son de Segovia.

- Ya, ¿y qué?

- Pues que vaya mierda, venir hasta aquí para estar junto a unos tíos de Segovia.

- ¿y a ti qué más te da?

- No sé, es poco... excitante.

- No hemos venido aquí para excitarnos sino a ver focas y con esta niebla... ¡ja!

Seguro que me quiere echar en cara haber utilizado el viaje de novios para venir a ver focas, tiene que despejarse el día como sea, los rusos creo que tiran cohetes al cielo para que no llueva, o para que llueva, ahora no me acuerdo, campesinos españoles también, me parece que contra el granizo. ¿Y para la niebla? Creo que Ella está acojonada por el mar.

- El mar está tranquilísimo ¿eh?

- Ya veremos. ¿Están muy lejos esas islas?

- El folleto dice que a cuarenta y cinco minutos.

Se ha caído un libro de los que todavía quedan en las estanterías y ha ido a parar a mis pies, boca abajo y abierto por una de sus páginas.

*Sin salir de tu propia casa,
puedes conocer el mundo
Sin mirar por la ventana,
Puedes conocer el dao del cielo.
Cuanto más lejos vayas,
Más menguado será tu saber.
Por eso el sabio conoce sin viajar,
Realiza su obra sin actuar.*

Mis paredes escupen libros, como los Faireses escupieron a los españoles, tirándoles por el abismo, arrojados como gargajos, gargajos asesinos, esputos de cobarde actitud.

Han arrojado el Tao a mis pies, como si quisieran hablarme sin saber hacerlo más que mediante libros de frases hechas, de letras estáticas y calladas, de ideas ajenas. Por eso las paredes se encogen, por eso avanzan, su movimiento es verborrea mural. ¡Cómo no me di cuenta antes!, ahora que he amontonado todos esos volúmenes despeñados anteriormente, no podré conocer ya lo que me estaban diciendo. Todo empezó cuando encontré la gran paradoja, en aquella dulce oscuridad, allí oí caerse por primera vez un libro, allí comencé mi cilíndrica carrera. Luego, al salir del túnel, de nuevo a la luz, todo estaba lleno de tomos caídos y abiertos por algunas de sus páginas; pero los cerré sin mirar en su interior y los hice igual que cadáveres, listos para una pira depuradora, quedándome sólo preocupado por el nuevo tamaño de mi nave, su pequeñez inesperada, la ausencia de ventana. Quizás Pessoa ya me aconsejaba con sus

gritos antifenestrales. Quizás Lorca, Whitman, Ponge y los otros me avisaban con sus sirenas rimadas, mientras yo les aplicaba sordina y rimero, haciendo oídos sordos a sus advertencias amigas. Y ahora Lao Tse me lo repite: Sin salir de tu propia casa puedes conocer el mundo. Sin mirar por la ventana puedes conocer el cielo.

Pero no son ellos, son las paredes que hablan por ellos, igual que no hablan Cabeza de Vaca, ni Aouturu, ni Cristóbal Colon, ni Pigafetta, ni Darwin, ni ningún otro viajero aquí surgido y resurgido, soy yo quien piensa en ellos, quien los utiliza como marionetas de muda elocuencia. Sí, pienso en ellos, gracias a ellos, como pienso en mí y gracias a mí, en mi vida anterior e interior, en mis largos tentáculos de tiempo azul y amarillo, en mi vista nublada y mi mente obnubilada. Es aquí y ahora desde donde grito mi angustia, donde capeo el fuerte temporal que con un viento interior está causando destrozos en la nave que intento comandar, perseguido no por los ingleses de un Drake jugador de bolos, sino por mis piratas desalmados, esos que llevan mi propia cara, piratas clonados de un yo insatisfecho. Nada puede evitar este naufragio, ningún faro destellante, ningún farero oteador, las paredes una vez más vuelven a gobernar mi vida, como cartas del tarot visionarias de un futuro dibujado con colores de acuarelas, aguadas por una lluvia de polirítmico caer, de agradable percusión y preocupante repercusión. Desde que descubrí que detrás de la puerta de mi nave no había otra cosa que muro, desde que golpeé los ladrillos que tapiaban mi vida, hasta ensangrentarme los nudillos, desde que grité como loco convencido de su cordura para que alguien me sacara de esa habitación opresora e injusta, desde que me quedé sin voz y sin uñas, desde que deposité mis heces y mi orina en un rincón cada vez más cercano mientras deseaba incluso poder volver a mi trabajo de chupatintas rutinario, desde entonces comencé la cuenta atrás, o adelante, según se mire. Me

encuentro en medio de un viaje, al paio, perdido en un mar que es jungla, en un bosque que es laberinto, en un desierto submarino, en la palma de una mano que está a punto de cerrarse, y el problema es que no sé como seguir, tengo que acabar los demás viajes emprendidos para poder encontrar una salida a este atolladero, tengo que recuperar las fórmulas generadoras del túnel que me escupió, sentenciándome al emparedamiento, tengo que hablar con estas paredes movedizas, escuchar esos consejos lanzados al suelo. Sólo me quedan dos botellas de agua en esta nave reducida y reductora, agua natural sin gas, pero nada de comida. No sé si podré aguantar mucho de esta manera. No hay tiempo que perder, he de concluir cada viaje emprendido, buscar la aguja que se perdió en este pajar de ideas muertas, con la que poder zurcir el roto por donde se escapa mi tiempo amarillo, porque no dispongo de sacerdote que recite: “Hasta el sol subirá tu pesadumbre y tu ictericia; en el color del toro rojo te envolveremos. Te envolveremos en matices rojos por toda una larga vida. ¡Que quede esta persona ileso y libre del color amarillo! Te envolveremos en todas las formas y todas las fuerzas de las vacas, cuya deidad es Rohini, y que además son rojas. Dentro de las cacatúas, dentro de los tordos pondremos tu amarillez y además en el pajizo doradillo de inquieta cola pondremos tu amarillez. Tampoco el sacerdote me podrá dar a beber agua con pelos de toro rojo, ni podré beber el agua que esculliese del toro después de habérsela vertido por el lomo, ni podré sentarme sobre una piel de toro rojo y dejarme atar por un trozo de ella, ni ser embadurnado de pies a cabeza con papilla hecha de cúrcuma, ni tenderme en una cama donde estuviesen sujetados a sus pies con cuerda amarilla, una cacatúa amarilla, un tordo y un doradillo, para finalmente ser lavado con agua y ver cómo el sacerdote me pega unos pelos de ese toro rojo.

- Mira, un toro rojo y peludo.

- Sí, es extraño.

- Son típicos de Escocia, lo he leído no sé donde.

Se me amontonan los viajes, se me superponen las imágenes, no puedo estar esperando que se despeje la espesa niebla que invade las Orkney, mientras los niños del autobús siguen mirándose y riéndose con ojos maliciosos y pícaros, no puedo atender esos dos elementos al mismo tiempo, ni la presión que Darwin me impone para que continúe con sus cartas, no, la prisa por acabar, la angustia por sobrevivir me impide la claridad de ideas. No bebas y escribe, busca una salida a esta encrucijada.

El conductor del autobús no para de hablar, algo entiendo, está obsesionado con la segunda guerra mundial, Scapa Flow y todo eso, la gente se aburre y comienza a conversar, el paisaje se vislumbra poco a poco, la niebla quiere levantarse, ¿veremos focas?, pero en el interior de la isla seguro que no.

-¡¡SHUT UP!!!...Thank you.

¡Dios!, qué grito ha pegado el autobusero, Ella me mira asombrada, los segovianos se han quedado callados como muertos, pero ¿qué le pasa a este histérico?, sigue hablando de Scapa Flow y los soldados alemanes y los italianos y los ingleses y los submarinos y los barcos hundidos, habla de Churchill y sus barricadas, pero ¡joder, qué grito nos ha pegado! Ahora todos callados como niños reprendidos. Este tío colorado está loco. Cualquiera habla ahora. Ella me susurra cosas, no la entiendo.

- ¿Qué?

- Chsssss, que te va a oír, ¡hombre!

- Joder, que le den por el culo, a ver si no voy a poder hablar en todo el puto viaje.

- Habla más bajo por favor. Todavía nos saca del autobús.

¿Serán todos los habitantes de las Orkney igual? No quiero acabar despeñado como aquellos españoles, ni tampoco terminar como esos otros que los españoles encontraron en Cholula, aquel dieciocho de octubre de 1519, cuando Cortés emprenderá una acción defensiva contra una celada, celada que Bartolomé de Las Casas no encontrará por ningún sitio, mentira que nada importa ya a los tres mil indios que allí morirán, porque esos muertos sólo entienden de silencio, para no oír las espadas mutilando sus cuerpos, para no escuchar el golpeteo de las maderas con las que serán ayuntados antes del despiece, silencio para no soportar por más tiempo las súplicas de misericordia de aquellos hermanos indios, que escondidos bajo los montones de cuerpos inertes, apelaban al español inmisericorde; inmisericorde porque todos los indios jefes serán quemados y sacados vivos en palos hincados en la tierra, menos los que saldrán corriendo para refugiarse durante algunas horas en Cuu, la fortaleza, el refugio que enseguida sería quemado al son orquestado de los gritos de esos seres chamuscados y la canción que dulcemente entonará el capitán español al contemplar aquel espectáculo:

Mira Nero de Tarpeya

A Roma cómo se ardía;

Gritos dan niños y viejos

Y él de nada se dolía.

No sé en que idioma cantan, no logro distinguirlo, no lo hacen mal, catedral románica del S. XIII, curiosa, muy curiosa, piedras blanquecinas, ¡coño! Un Saint Olaf, debe ser Olaf II, al que lo mató un canuto, si, Canuto el Grande, su hermano, por aquello de las desavenencias familiares, aquí debe estar enterrado el capitán Patricio, no puede haber error, en Kirkwall no hay abadía de Saint Magnus, sólo catedral, mejor así para evitar confusiones. Más vale salir pronto no sea que el autobusero se enfade, seguro que los segovianos ya están dentro, quizás ni se han bajado. Putos segovianos, me han machacado el viaje. Coincidir en el culo del mundo con unos segovianos es demasiado. Viajar ya no tiene sentido, es mejor quedarte en tu habitación, imaginar lugares exóticos, inexplorados, sin segovianos ni sorianos ni catalanes ni madrileños, nada, sólo mundos extraños de gentes extrañas, como el sonido de estas gaitas que ahora escuchamos en Stromnes, rítmicas, acompasadas, distintas a las gallegas y a las asturianas, gaitas del norte, ¿del norte de donde?, es igual, son gaitas de cerveza, de lana, de frío, de viento, son gaitas que me enamoran con sus tambores similares a rémoras percutidas, gaitas benditas, que suenan más allá de mi vida, de mi piel, de mi muerte, son gaitas que me hablan en mil idiomas simultáneos, todos entendibles, todos ágrafos que sólo sirven para hablar y para oler, sólo engañan al imbécil y al malvado. Se callan, se paran, el que lanza el bastón grita, vuelven, sí vuelven, movimiento marcial que me recuerda el ejército de mis ideas, la violencia de mis instintos y las batallas de mis sueños con roncal y fleme, esos sueños de imposible despertar que siempre permanecen detrás de mis gafas, esperando el momento de anteponerse a la chusma, a la canalla adocenada que intenta devorar mis entrañas empezando por los testículos y los ojos. De nuevo se paran, descansan, el niño del bombo es gordo, debe de pesarle, todos tienen sus faldas perfectamente colocadas, ni una arruga, ni una mancha, faldas y tartanes dispuestos a

hacerse oír, como se hacen oír los músicos de la banda de Bude, en la otra punta, en el otro Finisterre, en el otro Last End de un Reino unido con costuras un tanto descosidas y zurcidas de mala manera, banda de pueblo que revienta la magia del mundo, dejando que todos sus trozos se esparzan por doquier, por todos los rincones, banda de niños incautos, felices, veraniegos, rollizos, observados, trozos de futuro señalados por los dedos de algunos padres orgullosos, música que permite viajar sin autobús ni carretera, que me deja recorrer la distancia más pequeña que existe en el mayor tiempo posible, música de la que nada sabemos y que utilizamos como marioneta en feria pueblerina. El director de la banda grita por un megáfono, seguramente pedirá dinero, seguramente querrá que sus jóvenes músicos respiren antes de continuar el pasacalle, querrá también algo de tiempo que le permita pensar en la comida que engullirá esa noche, las Cornwell Dances vuelven a sonar, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, y las niñas que van a la cola no dejan de bailar pensando que su vida será una continua danza maravillosa, de música almibarada, de sueños algodanosos. La banda se aleja, la banda se aleja, la banda se aleja.

Se aleja también la matanza de Tepeaca, se aleja con su sangre y villanía, se aleja al grito de “Santiago y a ellos”, con el que comenzaba el santo descuartizamiento, pero no quieren marcharse los bailes y areitos que todavía lloran por Tepeaca, su música los mantiene vivos como fósiles de muda mirada y avizor lenguaje, igual que esos fósiles que el ensimismado Darwin había encontrado más abajo de aquellas matanzas pero cerca de otras, fósiles sobre los que escribiría a su entrañable amigo Henslow desde Montevideo, un 24 de noviembre de 1832, fósiles sobre los que pensaba de manera callada, secreta pero prometedora, fósiles frescos y recién descubiertos, trozos de historia reveladora, trozos de vida transportada a lugares velados, retazos de unas posibilidades truncadas, amalgama de ayer y hoy en las

manos de un joven naturalista desnaturalizado por no encontrarse en su natural ambiente, en su Cambridge añorado, anhelando un cometa que no podrá ver hasta 1835, el Halley, el que aparece cada setenta y seis años, el mismo que yo mismo pude observar una fría noche castellana de 1986, en lo alto de una pelada colina, tan pelada como los prados de estas islas Orkney por donde estoy pasando para intentar ver unas focas de las cuales sin embargo me alejo, para ver fósiles de viviendas, esas viviendas que en 1850 aparecieron después de que una fuerte tormenta se llevara la hierba de una duna conocida como Scara Brae, esas viviendas que acogieron en su interior a gente en tiempos anteriores a los de la construcción de las grandes pirámides, esas ruinas arqueológicas que contemplamos con deleite después que el loco del chofer parara y nos señalara con un gordo dedo el destino de nuestra obligada observación, ese curioso yacimiento cercano a una playa bañada por una dulce llovizna y por un denso y tranquilo mar negro, ese conjunto de piedras sobre las que no pienso otra cosa que orinarme encima de ellas, tengo la vejiga que me revienta y no creo que pueda seguir así por mucho tiempo. Ella sigue ensimismada porque nada le revienta, demasiada gente para hacerlo aquí, me pegarían, vaya sacrilegio, mear las ruinas de Scara Brae, el conductor me la puede cortar, tengo que esconderme detrás de aquella colina, allí ya no queda nadie, todo son círculos, viviendas redondas, aquí todo es redondo, como el anillo de Bogar o como el túmulo de Maes Howe, como la cara del conductor, también el niño de aquel otro autobús formaba un círculo con el dedo índice y pulgar de su mano izquierda mientras que el índice de su otra mano lo metía y sacaba a través de él, mirando sonriente a la niña rubita que tenía sentada en el lado parejo del pasillo, riéndose ambos por la gracia del gesto, contestando ella con sus manitas de almíbar y emulando unas tijeras con dos de sus delicados deditos que hacían como que cortaban un objeto representado por el dedo de la otra

mano, dejando claro que el objeto cortado por ella y el utilizado por él en aquel repetitivo gesto, eran en realidad una misma cosa, su cosita. Autobuses sorprendentes de excusados asesinos, de conductores paranoicos y de niñitos con manos obscenas. Con la vejiga aliviada se escribe mucho mejor, pero el olor que deja el orín cuando se seca me aturde los sentidos y además mezclado con el otro, se hace repugnante, todo junto en la misma esquina, para no esparcirlo demasiado. Cubierto el montón con papeles, escritos desechados, no hay problema, tengo despojos de viaje de sobra para cubrir todos los excrementos que me queden por expulsar, sin comer no se puede cagar mucho, y el agua ya la raciono, algo menos de tres litros, ese es mi reloj, reloj de agua que pone límite a la solución del acertijo, que dará término a mi viaje, si antes no he conseguido acabarlo por mi propio pie, como le pasó a Cook, como terminaron Magallanes, Admunsen y Scott, o tantos otros que prefirieron quedarse en el camino para no volver. Este viaje me ha sorprendido con sus atajos y vericuetos, me he perdido en una noche de ideas confusas, me ha despistado una brillante paradoja que me elevó a una potencia más de la que tenía previsto, sólo ahí puedo encontrar la salida de este laberinto. Las paredes me arrojan libros, lanzándome consejos que no puedo entender. Tres litros de tiempo no es mucho.

“Los seres humanos se convierten en esclavos de sí mismos y de una manera de entender la vida estúpida”

“La historia tiene, sin embargo, otra utilidad distinta y mayor. Amplía la imaginación y sugiere posibilidades de acción y de sentimientos. Relaciona el presente con el pasado, y con ello, el futuro con el presente”

“La piedra que aun no existe, no puede comenzar a ser ahora, como no sea producida por una cosa que posea en sí”

Tres litros de agua tan sólo son un instante fugaz si no llego a comprender lo que las paredes me están intentando decir a través de estos libros defenestrados. Thoreau, Russell y Descartes han sido los últimos títeres arrojados y la ventriloquia del tabique sigue siendo indescifrable para mi razón. Me da miedo continuar el viaje y descuidar la interpretación de los signos, el descifrado de los mensajes murales, será mejor recurrir a su diario, superviviente en este caos inverosímil, sí, el diario que Ella redactó durante esos trayectos, las notas escuetas que con la templanza de un cirujano acoplan el bisturí afilado y diseccionan nuestro viaje para poder así observar con claridad diáfana, el interior de unos días memorizados.

Día 16 (martes): Salida en autobús a las 22h. Casi no he parado. Detrás de nosotros unas brujas amargadas no nos dejan poner el asiento para atrás. Video: Leyendas de Pasión.

Día 17 (miércoles): No se ha hecho excesivamente pesado. Desayuno Pasando Poitiers (donde han bajado las brujas.) Comida cerca del Eurotúnel. Entrada en él a las 17h. Duración del recorrido 30 minutos. Se nota la presión en los oídos y los vaivenes del tren. En aduana nos han revisado el equipaje. Llegada a Londres. Victoria Station. Apabullante. El metro imposible. En autobús hasta el hotel (muy bien.) Pub, cena y a dormir.

Día 18 (jueves): Desayuno de pastas y zumo en el hotel. Visita al British Museum (sala egipcia y asiria), la sala medieval está cerrada por huelga de personal. Huelga de metros. Comida en Pub Museum (enfrente). Oficina de información en Victoria Station. El autobús para Edimburgo sale mañana a las 11h. Dormir en B&B cercano (muy bien). La Oxford Street es imposible (caos). Resulta muy curioso que a las 23h todavía haya luz.

Día 19 (viernes): Primer desayuno inglés. A él le cae fatal. En el B&B no hay ducha. Salida a Victoria Station. Viaje en el autobús. Salida a las 11h y llegada a Edimburgo a las 19'00. El paisaje va cambiando muy lentamente, como el cielo. Esperaba montañas más salvajes pero todavía no las he visto. En Edimburgo buscamos información y nos reservan una habitación lujosa por setenta libras (timo). Cenamos en el hotel y estudiamos ruta.

Día 20 (sábado): Salida de Edimburgo hacia John O'Groats (el final de Escocia). No hay pueblo, sólo unos cuantos B&B esparcidos por la carretera. Muy montado para el turismo. Me encuentro, nos encontramos como en casa. Un pequeño puerto y un camping. Los horarios de autobús son un lío. Mañana no hay.

Día 21 (domingo): Excursión de todo el día a Orkney Islands. El ferry es pequeño, hay mucha niebla espesa. Los marineros buscan el puerto oteando el horizonte, no se ve nada. Allí un autobús nos espera y hacemos un recorrido por tres islas, hasta Scara Brae. El tiempo empeora. Lluvia y vientos típicos de

Escocia. Tengo miedo al mar. No hay ni un solo árbol. Casas desperdigadas en las bahías y montañas redondas. Es otro mundo. El tiempo finalmente mejora y a la salida vemos focas tomando el sol en el mismo puerto de orkneys. ¡Viaje apasionante! Dormimos por fin en John O'Groats.

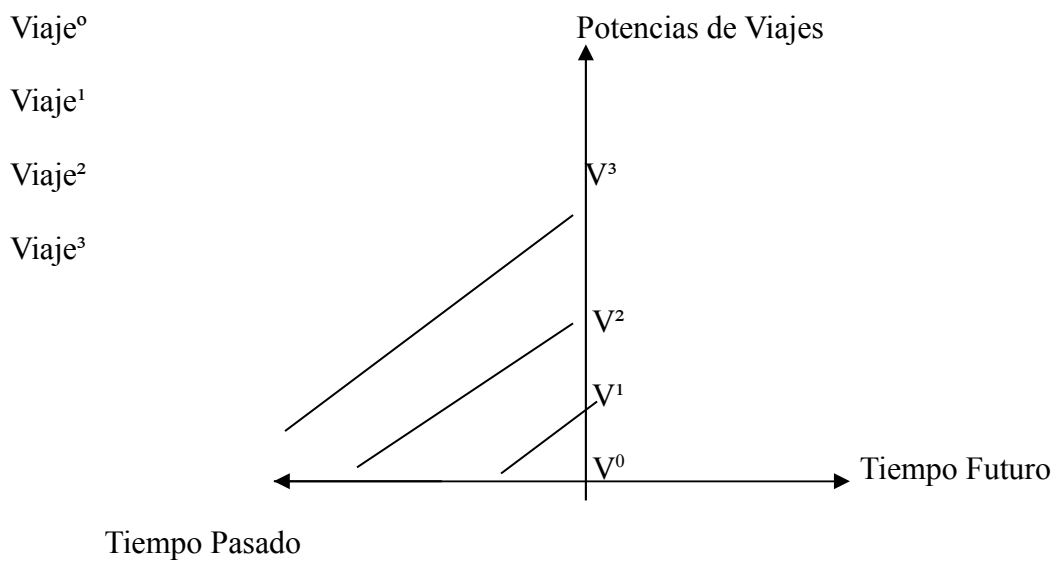
Día 22 (lunes): Esperamos salir hacia no sé dónde. ¿Quizás Glasgow? Sí, efectivamente, esperamos cuatro horas para salir hacia Londres de noche, así ganamos un día. Esas cuatro horas en Glasgow fueron espantosas. Mendigos, borrachos y locos invadiendo la estación. He llegado a tener verdadero pánico. Experiencia horrorosa. En el autobús había neuróticos y gente que parecía escapada de Sing-Sing. De madrugada nos sueltan en un apeadero de autobuses lleno de hindúes borrachos (nuevamente pánico).

Día 23 (martes): Continuamos viaje hacia Exeter pasando por Londres. Es el mismo paisaje verde aburrido de siempre. Viaje agotador hasta Exeter. Enlazamos con un autobús hasta Bude. ¡Por fin paramos aquí! El B&B está muy bien, ducha, cena y a dormir. Es un pueblo turístico. Llamada a Castilla y echamos todas las postales. Agotamiento atroz.

El mismo agotamiento que me obliga a parar de escribir, que me empuja la cabeza hasta conseguir que toque con la frente sudada el manuscrito, de letra ya insegura y confusa, ese sudor que intenta devolver el agua consumida a su envase original, para así alargar el tiempo de mi vida, para dejar que mi mente razone e hile cada una de esas frases surgidas del suelo, gritadas silenciosamente y a mis espaldas por esa pared que se dirige inexorablemente hacia mi cuerpo con la finalidad de aplastarlo y triturarlo.

Pero si no duermo no puedo pensar, la vigilia obnubila mi mente al mismo tiempo que el amoniaco del ambiente me intoxica. No hago caso a las voces de idiomas incomprensibles ni a las caras de ojos vacíos, todo ello responde a la falta de comida. El diario de Ella me puede salvar, así no tendré que detenerme más tiempo del preciso. Ella es exacta, geométrica, ¡qué gran favor me hace! ¿Dónde estás?, quiero recuperar tu carne de amapolas, quiero oler tu río cristalino.

SIN LO QUE NO EXISTE NADA PUEDE EXISTIR.



V^0 = presente que nunca existe, viaje (sueño) inexistente.

V^3 = relato x protagonista x testigo.

V^2 = protagonista x testigo.

V^1 = relato.

V^0 = ni relato, ni protagonista, ni testigo. Sólo phantasma.

—

Pero $V^0 = 1 \rightarrow$ la unidad no existe y es tan quimérica como el presente.

Estas son las fórmulas de aquella oscuridad catártica, de aquella prolongación de mi vista y mi oído, fórmulas rescatadas de mi muladar privado, donde yacían amortajando restos de una vida descompuesta, mortaja de heces desconcertadas, de festín de moscas sabias e indecentes.

Si V^0 es el viaje presente y si el presente no existe porque nunca puede ser retenido, sólo imaginado, entonces V^0 tampoco puede ser real sino figurado o no existente. V^0 es la frontera entre la realidad y la irrealidad, entre pasado y futuro, el otro lado del espejo, así que V^0 es el viaje inexistente,

pero que según la Gran Paradoja, es al mismo tiempo esencial para que existan los otros. Sin V^0 no pueden concebirse $V^1, V^2, V^3 \dots V^n$. No cabe duda que V^0 puede resultarme de utilidad, ¿pero cómo?, él es la base de la Gran Paradoja, gracias a él pude deducirla contemplando aquellos desconchados que parecían mapas en la pared, pero a partir de entonces todo cambió, anduve naufragando por un terrible oleaje de asfalto y aparecí en mi nave de tamaño reducido, sin ventana, sin puerta, ahora comprendo el sentido de aquellos poetas vocingleros. Todos me avisaban del peligro, todos me lanzaban consejos al hablarme de ventanas, del tiempo, de viajes y oscuridad. Cómo pude ser tan torpe y no entender lo que ahora se me presenta tan clara y diáfana. Pobres poetas incomprendidos, científicos de papel que sueñan con iluminar los rincones oscuros de nuestras vidas. Qué estúpido fui, despabilando la llama de sus poemas. Jugaba con fuego y ellos lo sabían, no se puede juntar tanto viaje pretérito sin obtener un resultado sorprendente. Existe la alquimia del viaje, mi amigo astronauta lo sabe, por eso se puso la escafandra y salió al espacio distante, para evitar ser engullido por la Gran Paradoja. He viajado demasiadas veces en un mismo tiempo y eso acaba pasando factura, todos esperan una respuesta, Bouganville, Pigafetta, Cabeza de Vaca, Magallanes, Hernán Cortés, Aouturu, Colón, Tasman, Cook y Darwin no pueden permitir que siga juntando elementos viajeros en proporciones inconscientes, existe la justa medida, la correcta proporción, los niveles de existencia y ellos también lo saben, me han llevado hacia su mundo, hacia sus propios viajes y ahora cada uno quiere su parte de recompensa. No tengo el sentido de la proporción, yo empecé todo esto con un lento caminar y ahora necesito correr como incauto inoculado con extraño veneno. Tarantela viajera que agotas mis nervios hasta extenuarme.

Día 24 (miércoles): Salida sin mochilas hacia Tintagel. Excursión de media hora en autobús. El sitio es precioso pero muy turístico. El castillo del Rey Arturo es fabuloso, los turistas están por todas partes rompiendo la imaginación. Compramos algunos regalos en una tienda de curiosidades. Comida vegetariana y vuelta a Bude a comprar más regalos.

$V^2 = \text{protagonista} \times \text{testigo}$

Si protagonista = X

Si testigo = Y

Entonces $V^2 = X \cdot Y$

“Entonces Moisés les dijo: Cuando nos aparece la verdad ¿por qué preguntáis si es magia? Los mágicos no prosperarán.

Luego $V = \sqrt{X \cdot Y}$, esa es la esencia del viaje, la raíz del producto del protagonista por la del testigo, teniendo en cuenta además que ambas son distintas visiones de un mismo viajero, protagonista de tu viaje y testigo del viaje de otro, viajar observando los otros viajes con los que te cruzas. Pero ¿qué es entonces esa $\sqrt{X \cdot Y}$?, ¿esa esencia?

$$\sqrt{X \cdot Y} = \sqrt{X} \cdot \sqrt{Y}$$

Si consideramos que $\sqrt{X} = \alpha$, y $\sqrt{Y} = \beta$, podemos deducir que $\alpha^2 = X$, y que $\beta^2 = Y$

¿Qué es, por lo tanto, eso que multiplicado por sí mismo da como resultado al protagonista, de una parte, y al testigo de la otra?. Está claro que $\alpha = yo$ y que $\beta = -yo$.

Así que α no puede ser otra cosa que yo mismo, yo como protagonista del viaje y β ha de ser el no yo, lo otro, lo observable, los viajes interpuestos al mío. No queda más que seguir deduciendo.

$$\alpha = yo; \beta = -yo, \text{ luego } \alpha^2 = (yo)^2 \text{ y por ende } \beta^2 = (-yo)^2$$

“Soñamos con viajes por el universo; pero el universo ¿no está dentro de nosotros? No conocemos las profundidades de nuestro espíritu. El camino más secreto se dirige hacia el interior. En nosotros o en ninguna parte está la eternidad con sus mundos, el pasado y el futuro”.

Debido a las más elementales operaciones matemáticas, sabemos que toda potencia de base negativa y exponente al cuadrado, resulta igual a la misma potencia con base positiva y exponente asimismo cuadrado, con lo que $(-yo)^2 = (yo)^2$, de manera que no queda otra conclusión que la afirmación de que el producto de mi yo por mi yo, resulta igual al producto de lo no yo por lo no yo.

Así que la única diferencia entre yo y lo que me rodea no es sino la naturaleza del producto.

Todavía quedan dos litros de agua, ya no expulso heces, tengo que regresar al triángulo aporético, no hay tiempo para continuar mi viaje a la última casa, con su diario está todo ya dicho, bueno todo no.

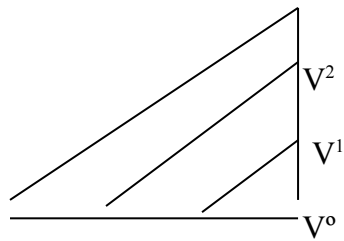
Día 25 (jueves): Salida hacia Salisbury a las 10'15, llegada a nuestro destino a las seis de la tarde. Aunque no hay mas de doscientos kilómetros tardamos ocho horas en llegar, por todas las desviaciones que hace el autobús, ¡es increíble! No hemos comprado todos los regalos. Esperamos hacerlo en Salisbury. ¡Otro día pesado de autobús! Intentaremos ver por la tarde Stonehenge. No ha sido posible, a las siete ya está todo cerrado. No hemos visto B&B y estamos en un hotel. Dejamos los trastos y nos vamos a ver la catedral. Es preciosa pero las de España no le tienen nada que envidiar, salvo que ésta está mejor cuidada.

Día 26 (viernes): Casi no he dormido porque estoy nerviosa. Nos falta ver Stonehenge, comprar lo que falta y llegar a Londres antes de las diez de la noche. Con las vueltas que da el autobús tenemos miedo que para hacer cien kilómetros tardemos diez horas. No sé cómo se resolverá el día.

El diario no termina con la resolución del día, quizás por no recordar a los niños del autobús, quizás por no rememorar el espectáculo de toda aquella turbamulta de gente rodeando unas inmensas piedras colocadas allí hacía más de tres mil años y a las que nadie miraba porque todos escuchaban ensimismados unos telefonillos que repartían al bajarte del coche de línea y de los que salía una vocecilla en diferentes idiomas seleccionables, contándote la historia de ese mágico lugar, telefonillos que, por un extraño poder, incitaban a todos los concurrentes a mirar hacia el cielo, al suelo o la inmensa y vacía

pradera, a todo menos al conjunto megalítico, muy pocos eran los que optaron por combinar las explicaciones telefónicas y el espectáculo pétreo de Stonehenge.

Ni el calor, ni el sudor, ni el olor me afectan en este último tramo, no puedo estirar los brazos sin tocar las paredes opresoras, también los excrementos de días anteriores se aproximan con ellas, y los libros despeñados y la hora de la resolución, de una resolución que quizás no pueda nunca contar porque cuando resuelves un enigma cambias de mundo, del mundo anterior al posterior y todo atravesando una débil gasa que antes parecía muro insalvable. ¿Cómo se puede explicar ese milagro?, es mejor no hacerlo, limitarse a relatar la otra cara del viaje, el mundo al que ahora perteneces, pero el viaje^o no puedes describirlo porque no existe, y sin embargo es el que te ha permitido traspasar lo infranqueable, encontrar lo perdido, descubrir lo oculto, continuar tu vida más allá de lo separado y calculado. No se puede medir la duración de un viaje^o, ¿segundos?, ¿horas?, ¿días?, ¿años?, ¿vidas?, todo y nada, qué más da, sólo el agua limita mi investigación, el agua del que todos procedemos, ese líquido que un buen día comenzó a inundar este planeta, sabiendo de antemano que del suelo impregnado por su lluvia acabarían brotando esquejes de estupidez. Las alucinaciones no deben impedirme razonar ni investigar, ellas sólo quieren comida y agua en abundancia, cosas que yo no les puedo proporcionar, por lo que tendrán que pasar hambre y sed, total esto no puede durar mucho, tres o cuatro días, no creo que más, incluso menos si las paredes continúan su ritmo de avance. El último aviso era más claro, el grito de Novalis, “*el camino más secreto se dirige hacia el interior*”, es allí donde tengo que ir, pero ¿cómo?



Tiempo

Como la única manera que tengo de equipararme a lo que no soy yo, es mediante la naturaleza del producto de mí mismo, he de considerar mi $(yo)^2$ para poder salir de él

$(yo)^2 = \alpha^2$ como ya vimos antes y $\alpha^2 = X$; luego si estamos de acuerdo en que:

$(yo)^2 = (-yo)^2$, entonces $\alpha^2 = \beta^2$; y si el viaje² $V^2 = X \cdot Y$, es decir al producto del protagonista por el testigo, y además por otra parte, teniendo en cuenta que este viaje que antes considerábamos como viaje¹, es en realidad un viaje² si me contemplo como testigo de mí mismo, las variables X e Y quedarían igualadas $X = Y$. Con lo cual en mi caso $V^2 = X^2$, o también gracias a la última igualdad $V^2 = Y^2$. Testigo y protagonista se funden en lo mismo pues como ya he dicho, soy el protagonista de este viaje literario y a la vez testigo de los viajes con los que me cruzo que no son sino mis propios viajes, mi Darwin, mi Pigafetta, mi Bouganville, todos ellos interiorizados, todos ellos utilizados como diferentes máscaras con la que esquivo mi natural faz. Pero ¿qué me une con el tiempo?, ¿cómo puedo encontrar ese camino interior del que tanto me están hablando, y que parece la única vía posible de escape? El Corán y Novalis han sido un poco parcos en palabras.

Κακεια δε προσεπιλεγει ο του Νικομαχον οτι της αυτης ημερας ποτε και κατα
τεν αυτην ωραν και εν Μεταποντιω ωφθη υπο πολλων και εν Κροτωνι.

Me cuesta mucho escribir, los sentidos se me confunden unos con otros, veo una voz clara y limpia delante de mí, entre mi cabeza y el papel, que me canta con voz pálida melodías de cristal marino, canciones de piedra y musgo, tonadas de tiempo confuso. La voz me mira impasible y yo no sé que decirle, mientras observo mis dos litros de agua, mi vida encerrada en botella de plástico. ¿Cómo puedo convertir esos dos litros en un mar donde cetacear? ¿Cómo puedo meterme dentro de esa botella y así no tener que beber su agua? La voz no me responde y se va corriendo, quizás molesta por mis cuestiones, pero viene otra, de color azul, sí, una graciosa voz azul, con aires que me adormecen entre mis orines, a esa voz no le importa toda esta sobredosis humana, nada tiene que oler ni que tocar, sólo quiere que la contemplemos desde nuestra templanza, me duerme su azulado timbre, su dulce registro, dulce y caliente como castaña invernal recién sacada del horno, pero tampoco esta voz contesta mis preguntas, sólo baila y salta y ríe, es voz juguetona, sin cara ni ojos, sin pelo ni pies, sólo su voz es suficiente para interponerse en mi viaje, ese viaje que no logré resumir como lo hizo Ella, con su concisión, con su bisturí de resina, de ámbar milenario, conocedor de todos los secretos y de todos los murmullos, ámbar transparente y sabio, amigo de una savia ancestral y de tímida vida, ese viaje que me retiene la vida porque ni sé salir de él ni puedo volver a su regazo, yo sólo quiero meter mis manos en aquel agua enigmática, para sentir el alma de sus ojos, ojos oceánicos de visión pulida, viaje que no he sabido relatar como hubiera hecho cualquier viajero que se precie, porque no he podido diferenciar entre un camino y el otro, porque me detuve

demasiado tiempo contemplando una seta en la cuneta esperando ver salir al enanito verde que me habían prometido, pero yo no vi nada, sólo vi una lombriz de tierra paseando por sus alrededores, y nada me contó, sólo vi luces diminutas que me cogían del brazo para invitarme a bailar, pero yo no bailé, ese viaje que nunca sé si ha ocurrido o si tiene que ocurrir como tampoco sé si he nacido o tengo que nacer, qué más da, ya lo dije, siempre es lo mismo, sólo cambiamos de monstruo, de una barriga a la otra, de esta ballena a aquella, y este viaje es mi gran cetáceo, como otra vez lo fueron el faro y su acantilado, como luego lo fue el asfalto, como lo fue mi madre, como lo es Ella, como lo será esa botella de agua que me contempla con sus dos litros mirones, impacientes por saber qué ocurrirá, rabiosos de curiosidad, terriblemente circunspectos y serios, pero nada obtendrán con su comportamiento, nada sino ser orinados y expulsados encima del resto de excrementos que ya se esparcen por el poco suelo que estas movedizas paredes le dejan a mi emparedada habitación, los violines ocupan el lugar de la voz y danzan alrededor de mi cabeza, me golpean con sus acordes y se ríen de la sonoridad de mi alma, la encuentran seca y sin resonancia, pero no dejan de saltar y brincar, queridos violines de invisible color, de oculta mirada, de aire vegetal, no puedo sino marearme ante vuestra despampanante vitalidad y me duermo y me muero, pero no puedo dejar de existir mientras sonáis, no puedo dejar este viaje sin concluir, aunque me aplasten las paredes, aunque acabe entre estos tabiques como alma entre carnes absolutistas. ¿Dónde está Ella?, quizás con su bisturí de ámbar pueda abrir estos muros, quizás con su caliente mirada pueda fundir los ladrillos de esta cárcel, esa mirada que no quiso ver cómo se masturbaban mutuamente los niños del autobús, cuando se sentaron uno junto al otro, aquellos pequeños de aspecto inocente y muñecos adosados, aquellas extrañas criaturas que desde los asientos contiguos a los nuestros desafiaban a una vida temblorosa, sin

pensar en nada más que retener para ellos la savia de un árbol de hojas caducas y caídas por un otoño prematuro, la mirada que no pudo soportar la conclusión de aquel acto y las manos regordetas de aquella niña rubia, impregnadas de un semen todavía infantil, como jabón de juguetona intención, esa mirada que descubrió con asombro la naturaleza fraternal de esos pequeños viciosos y que se quedó observando el cálido recibimiento en la Victoria Coach Station, que unos padres ingleses daban a sus rubios retoños que no eran sino el producto de otro acto juguetón aunque quizás no consumado en un autobús y seguro que no desperdiciado entre las manos de una madre ahora orgullosa de poder besar a sus queridísimos hijos, esa mirada que tampoco pudo deleitarse con aquellas focas de vida quiescente que se rascaban la barriga cuando nuestro barco pasaba cerca de ellas, esa mirada que sólo podía ver unas olas rompientes sin ser consciente que en realidad estaban formadas por una de las corrientes marinas más fuertes de Europa, porque nuestro barco siguió despreocupado, tan despreocupado como estos violines saltarines que rodean mi cabeza, como esas focas tomando el sol en piedras resbaladizas sabiéndose poseedoras de la vida, a diferencia del extraño pez flotante con gaviotas ápteras en su interior que las contempla a distancia prudente, sabedoras del privilegio de ser focas, de ser animales, con un tiempo desconocido, desconocido porque nunca hicieron pacto alguno con él, porque no pueden cronometrar una vida infinita, porque para ellas el agua no mide, sólo canta, pero mi agua me dice cosas horribles. ¿Por qué me contáis esas cosas? ¿Por qué me humilláis y me reducís a días o minutos? ¿Por qué llegan antes las cartas sin dirección, enviadas al aire, al infinito? Una jarra de cerveza boca abajo pasea por mi mesa como caballero decimonónico, sin bastón pero con la misma elegancia, contemplando un paisaje de letras que no parece asustarle, jarra seria pero segura de sí misma, a veces se vuelve y me sonrío, tiene bigotes, sí, se atusa

decimonómicamente los mostachos; los violines, ahora más calmados y más invisibles que antes, no le impiden su caminar, sólo continúan girando en mi rededor, como satélites de un planeta reseco y con el centro ya frío, un planeta que no sabe cómo continuar su órbita.

Un sorbo más, algo más de agua para mi interior y algo menos para el exterior, balanza de imposible equilibrio, equilibrio utópico que nunca podré alcanzar. Como ese otro equilibrio con el que sueña la mente de mis compañeros de viaje, el equilibrio entre la vida y la muerte, como ese equilibrio que los colores intentan conseguir cuando caen en el pozo sin fondo de un desequilibrado pintor. Con este penúltimo sorbo parece que se me recupera la normalidad del pulso, con su ritmo regular que ahuyenta voces y violines, que me permite un último impulso, un último aliento antes de ser engullido por estas fauces de ladrillo, agua viajera, espejo de latitudes y longitudes, mapa de utopías y cacotopías, agua cristalina y proteica que lo mismo das la vida como la quitas, ni tu falta ni tu exceso, sólo tu justa medida, tu equilibrio, nos proporciona el camino ortodoxo, pero ¿y el otro?, los otros son caminos de vino y cerveza, de miedo y de sangre, pero no caminos de agua.

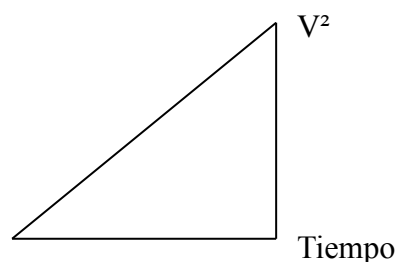
“El hijo de Nicómaco añade que fue visto por mucha gente una vez, el mismo día y a la misma hora en Melaponto y en Crotona”

Último aviso, como ese que sale de las megafonías de las estaciones, no de estaciones morcilleras de orines eremitas, sino de esas otras de ánimo joven y aventurero, que te espetan con voz arrogante un ultimátum de embarque, amenazándote con perder el derecho a un viaje único, irreplicable, amenaza o sentencia. Las paredes han arrojado su último libro, no podrán hablarme más, ya no quedan volúmenes sobre sus vacías estanterías, y su último aviso lo han enviado en griego, ¿por qué? Sólo este poquito de

agua traductora me ha permitido reponer las fuerzas para soportar consciente el pis que impregna la tela de mis pantalones, ¿por qué mi último mensaje ha sido emitido en esa extraña lengua que un día conocí? La botella ya casi vacía me mira con sus ojos azules y me permite recordar que esa agua griega ὕδρω era al mismo tiempo agua y ola, lluvia y sudor, canal y tiempo, sí, ¡tiempo!, el tiempo de la clepsidra, cómo no me di cuenta antes, mi clepsidra escrutadora, esta clepsidra embotellada que vierte gota a gota el resto de mi vida, contando cada instante almacenado y ahora tan escasos como preciosos, clepsidras que cronometraron muchos ríos de historia, clepsidras de Carlo Magno y de Alfonso X el sabio, aguas goteadas hoy agotadas, como agotada está mi alma de tanto esperar la resolución de este terco viaje polimorfo. El hijo de Nicómaco era Aristóteles y éste no puede referirse, en ese fragmento traducido, sino a Pitágoras, por aquello de la famosa bilocación del sabio de Samos. Más agua y más calma para seguir escudriñando un mensaje de últimas consecuencias, como esos que les daban las madres a sus hijas antes de entregarlas en matrimonio, o como aquellos que les gritarán los obedientes de Cortés a todos esos jefes que pronto serían quemados y empalados, consejos de última hora, de last minute, de un último momento que dejará de existir con unas consecuencias siempre desconocidas, el último consejo del cura que imparte la extremaunción, sordo de la advertencia que al mismo tiempo el moribundo le está susurrando al cura, ese mismo cura sordo también al lamento de unos niños sonrojados por robar aquello que sólo la manzana encierra dentro de su corazón. Mi último consejo no puede dejarme impasible y permitir que me aplasten estos muros como el moribundo deja que le aplaste la muerte, abrazado a una extremaunción que ningún chamán de preciada reputación, querría para sí y para los suyos. Pitágoras de Samos ha de agotar mi agua goteante, pero no con sus acusmatas, ni con su música de las esferas, ni con su muslo de oro, ni con sus

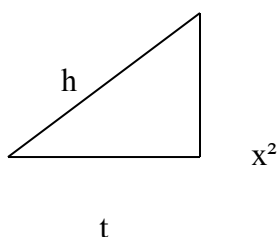
prescripciones gastronómicas, sino con su teorema, que seguramente es tan suyo como mío pero que ahora lleva su nombre, como los perros llevan el suyo, sin saber muy bien por qué pero obedeciendo cuando lo oyen, como obedecen las putas las órdenes que el chulo les da para joder al personal, como me jodieron a mi todos aquellos que bailaban al son de la petulancia, agarrados a unas barras que todavía miran a las estrellas de un cielo plumizo y de amenazadora lluvia, lluvia de cuerpos disecados por la taxidermia que les impone su estupidez. Mi Pitágoras mira a un cielo diferente, el de la panza de burro, de ese asno de orejas barométricas sabedoras del tiempo por venir y por pasar, sabedoras de muchas cosas que los mortales desconocemos por miserables, embarrados y estrellados. Mi Pitágoras mira al triángulo aporético, el mismo que me dejó a oscuras y me condujo a un mundo de asfalto lapidario, el triángulo que encierra con sus tres lados la trinidad de un alma tridimensional, el triángulo que tengo que descifrar para traspasar el duro velo que me separa de un espejo en el que nunca me miré.

Un reprimido trago, un último litro de vida, una última mirada a la voz azul que vuelve más azul que nunca para desearme buen viaje, para escapar de estos pesados muros de fauces planas que ya tocan mi espalda, que ya noto con su fuerza jurásica abrazando mis costillas.



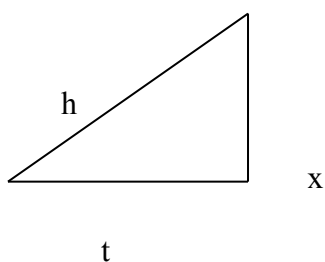
Triángulo aporético de la gran paradoja.

Si en uno de los catetos tenemos el viaje al cuadrado, que podríamos convertir por lo dicho antes en X^2 o en Y^2 , es decir $V^2 = X^2 = Y^2$, tendremos que la relación de mi cuadrado con el tiempo depende de la hipotenusa que los une, y ¿no es acaso un tipo de bilocación el cuadrado de mí mismo como yo, o de mí mismo como testigo de mí mismo? Seguramente Pitágoras llegó a estas conclusiones, con lo que entonces el teorema llevaría el nombre justamente atribuido, aunque ya existiera con anterioridad en manos sumerias. La bilocación perdida ha de recuperar mi otro X o mi otro Y, según se mire. Debo de estar en algún lugar pero no sé dónde, y si me dejo aplastar ¿qué ocurrirá con mi otro yo?



$h^2 = (x^2)^2 + t^2 \dots$ pero esa no sería la fórmula correcta para poder salir de aquí, puesto que si estoy bilocado no debo aplicarme un x^2 , sino solamente un x o un y , ya que el otro factor del producto se encuentra en paradero desconocido, se quedó detrás del túnel o se ahogó en el mar de asfalto, quizás sólo quede yo de mi x^2 original, quizás no hay salida posible, pero entonces para qué tanto griterío de aquellos poetas que intentaban impedir mi marcha, para qué ahora todos estos libros

deslomados al caer boca arriba sobre este suelo de resbaladizas heces. No, mi fórmula ha de ser la sencilla:



$$h^2 = x^2 + t^2$$

Pero si $h^2 = x^2 + t^2$

$$x^2 = h^2 - t^2$$

$$x = \sqrt{h^2 - t^2} \quad , \text{ pero no me interesa despejar } x \text{ sino } h, \text{ la}$$

hipotenusa del triángulo que me relaciona a mí con el tiempo, luego:

$$h^2 = x^2 + t^2$$

$h = \sqrt{x^2 + t^2}$ aunque por otra parte, h ya sé que es la relación que me une con el tiempo, con lo que quizás sea mejor profundizar en mí como x y no como x^2 :

$$x^2 = h^2 - t^2$$

$$(x \cdot x) = h^2 - t^2$$

$$x = h^2 - t^2 / x$$

Es decir, que yo sólo me puedo concebir a mi mismo como el yo esencial (el x) que contiene en sí mismo ese $h^2 - t^2$

Si consigo discurrir lo que refleja $h^2 - t^2$, podré llegar a la esencia de mi yo. Si h es la hipotenusa que une el tiempo, en este caso tiempo pasado, con mi viaje V^2 , entonces h es lo que permite concebir mi viaje en un tiempo concreto, t. Pero aquí viene el quid de la cuestión, pues x, es decir el yo diseccionado, separado de ese x^2 que todos somos en nuestro estado habitual, depende de la diferencia entre h^2 y t^2 , es decir la diferencia entre h sumada a sí misma h veces y la de t sumada a sí misma t veces. El salto final nos lleva a la conclusión de que a t no le podemos asignar un valor concreto ya que en realidad ni $t = 0$ ni V^0 existen.

Si $t = 0$, es decir el presente, no existe, puesto que en el momento de aplicarle dicho valor cero deja instantáneamente de tener el valor asignado, sólo podemos deducir que $t = \infty$ y que por lo tanto, siguiendo las más elementales leyes de potencias $t^2 = \infty$ y por ende:

$$X = \frac{h^2 - t^2}{X} = \frac{h^2 - \infty}{X}$$

Es irrefutable por lo tanto, que yo albergo el infinito dentro de mi ser, de mí mismo, de x, exactamente como Novalis me advertía en una de esas caídas parlanchinas. Mi clepsidra particular me avisa del último sorbo litro. Trago para descifrar mi propio infinito.

“Dios es a la vez lo más grande y lo más pequeño, en una perfecta coincidentia oppositum... el nivel inferior del conocimiento humano es la percepción sensible. Los sentidos por sí mismos, simplemente afirman. Es cuando alcanzamos el nivel de la razón cuando hay al mismo tiempo afirmación y negación. La razón discursiva está gobernada por el principio de contradicción... todo conocimiento por medio de la razón discursiva es aproximado, y toda ciencia es conjetura”

“Cada cosa individual refleja el universo entero. Toda cosa existente contrae todas las demás cosas de modo que el universo existe contraído en cada cosa finita”.

“Conocemos un mundo en el que una cosa sucede siempre a la otra sin que haya un abismo último por donde fluyan irreparablemente a la nada, como escapando de la mano del artesano... porque del infinito nace siempre nueva abundancia de materia”.

He ingerido de golpe el agua que me quedaba. Me arriesgo. Creo haber entendido la resolución de este acertijo. Estos viejos párrafos que he podido encontrar entre todos esos deteriorados libros, me lo confirman y si no es así, ya nada podré hacer, pero al menos lo habré intentado. Las fórmulas me lo han descubierto: todos somos x^2 y nuestras vidas son ya, por sí mismas, un viaje al cuadrado.

Al hacerse mi primera oscuridad, comenzó el desplome de libros, tomos que como ya he dicho, recogí y apilé sin hacer caso del estado en que se encontraban, con sus páginas entreabiertas, con sus mensajes dispuestos como regalos navideños, así que rebuscando entre todo ese amasijo maloliente, he logrado recordar que de entre todos aquellos volúmenes caídos se encontraban sendos libros de Nicolás de Cusa y de Giordano Bruno, y justo a ellos he recurrido, a las hojas que conservaban todavía las marcas de la doblez que se les formó al estrellarse contra el suelo, y efectivamente, estos debían de ser sus mensajes. Ahora me atrevo a tomar mi última decisión: mediante la razón nunca podré encontrar la puerta perdida, sólo los sentidos, ese primitivo medio de conocimiento puede hacerlo, así que no pensaré más, he bebido de un solo trago todo el agua que me quedaba, y ahora apagaré la luz. He recuperado momentáneamente una cordura que me recuerda tiempos lejanos, pero sé que pasará, sé que mi cuerpo me llevará hacia la puerta, como de hecho lo estaba haciendo sin darme yo cuenta de ello, entorpeciendo estúpidamente su propósito. Me ha sido difícil llegar hasta aquí y tampoco estoy completamente seguro de lo que he hecho,

pero no tengo tiempo para emprender ninguna otra alternativa, una de las paredes presiona mi espalda mientras que la otra empuja la mesa sobre la que escribo, incrustándose su borde en un pecho al que ya le cuesta respirar. Sé que volverán las voces y los sonidos, las luces y los mareos, sé que recuperaré una forma de sumergirme en ese mundo de visibilidad difícil, esperando sentado la sentencia, como esos condenados esperan la electricidad que les abra bruscamente las puertas del muro del miedo, como hace tiempo esperaban los agarrotados miembros de aquellos pobres diablos que se encontraban a punto de ser desnucados por un garrote tan vil como esos penes violadores que no respetan los muros de la vergüenza. Otra vez el sudor, mejor, así antes aparecerán, así antes resolveré este enigma en un sentido o en otro. Mi clepsidra se ha parado, el tic-tac de sus ojos ya no me contempla, todo está mudo, ya nada se relaciona conmigo en este reducido y apestoso espacio, mi nave miniatura, mi letrina liliputiense. Qué silencio más espectral. No puedo siquiera girarme para reconocer la cara de mi pared asesina, para mirarle a sus ojos de verdugo obediente. Sólo una postura, sólo una manera de huir, mediante la quietud más absoluta, nueva paradoja, la carrera estática, Zenón hablaba más en serio de lo que nunca hemos pensado. Al menos me queda un pequeño movimiento de manos y cabeza, el de las manos para escribir y el de la cabeza para soñar. ¿Qué hora será?, buena señal, no pensaba en eso desde hace... ¿cuánto?, pero aquí no hay tiempo, sólo un reloj de agua parado e irreparable, su tiempo se agotó. Podría romperme la cabeza golpeándola repetidas veces hacia atrás, aplastándola contra mi sorprendido verdugo. Podría clavarme alguno de estos bolígrafos en los ojos o tragarme todos los papeles de mi mesa. Podría arrancarme a mordiscos las venas de mis muñecas, beber su sangre para ser consciente de mi desesperación. Podría desgarrarme los testículos con alguna de mis manos y cambiar la escritura por la castración. Podría también intentar

torcerme el cuello aplicando a mi cabeza un par de fuerzas ejercidas por mis brazos, incluso podría estrangularme a mí mismo, dos manos dan para mucho, dos manos resumen la historia de la humanidad como el agua resume la historia de la vida, estas manos de uñas repletas de desechos pegadizos, desechos que se pegan a mi ser como el pequeño orangután lo hace con su madre, desechos de horas olvidadas, aquellos momentos de angustia que respondían nerviosamente a mis preguntas huérfanas. Se me acelera el pulso sin saber donde dirigir sus pasos, sólo anda más rápido, mi corazón quiere escapar de esta cárcel que le impongo. Más deprisa, más deprisa, sus latidos golpean cada parte de mi inmóvil cuerpo, ese cuerpo de piel flácida y apergaminada, latidos en la oscuridad, corazón negro, ojos abiertos al vacío a un vacío infinito, de donde nada quiero pensar, un vacío de mirada penetrante, ciega pero penetrante como agujas de mármol. Desde aquí no puedo distinguir la verdad, ni tampoco la mentira, no puedo contemplar la maldad ni siquiera la indiferencia, es la impotencia total, la omniimpotencia, el antidiós, sólo una incipiente erección me recuerda la existencia de un sexo obsoleto, todo me duele, la inmovilidad es más dolorosa que el puñal, porque éste solamente se hunde por un lugar concreto de tu carne, pero la otra, la quietud de un cuerpo sometido y paralizado, esa penetra por cada centímetro de tu existencia. Sólo el sexo permanece aislado como queriendo alzarse en rebeldía y protestar por la injusticia de su inutilidad. No puedo beber, de la comida ya ni me acuerdo, no puedo caerme, sólo reclinarme sobre esta mesa, donde comienza un sórdido espectáculo. El show de unas manos ensangrentadas, de unas manos prensoras de sexos, de unas garras asesinas especializadas en abrir yugulares. ¡Bonito espectáculo!, vaya manos que sujetan ese estúpido bolígrafo, hipócritas y traicioneras, vaya par de farsantes que no paran de realizar un acto del que nada saben, estupradoras de un oficio maniqueo, porque o escribes o no escribes, pero no

puedes quedarte en una mitad absurda. De qué te sirven esas zafias y enmerdadas extremidades si no las utilizas para nada de provecho, si no puedes coger con ellas ese acorde que grita en tus propias narices, de que te sirven si por más que intentes ahuyentarlos como a moscas pejugueras, ellos se reproducen y rodean la cabeza burlándose de tu patético aspecto, acordes engreídos que no saben respetar la sordera de quien no quiere oír, acordes que apuñalan mis costados y dejan entrar por los orificios un aire viciado y corrompido, acordes que giran en mi rededor igual que peonzas bufonas y descaradas. Maldita música descorazonadora, porque me arranca el corazón para comérselo a bocados y escupirlo después en la misma mesa donde intento terminar las líneas de mi existencia, si supieran lo que hacen, si se fueran de mi presencia podría silenciar mi vida, esa vida que me sale por entre las narices, porque de ella tiran con insistencia estos malditos instrumentos, sí, este miserable cuarteto obsesivo, que pretende succionarme a la manera de vulgares vampiros la poca esencia que queda en mi aprisionado cuerpo. Piratas de puente y mástil, bandidos de arco, verdugos de cuerdas preparadas para el patíbulo. No puedo impedir este descuartizamiento, no puedo evitar esta masacre, nada puedo realizar contra sus asaetados sonidos. Se me sale el alma por los oídos, empapada de aceite, un alma desorientada y perdida fuera de su cárcel, lanzada a la infinita oscuridad y burlada por las mofas y befas de esos saltimbanquis de tres al cuarto. Me desalmo, me deseco, me libero de la pesadez y de la tozudez, me hacen cosquillas estos sonidos incorregibles, me muero y me río, me río y me caigo, sólo puedo caer, sin alzarme, caída tras caída, golpe tras golpe, empujado por un cuarteto de insistencia sospechosa, de mirada nocturna, de cálida presencia, me conducen, me arrastran, me resbalo, tiran de mi como los monosabios tiran del toro muerto, para sacarle de su plaza asesina, comienzo a girar sobre mi cabeza y me miro, me observo, me escupo y me abofeteo,

se ríen, me insulto, se carcajean, no puedo respirar pero tampoco me asfixio, se me meten los acordes por el culo y me salen por los ojos, me parece perder todo el sentido, ya nada me rodea excepto ellos, ya no veo mi cuerpo, ni las botellas vacías, ni la mesa, todo eso que contemplaba de nuevo cuando comencé a golpearme y que he vuelto a perder, vagando como estoy entre melodías cuarteadas, entre armonías melancólicas y tristes, tristes por ver morir una hija, tristes por ver morir a una esposa, tristes por ser carne de manicomio; pobre cuarteto de instrumentos solitarios, condenados a reunirse y tocar, interpretar su vida una y otra vez, una y otra vez, sí, el cuarteto de su vida, la vida de Smetana, el compositor que me avisó de la caída de un rayo, el que nació un año 24, el que me dio a entender que se me perdonó la muerte, ese compositor maltratado por la enfermedad, sordo y ensordecido, este es su cuarteto, el de su vida, el de mi vida, este es el cuarteto que devuelve la luz a unos ojos deslumbrados tras la noche cegadora, estos son los cuatro movimientos de una vida entendida pero no razonada, esta es la música que a uno volvió loco y a otro apartó del psiquiatra, cuarteto de movimientos movedizos, música que acalla pretensiones, que entiende sin necesidad de pensar, más allá de la ciencia y la filosofía, más allá de la locura, más allá incluso de la serenidad, la música que entiende desde el infinito, la que me abre la puerta esperada, puerta por donde veo entrar mi sonrisa, contenta, sonriente, la sonrisa que tanto echaba de menos, aquí está abrazándome y correteando como lo hace el perro que recupera a su dueño. Esta es la puerta que comunica las barrigas de los monstruos, por la que salió Jonás al tercer día de su encierro, por la que salí como farero muerto de aquel faro ahora difunto, puertas de bisagras extrañas, puertas silenciosas, pero puertas.

Ahí está, sentada en un sofá negro. No se asombra de mi presencia, sólo me mira por encima de las gafas que usa para la lectura y me sonrío. Tiene una flor en el pelo, sí, una siempreviva. Ahí está, reposada, con delgadez elegante, con su presencia relajada. Ahí está, bella como Edaín, despidiendo su céltica fragancia.

Enfrente un cuadro, el cuadro del holandés.

Todo está en orden.

Ella cierra el libro.

*Hay quien me empluma y quien me inflama el pecho
quien me hace no temer fortuna o muerte
quien rompió las cadenas y aquellas puertas
de donde pocos se ven sueltos y salen fuera.*

*Las edades, los años, los meses, días y horas,
hijas y armas del tiempo, y toda esa corte
ante quien ni hierro ni diamante es fuerte
de su furor me han puesto a salvo.*

*Por eso las alas al aire seguras abro
y no temo chocar con cristal o vidrio,
mas surco los cielos y al infinito me alzo.*

*Y mientras de mi globo a otros surjo
y por el etéreo campo más allá penetro,
lo que otros ven lejano, yo, a mis espaldas dejo.*

(Giordano Bruno)